Los Santos de la Iglesia Refutan el Islam

Recopilación y análisis por Froilán León

Síntesis de las refutaciones del islam por los Santos Padres de la Iglesia

Introducción

En este trabajo de síntesis se analizan las principales refutaciones del islam elaboradas por santos y doctores de la Iglesia a lo largo de los siglos, con el fin de mostrar la continuidad del pensamiento cristiano frente a la religión mahometana. Para ello, se han utilizado los textos de San Juan Damasceno, Santo Tomás de Aquino, San Alfonso María de Ligorio, San Juan Bosco y San Juan de Rivera, autores que, desde contextos distintos, coincidieron en reconocer en el islam una doctrina errónea, contradictoria y contraria al Evangelio.

San Juan Damasceno (675–749), padre de la Iglesia oriental y último de los Padres griegos, vivió bajo dominio musulmán en Damasco; en su obra “La Fuente del Conocimiento”, que se titula a su vez “Herejías en Epítome: Cómo empezaron y de dónde sacaron su origen”, incluye al islam como la “herejía de los ismaelitas”, denunciando sus errores teológicos. Santo Tomás de Aquino (1225–1274), Doctor Angélico, aporta una concisa refutación del islam en la “Suma contra los gentiles”. San Juan de Rivera (1532–1611), arzobispo de Valencia, patriarca latino de Antioquía y gran reformador tridentino, corrigió, mejoró y mandó imprimir la obra “Catecismo para instrucción de los nuevamente convertidos de moros” del obispo de Valencia Martín Pérez de Ayala, que contiene una de las refutaciones más sistemáticas escritas en lengua española, en la cual desmonta, punto por punto, los errores doctrinales, morales y teológicos del Corán y de su fundador. San Alfonso María de Ligorio (1696–1787), Doctor de la Iglesia y fundador de los redentoristas, en su “Historia de las herejías” examina el mahometismo como una “secta mortífera”, señalando sus contradicciones internas, su sensualidad y su propagación violenta. Por últimio, San Juan Bosco (1815–1888), apóstol de la juventud y fundador de la congregación salesiana, dedica en “El católico instruido en su religión” una plática entera a refutar el islam.

Estos cinco santos —testigos de distintas épocas, lenguas y contextos históricos— constituyen un corpus coherente de pensamiento católico frente al islam, que combina la teología, la filosofía, la moral y la apologética para demostrar que la religión de Mahoma carece de los signos divinos, la verdad racional y la santidad interior que caracterizan a la fe cristiana.

Metodología

Las refutaciones de los santos que se mencionan en este trabajo, siguen los mismos pasos, la misma metodología para demostrar que el islam es una falsa religión. Si bien la mayoría de estos santos no fórmula de manera explícita la metodología que emplea, San Juan de RIvera expone con claridad los pasos que guían su análisis, que de hecho son los mismos empleados por los otros santos. El santo afirma que para analizar una religión o profeta: “primeramente, se ha de mirar la persona que introduce la ley. Lo segundo, ponderar el fin y paradero que pone. Lo tercero, las cosas que manda o veda, y lo que contiene en sí. Y lo cuarto, los motivos y modos con que se prueba y se divulga la tal ley”. A la luz de esta regla, el estudio que sigue se estructura siguiendo exactamente los puntos

mencionados. Primero, se considerará la persona de Mahoma, sus costumbres, su carácter y su vida moral, para determinar si puede ser tenido por profeta verdadero. En segundo lugar, se analizará el contenido del Corán, con sus contradicciones doctrinales, errores teológicos y morales, y desviaciones respecto a la ley natural y divina. En tercer lugar se analizarán las desviaciones morales con las cuales Mahoma propagó su secta. Y en cuarto lugar se analizará el fin y propósito de su doctrina, es decir sus errores teleológicos, pero también los errores teológicos y soteriológicos de esta secta.

Quizás algunos lectores contemporáneos, a quienes tanto daño han hecho las ideas propias del liberalismo y del modernismo, se pregunten ¿Cuál es el fin de analizar racionalmente una religión? ¿No es acaso necesario respetar y tolerar a las demás religiones? Ante estas dudas es menester citar a San Juan de Rivera que afirma que "cualquier doctrina o ley que se da a los hombres para que sea creída, es menester que se pruebe en alguna manera: si es ley o doctrina humana, por razón natural y humana; y si es divina y sobrenatural, por motivos divinos". En efecto, si en materia de ciencia o de política es necesario que se aporten pruebas para que una afirmación pueda ser creída. ¿Cuanto más no será necesario analizar lógicamente la religión?

Mahoma: falso profeta y precursor del anticristo

¿Cómo reconocer a un profeta?

En su crítica del Islam, los Santos católicos recuerdan que Mahoma que "se jacta de que le fue enviado por Dios" (San Juan Damasceno) e incluso que se "se vanagloriaba de ser superior a Jesucristo" (San Juan Bosco). En efecto, según el Corán, Mahoma es el "sello de los profetas"[1], es decir el último y mayor de todos los profetas y afirma además que Mahoma es "un hermoso ejemplo para quien tenga esperanza en Allah"[2]. De ser cierta esta afirmación, Mahoma debería manifestar los signos fundamentales propios de un profeta, como aparecen en la enseñanza de las Escrituras y el testimonio constante de la tradición cristiana. Un verdadero profeta debe manifestar tres rasgos fundamentales: una vida santa, el testimonio de las profecías anteriores que anuncien su venida, y la realización de milagros divinos que confirmen su misión. Estos tres pilares —vida, palabra y obra— son, como coinciden los Santos católicos, las notas esenciales que acreditan al enviado de Dios.

San Juan Rivera recuerda que los siervos escogidos por Dios se distinguen por la pureza de sus costumbres y la mansedumbre de su corazón. Por ello, Juan Rivera subraya que "todos los verás haber sido mansos y anunciado la legacía de Dios sin violencia de armas, con sola la predicación, y haber sido castos y vírgenes". Según San Juan Rivera esta es una condición necesaria para ser un profeta ya que "Dios no da licencia para pecar, siendo tal enemigo del pecado" y que "Dios no suele fiar su mensajería a hombres perdidos y perversos; o ya que Dios encomiende su ley a un hombre pecador, en el mismo punto que le da un favor tan grande como ese, al instante le hace justo, manso y casto". Por ende, Dios no solo elige a alguien justo como profeta, sino que por su gracia y su presencia lo purifica.

En segundo lugar, como lo muestra San Juan Damasceno, un profeta debe ser preanunciado por las Escrituras: "las escrituras deben profetizar la venida del profeta".

---

[1] Corán 33:41
[2] Corán 33:21

Finalmente, todos los Santos coinciden en el tercer criterio que consiste en la confirmación mediante milagros verdaderos, obras divinas que acreditan la misión celestial. Santo Tomás de Aquino afirma que los "signos sobrenaturales" son la "única manifestación que puede testificar una inspiración divina, ya que al dar muestras sensibles de obras que sólo pueden ser divinas, prueba el maestro de la verdad que está divinamente inspirado". Del mismo modo, Rivera advierte: "no ha de ser creído el que la quisiere derogar, si no da alguna señal propia de Dios, que sea como sello muy conocido de su omnipotente voluntad; es a saber, milagros y obras a solo Él posibles". San Juan Damasceno afirma que los "profetas siempre vienen con señales, y milagros para dar testimonio". Y la clave para entender esta afirmación nos la da San Juan Bosco, al afirmar que "Dios solo es autor de los milagros". Y que por ende, quien pretende ser profeta de Dios sin mostrar obras divinas se desautoriza a sí mismo. De ser Mahoma el "sello de los profetas", uno esperaría que hubiese vivido una vida santa y casta, que hubiesen testimonios en las Santas Escrituras profetizando y "se creería que pudo hacer milagros a la par de Él [Cristo]" como afirma San Juan Bosco. Sin embargo todos estos "elementos fallan en el caso de Mahoma" como afirmó San Juan Damasceno y como lo veremos a continuación.

Una vida de pecado

Los santos cristianos coinciden en que la santidad de vida es la primera señal de autenticidad de un enviado divino. Siendo los profetas instrumentos del Espíritu Santo, su conducta debe reflejar la pureza, mansedumbre y obediencia de aquel que los envía. Por el contrario, cuando la vida del supuesto profeta se ve marcada por el vicio, la violencia y la sensualidad, se revela su impostura y falsedad.

San Juan Rivera, siguiendo esta tradición, afirma que Mahoma fue "vicioso hombre y brutal", y añade que "después fingió haber subido al cielo, fue más vicioso, y más sanguinario y carnal que antes; que aun en esto no tuvo prudencia en encubrir sus faltas, como han hecho otros falsos profetas que, para engañar, mostraban en lo exterior santidad". Así, la vida de Mahoma no presenta las virtudes propias de un profeta —castidad, humildad, templanza— sino los rasgos de un caudillo mundano movido por pasiones bajas.

Violencia y ambición de poder

Otro rasgo fundamental que lo descalifica como profeta es el recurso a la violencia. Santo Tomás de Aquino, analizando su método, observa: "Sino más bien afirmó que había sido enviado por las armas, que son signos que no faltan a ladrones y tiranos". Añade que su éxito se debió no a la fuerza de la verdad, sino a la del hierro: "hombres bestiales, moradores de los desiertos, ignorantes por completo de toda doctrina sobre Dios, que le ayudaron con su multitud armada a forzar a otros con la violencia a sujetarse a su ley". San Juan Bosco coincide, describiéndolo como el "jefe de una formidable tropa de milicianos", San Juan Rivera lo acusa de ser un "hombre más salteador que profeta" que se dedicó a " juntar compañía de salteadores, y a hacer guerra y violencia a muchos pueblos", y San Alfonso María de Ligorio lo acusa de "vivir siempre en guerra" hasta su muerte y de dedicarse a "perseguir a los infieles con las armas y propagar así la fe".

Esta propensión a la violencia se manifestó en hechos atroces de crueldad como nos lo relata San Alfonso María de Ligorio: "Baste decir que una vez, a algunos que se

habían apoderado de sus camellos, les hizo cortar las manos y los pies, y les sacó los ojos con un hierro candente, y luego los dejó moribundos, así, hasta que expiraron".

Rivera, por su parte, san Juan Rivera afirma que además de ser violento, "mató por traición". En efecto, san Juan Rivera relata un evento en el cual "en pago del buen hospedaje que le hicieron, [Mahoma] mató por traición gran parte de los judíos y se alzó con la ciudad" y que incluso "mató a sus tíos y aun a sus mismos hermanos, por enseñorearse de Meca".

Lujuria y deshonestidad

A la ferocidad se une la lujuria, otro signo de corrupción moral que desmiente cualquier pretensión divina. San Alfonso María de Ligorio lo acusa de haber estado "dominado por el vicio de la lujuria, por lo que tuvo 15 esposas y más de 24 concubinas, pretendiendo haber tenido permiso de Dios para ello". San Juan Rivera amplía esta descripción: "Fue carnal, y más bestia que hombre, en todo género de deshonestidad, sin freno ni medida. Porque, según se escribe en el libro dicho Acear, tuvo once mujeres y cuatro concubinas, y sin éstas infinitas esclavas de las más hermosas que tomaba en las batallas". No contento con ello, nos relata el mismo autor que "fue también adúltero; porque no contentándose con tan gran número de mujeres y amigas que tenía, tomó por fuerza a un criado suyo, dicho Zeid, la mujer hermosa que tenía, llamada Zeyneb; y fingió que Dios le daba licencia para ello". De este modo, Mahoma invirtió el orden moral, atribuyendo a Dios las pasiones de la carne, y haciendo de su lujuria una supuesta ley divina.

Orgullo

En lugar de la humildad que caracteriza a los Santos, Mahoma mostró orgullo y ambición. Don Bosco lo describe como "hambriento de gloria y deseoso de mejorar su condición", mientras que San Alfonso afirma que "seguía dominado por el orgullo", y Rivera habla de su "ambición de mandar y enseñorear".

Ignorancia, engaño y blasfemia

A estas pasiones san Juan Rivera une la "idiotez e ignorancia" de Mahoma. El cual es descrito por el mismo autor como "ignorantísimo" en materias divinas y humanas, incapaz de razonar teológicamente, lo cual muestra que el Espíritu de Dios y Su sabiduría no acompañaron a Mahoma.

Pero, además de los errores que su ignorancia podían engendrar, es la mentira la que conduce la vida de Mahoma. Los santos señalan que Mahoma supo aprovechar su enfermedad para fortalecer su impostura. Don Bosco observa que "supo aprovecharse de su enfermedad y de su ignorancia para fundar una religión", ya que "padeciendo de epilepsia, el mal caduco, afirmaba que aquellos sus colapsos frecuentes eran otros tantos arrebatamientos para tener coloquios con el Ángel Gabriel" (JB). Rivera afirma que mediante la "enfermedad [que] padecía muchas veces", "quería dar a entender que en esas horas le hablaba el ángel Gabriel". Así, lo que en realidad eran ataques físicos lo presentó como visiones místicas, engañando a los sencillos con fingidos éxtasis.

Entre las imposturas más graves se cuenta su afirmación de haber sido preservado del pecado original. San Juan Rivera relata que Mahoma “dice de sí que fue libre de pecado original”, y que “Dios le había quitado el pecado original con que había nacido”. Pero, como señala el mismo autor, “bien se conoce ser fábula, pues vemos que después hizo tantas muertes, injurias y adulterios”. El contraste entre su pretendida pureza y su conducta impía evidencia el carácter ficticio de su santidad.

Por otra parte, San Juan Rivera afirma que Mahoma “fue muchas veces perjuro; y cuando le cogían en mentira, decía que Dios había dispensado con él en los juramentos, para que los pudiese quebrantar”. San Juan Rivera nos cuenta un evento durante el cual “habiéndole una vez sus mujeres hallado con una amiga, juróles de no volver a ella más; y después volvió, y dijo que Dios le daba autoridad para ir contra el juramento”.

Así, san Juan Rivera nos muestra que Mahoma justificaba su pecado afirmando que “Dios le había dado a él licencia para hacer las cosas que a los otros hombres eran vedadas”. Según Rivera, esto no sólo es mentira, sino “blasfemia”, porque atribuir a Dios permiso para el mal es ultraje a la divina santidad.

Mahoma no es profetizado en las escrituras

Entre los muchos errores y artificios del islam, San Juan de Rivera dedica especial atención a uno que considera particularmente falaz: la pretensión de los mahometanos de que en “la Sagrada Escritura se hace particular mención de Mahoma”. Esta afirmación, según el santo, carece de todo fundamento y constituye una muestra más de la ignorancia y el atrevimiento con que los seguidores del falso profeta manipulan los textos divinos. Observamos que, entre los Padres y Doctores cristianos, solo él se ocupa de refutar directamente esta mentira, quizás porque a los otros santos les pareció tan ridículo e indigno de refutar que no se molestaron en hacerlo. En efecto, Santo Tomás de Aquino simplemente afirma que “ningún oráculo de profetas anteriores lo apoya con su testimonio; más bien desfigura al Antiguo y Nuevo Testamentos”.

La falsa profecía del Deuteronomio

Los musulmanes, dice Rivera, sostienen ciegamente que Moisés habría anunciado la venida de Mahoma citando el Deuteronomio. Pero el santo refuta esta interpretación, mostrando que el texto se refiere a Cristo, no a Mahoma. “Ya sé cuán ciegamente pretenden que por él se dijo aquello del Deuteronomio: ‘Un profeta les daré de en medio de sus hermanos’, donde Dios habla con Moisés del profeta que había de dar a los de su pueblo. Mas cualquier hombre que sepa algo de la Sagrada Escritura verá cuán falsamente se atribuye esto a Mahoma, porque ni fue semejante a Moisés en virtud alguna, ni fue del pueblo de los judíos, sino de Meca, ciudad de Arabia, entre la idolatría”. San Juan de Rivera muestra que Mahoma no es ni del linaje de Israel ni semejante a Moisés en su santidad y mansedumbre, sino todo lo contrario: Mahoma, cual “falso profeta”, “no vino a enseñar otra cosa, ni él ni los suyos practicaron otra cosa sino guerras y efusión de sangre; lo cual la experiencia lo ha bien mostrado, que después que su falsa y sangrienta secta comenzó en el mundo, todo se revolvió, y no quedó reino con reino, ni hombre con hombre”.

Por el contrario, si alguna figura profética le corresponde en la Escritura, sería la de los enemigos de Dios. San Juan de Rivera identifica a Mahoma con los símbolos del Apocalipsis: “Y si algún lugar de la Escritura le cuadra, es aquel del Apocalipsis de San Juan, que es la profecía del estado del Testamento Nuevo, donde se pintan al vivo las persecuciones y perseguidores que ha de tener la Iglesia de Cristo y su religión. En ese contexto, San Juan de Rivera afirma que Mahoma se asemeja más al jinete rojo del apocalipsis “a quien le fue dado y permitido que quitase la paz de la tierra de entre los hombres”. O más aún, San Juan de Rivera afirma que Mahoma “también puede ser figurado por aquel dragón que en el mismo Apocalipsis se dice que con su cola derribó y trajo tras sí la tercera parte de las estrellas... aunque esto más propiamente se entiende del Anticristo, de quien él fue precursor, o del propio Satanás, padre de los hijos de soberbia.”

La supuesta profecía de Cristo

Los imanes musulmanes —a quienes Rivera llama “alfaquíes”— se atreven a afirmar además que Cristo mismo habría anunciado la venida de Mahoma, citando falsamente el Evangelio de San Juan, donde Jesús promete: “Yo os enviaré otro Espíritu de consolación” (Jn 14,16). Según ellos, en el texto original debía decir: “Yo os enviaré a Mahoma”. San Juan de Rivera responde que tal afirmación es “cosa de risa”, y responde que “es gran blasfemia querernos argüir de falsos en nuestros originales evangélicos, sabiendo el gran cuidado que siempre ha tenido la Iglesia de guardarlos incorruptos; lo cual se parece en la gran concordia que ha habido entre todos los doctores cristianos que los alegan, siendo los doctores tantos en número, y viviendo en tan diferentes siglos desde mil y quinientos años acá, y en provincias tan apartadas”. Y con un argumento lógico impecable, rebate este argumento diciendo: “pregúntoles yo a estos alfaquíes que han dicho esto: ¿o falsaron este lugar del Evangelio los cristianos que vivieron antes de Mahoma, o los que después? No los primeros, porque ellos no tenían para qué, pues no conocían aún a Mahoma. Ni los que vivieron después, porque vemos que de la misma manera que tenemos nosotros este lugar del Evangelio, le alegan todos los santos que vivieron antes de Mahoma, así griegos como latinos”.

Además, san Juan de Rivera señala que las propias palabras de Cristo contradicen esta interpretación: “San Lucas dice que cuando subió Cristo al cielo, dijo a sus apóstoles: “Recibiréis el Espíritu Santo, no después de muchos días”, y mandóles que lo esperasen en Jerusalén, y así lo entendieron ellos, y lo hicieron. Pues ¿cómo había de ser este Mahoma, que vino cerca de seiscientos años después?”. El Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles en Pentecostés, no en Arabia seis siglos más tarde.

Y aún más: el Espíritu Santo vino para confirmar la doctrina de Cristo, mientras que Mahoma la destruyó, contradiciendo en todo al Evangelio. En efecto, como lo afirma el santo: “el Espíritu Santo había de enseñarles a los apóstoles en nombre de Cristo, y confirmarles en la doctrina que Él les dio; pero Mahoma antes introdujo doctrina del todo contraria a la de Cristo, como parece en la falsa bienaventuranza que pone en las fornicaciones que permite, en los repudios y muchedumbre de mujeres, en las violencias que manda, y en fin en todo.”

Mahoma y los milagros

Mahoma no hizo milagros

Todos los santos autores coinciden en afirmar que Mahoma no obró milagros auténticos, prueba esencial de la misión divina. Santo Tomás de Aquino lo resume con precisión: Santo Tomás de Aquino afirma que Mahoma “no les dio signos sobrenaturales”. Santo Tomás, explica que todo verdadero profeta es confirmado por Dios mediante obras que sólo Dios puede realizar, así que la ausencia de estos signos demuestra que Mahoma no fue enviado del cielo, sino que fundó su secta por la fuerza de las armas y la persuasión carnal, no por la luz de los milagros. San Juan Bosco reitera la misma conclusión: “Mahoma no podía hacer milagro alguno en confirmación de su religión, porque no era enviado de Dios. Dios solo es autor de los milagros”. Y añade que Mahoma pretendía justificar la ausencia de signos divinos afirmando que “los milagros eran hechos por Jesucristo, y que él fue levantado por Dios para restablecer la religión con la fuerza”. Es decir que donde Cristo había probado su divinidad con obras sobrenaturales, Mahoma apelaba al poder militar.

El mismo santo cita el único “milagro” que el islam alega, ridiculizándolo: “Con todo, se vanagloriaba de haber hecho uno, y decía que, habiendo caído un pedazo de la luna en sus manos, él había sabido reponerlo; en memoria de este ridículo milagro los mahometanos portan como divisa la media luna”. San Alfonso María de Ligorio confirma el fantasioso relato: “Con todo esto, el impostor, en su Alcorán, se jactó de haber realizado un milagro, pero uno muy ridículo; diciendo que, habiendo caído un trozo de luna, había podido juntarlo: y por eso entonces el imperio de los mahometanos tiene la hazaña de la media luna”. Y añade: “Mahoma respondió que no había sido enviado por Dios para hacer milagros, sino sólo para predicar la verdad”. De este modo, el mismo Mahoma confiesa implícitamente su impotencia ante la exigencia de signos divinos, excusándose con sofismas.

Es interesante resaltar que según nos cuentas los Santos, el pueblo, no fue tan ciego. San Alfonso refiere que “la gente no escuchó sus palabras, exigiendo algún milagro que confirmara su misión de mandato divino”. Y Juan Rivera complementa afirmando que “porfiaron mucho con él para que les hiciese algún milagro, para probar ser mensajero de Dios; y como no lo hiciese, y le hallasen en mil mentiras y contradicciones, alborotáronse contra él y sus secuaces”.

Así, la ausencia total de milagros, unida a la falsedad de su doctrina y a la violencia de su método, manifiesta —según los doctores cristianos— que Mahoma fue un impostor que reemplazó el poder de Dios con la espada de los hombres.

Falsas profecías

No sólo careció Mahoma de milagros, sino que también falló en sus profecías, otro signo esencial del profeta verdadero. Juan Rivera lo denuncia claramente: “Atribuyóse el don de profecía sin tener toda su doctrina rastro ninguno de espíritu de Dios, y sin haber jamás probado su legacía con ningún milagro ni profecía de cosa por venir. Antes, una vez que quiso profetizar que vencerían los suyos una batalla que dio —que los moros llaman Humani—, salió mentiroso, porque fueron vencidos los suyos, y él salió herido en el rostro”.

El mismo autor recuerda la más grave de sus imposturas: “Habiendo él prometido a sus discípulos que había de resucitar al tercero día, sus parientes, cansados de esperar y de sufrir el hedor que salía de su cuerpo, le enterraron con gran vergüenza de todos sus discípulos”. Este detalle —su corrupción corporal y el fracaso de su promesa de resurrección— fue, para los autores cristianos, una prueba definitiva de su falsedad. Mientras Cristo, el Hijo de Dios, resucitó glorioso al tercer día, Mahoma murió y se descompuso en la tumba. El hecho de realizar falsas profecías, es decir profecías que no se cumplen, es en realidad la marca más clara de un falso profeta.

Signos de posesión demoníaca

Es interesante resaltar que san Juan Rivera, vió en la vida de Mahoma no sólo ignorancia y vicio, sino indicios de posesión diabólica. Juan Rivera describe con detalle estos síntomas: “Vio algunas visiones de demonios, y vino como espiritado a su casa; tanto, que como él mismo confiesa de sí, se quería despeñar”. Estas crisis, que él mismo no podía ocultar, fueron después reinterpretadas por sus seguidores como “arrobos divinos”. Sin embargo, para Rivera eran evidencias de que no obraba bajo el Espíritu Santo, sino bajo influencia demoníaca. El mismo autor añade que Mahoma “fue espiritado endemoniado, que le tomaba visiblemente el demonio y se incorporaba en él”. Y concluye con una descripción trágica de su fin: “Murió a los sesenta y tres años de su edad, con una enfermedad espantosa, haciendo gestos de espíritu y mintiendo hasta el cabo”. Así, la supuesta inspiración celestial de Mahoma se revela como un influjo maligno, que lo condujo no a la santidad sino a la locura, a la mentira y a la desesperación final. Su muerte, lejos de ser signo de gloria, fue el sello de su condenación.

Los Santos nos recuerdan que la vida de Mahoma se caracterizó por la lujuria, el homicidio y la mentira, y que esta no es una vida digna de un profeta. Y es menester recordar como Cristo definió al diablo como el padre de la mentira: "Pertenecéis a vuestro padre, el diablo, y queréis llevar a cabo los deseos de vuestro padre. Es un asesino desde el principio, que no se atiene a la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando miente, habla su lengua materna, porque es mentiroso y padre de mentira"[3]. A la luz de la escritura, cobran aún mayor sentido los signos de posesión evidenciados por san Juan Rivera.

Conclusión

En suma, los santos demuestran que Mahoma careció de todas las notas esenciales que autentifican a un verdadero profeta: no tuvo santidad, sino vicio; no humildad, sino ambición; no milagros, sino violencia; no verdad, sino mentira. Sus pasiones carnales, su orgullo y su brutalidad, lejos de testimoniar la inspiración divina, revelan un espíritu contrario a Dios. Como sentencia Juan Rivera, es “vergüenza pensar que en cuerpo tan hediondo y carnal habitase espíritu de profecía”. Para los santos, no sólo su doctrina, sino su propia vida, es la refutación más clara de su pretendida misión celestial. Los hechos —violencia, perfidia, sed de dominio y lujuria— son, en palabras concordes de todos los autores cristianos, incompatibles con el espíritu profético. San Juan Damasceno lo había advertido desde los primeros siglos de existencia del islam : el islam no es sino la “superstición” y la “herejía de los ismaelitas”, y su fundador fue un “falso profeta” y un “precursor del Anticristo”. En el mismo juicio coinciden los autores posteriores: Juan Rivera lo llama

[3] Juan 8:44

igualmente “falso profeta”; San Juan Bosco lo define como “charlatán, impostor y perturbador de la tranquilidad pública”; y San Alfonso María de Ligorio lo describe como autor de una “secta mortífera, la mahometana, que infectó a la mayor parte del mundo cristiano”, una “infame secta que ha enviado tantas almas al infierno”. Así, los santos vieron en Mahoma un instrumento de confusión y ruina espiritual, a un falso profeta que es precursor del Anticristo.

El mensaje de Mahoma : El Corán

Composición del Corán

Los santos cristianos, desde San Juan Damasceno hasta San Alfonso María de Ligorio, coinciden en que el origen del mensaje de Mahoma no fue divino, sino puramente humano, y además confuso y engañoso, nacido de la mezcla de doctrinas heterogéneas y de la ambición personal de su autor.

San Juan Damasceno explica que Mahoma, “habiendo encontrado, por casualidad, el Antiguo y el Nuevo Testamento y también, al parecer, de haber conversado con un monje arriano, ideó su propia herejía” no llegando ésta a ser más que “algunas composiciones ridículas”. Y san Juan Damasceno afirma que Mahoma tomó dicha herética composición y la “dio a conocer” como “un cierto libro había sido enviado a él desde el cielo” y “lo dio como objeto de veneración”.

Santo Tomás de Aquino añade que Mahoma “mezcló con las pocas verdades que enseñó muchas mentiras y doctrinas erróneas, narraciones fabulosas”, mientras que San Juan Bosco define el mahometismo como “una colección de máximas tomadas de varias religiones, las cuales, al ser practicadas, destruyen cualquier principio de moralidad” y como “una monstruosa mezcolanza de judaísmo, de paganismo y de cristianismo”. Según el mismo santo, Mahoma “tomó una parte de las religiones que profesaban, y escogió especialmente aquellos puntos que pudieran mayormente favorecer los placeres sensuales”. San Alfonso María de Ligorio confirma que el islam es una “mezcla de preceptos de la ley judía y cristiana, y otros inventados por él, confundidos luego con muchas fábulas y falsas revelaciones”, un “libro [que] está lleno de un fárrago confuso de fábulas, preceptos y dogmas todos ineptos excepto los que han sido copiados de la ley judía y cristiana”. San Alfonso María de Ligorio explica que Mahoma “admitió la misión de Moisés y de Jesucristo, y muchas partes de nuestra Sagrada Escritura, pero dijo que su ley perfeccionaba y reformaba la judía y la cristiana, aunque en verdad difería de unos y otros”. Añade que “muchas de sus narraciones fueron tomadas corruptamente de los Libros Sagrados, o de libros apócrifos, y especialmente del Talmud de los judíos”. Y mediante ese procedimiento, Mahoma “no hizo más que formar una secta que discrepa” finalmente de todas las religiones de las que tomó elementos.

Los Santos coinciden que en la composición del Corán Mahoma fué ayudado por otros personajes heréticos. Juan Rivera detalla que Mahoma “tuvo primero mucha conversación con dos cristianos espaderos, Hazer y Gebir, que le contaron historias de la Sagrada Escritura, aunque muy corrompidas, y así las escribió”. Luego el santo relata que Mahoma “tomó por secretario suyo a un judío dicho Abdalla [...] quien, por ser judío, falsificó muchas cosas de lo que escribía, favoreciendo su propia ley, y como Mahoma no sabía leer, no podía conocer lo que le falsificaba”. Y según explica san Juan Rivera, “ésta es una de las causas de las contradicciones del Alcorán”. Más tarde, continúa Rivera, “recibió por

secretario de sus errores a un monje hereje, Sergio, natural de Alejandría, el cual era arriano, marcionista, maniqueo, eutiquiano y nestoriano, y le escribió mil errores de herejías diferentes en los capítulos del Alcorán". Y afirma también que "Mahoma lo mató después para que no le descubriera sus embustes". La presencia de dichos personajes es corroborada por los demás santos.

San Alfonso aporta diversas versiones islámicas divergentes sobre el origen del Corán. Si bien "Los mahometanos dicen que el Alcorán no fue compuesto por Mahoma, sino por Dios" mientras que otros afirman que "el Alcorán era eterno, presente en el trono de Dios" y que por ende al ser eterno no es creado. De igual manera San Alfonso relata que algunos musulmanes, hablando del Corán, afirman que "Dios se lo dio directamente" a Mahoma, mientras que otros dicen que "descendió en una noche del mes de Ramadán", otros afirman que "el Arcángel Gabriel se lo reveló" y aún otros que "Mahoma recibía algunos versos de vez en cuando y los guardaba en un cofre". Con estos elementos San Alfonso nos muestra que las versiones del origen del Corán son divergentes, contradicciones y poco creíbles. De hecho concluye San Alfonso afirmando que "en las copias que tenemos del Alcorán hay muchas lecciones diferentes que cambian el sentido del texto", lo cual destruye el postulado islámico sobre el Corán.

Es interesante notar que san Juan de Rivera postula hipótesis sobre la elaboración del Corán, que se aproximan a las conclusiones de investigaciones actuales, que postulan una construcción paulatina mucho más tardía del Corán, con fines políticos. En efecto, san Juan de Rivera afirma que "después de muerto Mahoma, pudo también escribir en los capítulos del Alcorán lo que se le antojase a Haisha, su mujer, en cuyo poder quedaron los papeles, y estuvieron muchos años en tiempo de dos sucesores de Mahoma, es a saber, de Ubequar y Homar; o pudo dar licencia a otros que los escribiesen". Y además san Juan de Rivera agrega que "después, el tercero sucesor, Hozmen, al tiempo que los recogió y ordenó, ¿quién duda sino que dio por leyes las que a él se le antojaría?". Como ya lo anticipaba san Juan de Rivera, y como parecen mostrar las últimas indagaciones sobre el Corán, lejos de ser la palabra eterna de Dios, sería más bien "una doctrina tan mendigada de muchos cabos, y mudada y añadida por tantos autores".

En conjunto, todos los santos coinciden: el mensaje del islam no procede del cielo, sino de la tierra; no del Espíritu Santo, sino del error humano. Fue una invención híbrida, nacida del orgullo, la ignorancia y la ambición, y sostenida por una falsa apariencia de revelación.

Contradicciones y errores en el Corán

Los santos cristianos vieron en el Corán un texto internamente contradictorio y lleno de errores teológicos e históricos. Su incoherencia, para ellos, era la prueba más clara de que no provenía de inspiración divina, sino de la confusión de un hombre ignorante y ambicioso, ayudado por falsos maestros y herejes.

Contradicciones en el Corán

Los santos cristianos que refutaron el islam identificaron multiples contradicciones en el Corán. A primera vista uno podría pensar que estas contradicciones como tal no permiten refutar el islam directamente. Pero al ser supuestamente un escrito por Dios, encontrar contradicciones en el Corán implica que Dios no es coherente y se contradice a sí mismo y

que por ende el dios de islam no es Dios, o que no fué Dios quien escribió el Corán. Y ambas conclusiones terminan refutando esta secta.

Entre todas las contradicciones, podemos citar por ejemplo como san Juan de Rivera revela que el Corán afirma que “Sólo Dios lo entiende; y en otra parte, que el día del juicio se entenderán sus dudas” pero en otra parte afirma que “este es [...] claro y evidente, en el cual vendrá un tiempo en que los incrédulos deseen haber creído en él”. De igual manera san Juan de Rivera afirma que el Corán afirma “que los que se abrazan con Moisés serán salvos” pero en orta parte dice que “ los judíos son gente dejada de Dios, como reprobados”. En otra parte el Corán afirma que se puede comer “ todo manjar dando gracias a Dios”, mientras que en otra parte “veda el puerco y el vino” y aún en otra parte “veda que no coman cosa que sea ahogada, ni muerta de lobo, ni mortecino ahogado”. De manera similar san Juan de Rivera muestra que en una parte el Corán autoriza a los mahometanos a que “no [se] casen con mujeres de otra ley, ni les den sus hijos e hijas” pero en otra dice “que puedan tomar judías por mujeres, si creyeren en Dios”. Igualmente, el santo muestra que según el Corán “cualquier fornicador o pecador, si hiciere penitencia, será perdonado de Dios” pero el Corán también dice que “Dios no perdona los pecados criminales sino los menores, y a quien Él le place”. Igualmente el santo nos muestra que el Corán prohibe “las riñas y contiendas y enemistades” y al mismo tiempo “en mil partes dice, que hagan guerra a los que contradicen el Alcorán, y no tengan amistad con ellos”

Por su parte, san Alfonso María de Ligorio señala que Mahoma “había afirmado que Dios le había ordenado no obligar a los hombres a adherirse a su religión, pero, al verse perseguido por los mecanos, declaró que Dios le había mandado perseguir a los infieles con las armas y propagar así la fe”. Esta contradicción: predicar la paz cuando era débil, y la guerra cuando fue poderoso, muestra que su doctrina cambiaba según su conveniencia. Asimismo, San Alfonso afirma que el Corán “dice que todo el mundo, sea judío o cristiano, y aunque deje una ley por otra, si adora a Dios y obra bien, será amado por Dios y se salvará; y luego dice que los mahometanos se condenan si dejan su ley”. Es decir, predica tolerancia universal y al mismo tiempo condena la apostasía, mostrando una doble moral religiosa. Otro ejemplo de su incoherencia, revelado por san Alfonso, está en que “dice que nadie debe forzarse a la fe; y luego dice que hay que matar a los infieles”. En efecto, el Corán alterna entre versos de aparente compasión y mandatos de guerra santa, lo cual no puede proceder de un Dios inmutable y veraz, sino de un hombre cambiante y violento.

Por otra parte, San Juan Damasceno afirma que los musulmanes “nos acusan [a los cristianos] de idólatras, porque veneramos la cruz, que ellos abominan” y se pregunta “¿Cómo es, entonces, que os frotáis contra una piedra en vuestra Ka'ba y la besáis y abrazáis?’”. Así, el islam reprueba lo que él mismo practica, cayendo en una contradicción visible incluso para los que le seguían.

Quedan puestas en evidencia las diferentes contradicciones presentes en el Corán. Y por ende la conclusión más lógica es que Dios no es el autor de una obra tan imperfecta. Más lógico es pensar, como afirma san Juan Rivera, que Mahoma fue tan “mentiroso, que a cada paso le cogían sus discípulos en contradicciones” y por ese motivo “aún hoy en día los capítulos de su Alcorán no pueden concordar unos con otros”.

Errores en el Corán

A parte de las contradicciones, los santos identificaron diferentes errores en el Corán. Una vez más, uno podría pensar que dichos errores no refutan por si solos el islam. Pero dichos errores ponen en evidencia la ignorancia del autor del Corán. Ahora si el autor

del Corán se equivoca, no es omnisciente y por ende no puede ser Dios. Y por ende la identificación de dichos errores resulta una buena refutación del islam.

En efecto, Mahoma incurre en claros errores históricos. San Alfonso muestra que el Corán “dice que María, madre de Jesús, es adorada por nosotros [los Cristianos] como si fuera Dios”. Esto demuestra, la ignorancia del autor del Corán sobre la doctrina cristiana, que venera a María, pero no la adora como divinidad. Los santos subrayan que el Corán distorsiona los hechos sagrados del cristianismo, como la crucifixión de Cristo, que han sido validados por innumerables fuentes históricas. San Juan Damasceno afirma que el islam “dice que los judíos querían crucificarlo [a Jesús] violando la ley, y que se apoderaron de su sombra y crucificaron esto. Pero el propio Cristo no fue crucificado”. San Alfonso coincide, afirmando que según el islam, Cristo no fue crucificado, sino que en su lugar fue crucificado uno como él”. De igual manera, san Juan Damasceno muestra que según el islam Cristo “fue engendrado de María, hermana de Moisés y Aarón”, confundiendo a la Virgen con otra mujer bíblica y mezclando épocas distintas. San Juan Bosco resume este absurdo: “confunde un hecho con el otro; por ejemplo, atribuye a María, hermana de Moisés”.

El dilema del islam

En este punto, san Juan Damasceno elabora una de las refutaciones lógicas del Islam con mayor trascendencia. San Juan Damasceno explica que los musulmanes “nos llaman [a los cristianos] Hetaeriastas, o Asociadores, porque, dicen, introducimos un asociado con Dios al declarar a Cristo Hijo de Dios y Dios”, a lo que responde “los profetas y las Escrituras nos han enseñado esto, y vosotros, que decís aceptar a los profetas, deberíais creerlo también”. De este modo, Damasceno demuestra que el islam se contradice incluso con los profetas que dice aceptar, negando su testimonio sobre el Hijo de Dios. Este razonamiento constituye el embrión de lo que ahora se conoce como el dilema islámico: El islam afirma que la Biblia es revelación divina y que los profetas bíblicos fueron verdaderos mensajeros de Dios. Sin embargo, la Biblia enseña doctrinas —como la divinidad de Cristo y la Trinidad— que el Corán niega. Por tanto, si el Corán es verdadero, entonces la Biblia también lo es; pero si la Biblia es verdadera, el Corán queda refutado. En consecuencia, el islam se contradice a sí mismo: al aceptar las Escrituras, afirma la verdad de aquello que lo desmiente.

Conclusión

Para los santos cristianos, el Corán se muestra como un texto de confusión, contradicción e ignorancia. En él se niegan verdades históricas, se mezclan errores históricos y se confunden las figuras sagradas. Su incoherencia, más que cualquier argumento externo, es la prueba más evidente de su falsedad. Por eso, como concluye San Juan Damasceno, el islam no es una nueva revelación, sino una “herejía de los ismaelitas”, nacida del error humano y de la mutilación de la verdad divina

Errores morales

Lo santos cristianos dedican una parte sustancial de sus refutaciones a denunciar los profundos errores morales del islam, que considera corrupciones radicales de la moral natural y revelada. Estos errores morales se manifiestan principalmente en la lujuria, la violencia y la falsedad, y revelan que el mahometismo es una religión carnal y terrena, incapaz de elevar el alma a Dios, y contraria tanto a la ley divina como a la razón natural.

Como lo afirmó san Juan Bosco: la secta de Mahoma “permite cosas tan obscenas, que el alma cristiana tiene horror de mencionar.”

La lujuria: una religión de la carne

El primer error moral que denuncia San Juan de Rivera es la corrupción de la pureza y de la castidad, que en el islam se sustituye por una permisividad sensual incompatible con la virtud cristiana. Mahoma, dice el santo, “suelta la rienda a todos los afectos de carne y sensualidad; porque da licencia para que se puedan casar con cuatro mujeres, y tenerlas todas juntas”. Esta práctica, explica, es “contra la primera institución de Dios (que, después de criado el hombre, no le dio más de una compañera)”, y también “contra la orden conveniente de naturaleza y buena razón”, pues “la multitud de mujeres es causa de celos y perpetua discordia”.

La doctrina del Corán, según Rivera, destruye el orden y la fidelidad del matrimonio al permitir el repudio y el divorcio: “da licencia para mudar mujeres, será soltar la rienda a la sensualidad para que discurra por infinitas mujeres, y no haya fidelidad en el matrimonio”. De manera aún más degradante, Mahoma llega a decir “que la mujer repudiada no la pueda cobrar el marido, sino que la conozca primero otro moro”, norma que Rivera califica de “locura contra la institución de Dios”.

Además, el islam autoriza la fornicación y el uso de esclavas sexuales, bajo el pretexto de una falsa castidad: “Guarden castidad con todas las mujeres, fuera de sus mujeres propias, y esclavas, y sujetas; porque de éstas no se ha de tener cuenta.” Rivera comenta con ironía: “Mira qué donosa castidad; parece que hace burla este carnal de la virtud de la continencia”. San Juan de Rivera afirma que Mahoma incluso autoriza “el pecado brutal y contra natura de la sodomía”, al decir Mahoma que “vuestras mujeres son vuestra tierra; bien las podéis arar por donde quisiereis”.

Finalmente, el santo refuta el principio islámico según el cual “es imposible abstenerse los hombres del uso de las mujeres”, mostrando que tal afirmación “es proposición de hombres carnales, y es contra la doctrina de los dos Testamentos y contra la experiencia y ejemplo de muchos profetas y hombres santos que han sido vírgenes y continentes.” El islam, en suma, ofrece una religión que justifica los apetitos sensuales, sustituyendo la virtud por la complacencia carnal. Y es por ese motivo que san Juan Bosco afirma que Mahoma, para hacer su doctrina “tomó una parte de las religiones que profesaban, y escogió especialmente aquellos puntos que pudieran mayormente favorecer los placeres sensuales”, con el fin de fomentar “toda suerte de libertinaje”, y dar “rienda suelta a las tendencias carnales” como lo diría Santo Tomás de Aquino.

La violencia: religión de la espada

El segundo gran error moral que denuncia San Juan de Rivera es la glorificación de la violencia y de la guerra. El santo afirma que Mahoma convocaba a sus seguidores “que hagan guerra contra los incrédulos que no son de su secta”, y les exhortaba a “que no tengan amistad con ellos, sino que los maten donde los hallaren”. El santo afirma que tal doctrina es “contra la humanidad y benevolencia que los hombres se deben unos a otros en cuanto hombres.”

Por otra parte, san Juan de Rivera afirma que según el mahometismo “Dios perdona a los que van a la guerra y mueren en ella; para animarlos a derramar sangre sin más justificación.” Esta enseñanza, dice el santo, “es incitar a los hombres a derramar sangre.”

Mahoma, lejos de predicar la paz, “persuade a los hombres la guerra y violencia”, y “dice que Dios no abre las puertas del paraíso sino a los que fueren esforzados en la batalla.” Según Rivera, esta doctrina no tiene otro fin que “tiranizar y robar muchas tierras, y hacerse señor, que era lo que él pretendía”.

Además, san Juan de Rivera nos revela que el islam “da licencia para vengar las injurias con propia autoridad; porque dice que las vengan con la regla del Talión.” Esto, observa el santo, “es reprobado en todas las leyes, porque es contra la caridad y contra la paz de la república.” En definitiva, “alabar la guerra así en general sin más justificación, es cosa bestial, porque más natural es al mundo la paz y concordia; porque la guerra y discordia son efectos del pecado.”

De igual manera san Juan Bosco denuncia que el mahometismo “permite la venganza”, se propagó “con la fuerza de las armas”, que Mahoma ere el “ jefe de una formidable tropa de milicianos” y que “alzaba la espada sobre las cabezas de los vencidos gritando: o creer o morir”. Del mismo modo, santo Tomás de Aquino afirma que Mahoma fue apoyado por “hombres bestiales, moradores de los desiertos, ignorantes por completo de toda doctrina sobre Dios, que le ayudaron con su multitud armada a forzar a otros con la violencia a sujetarse a su ley”.

Es interesante resaltar que en este contexto, San Juan de Rivera, contrapone la actitud Cristiana frente a la guerra, recordando los principios de la guerra justa formulados con anterioridad por Santo Tomas de Aquino. El santo afirma que “sí pelean los cristianos, pero solamente contra los que les perturban; porque tienen derecho para defenderse de las molestias que les hacen, y librarse de las vejaciones, y recobrar lo que les tiene usurpado”.

Y por otro lado, en lo que respecta a las conversiones por la fuerza, San Juan de Rivera afirma que, en contraposición con el islam, “la Iglesia, cuando de nuevo persuadé la religión cristiana a alguna gente, nunca usa de fuerza corporal, sino de persuasión que habla al corazón”.

El engaño: religión de la mentira

El tercer aspecto de los errores morales del islam, denunciada por los santos Padres es la falsedad y la mentira.

Falsos ayunos

En primer lugar, san Juan de Rivera afirma que Mahoma “predicó ayunos, pero ayunos a durar sólo todo el día artificialmente, para darles licencia que comiesen todo lo que quisiesen y se hartasen desde que sale el lucero de la noche hasta el día”. Así, sus ayunos por el ramadán son pura hipocresía. San Juan afirma entonces que “todo su ayuno y abstinencia paró en superstición y voracidad y gula”. Y pregunta el santo con ironía: “¿Qué cosa más bestial se puede pintar que ésta?”.

Idolatría disimulada

A esta falsa austeridad, podemos además sumar una idolatría disimulada. San Juan de Rivera explica que Mahoma “mezcló también en su secta idolatría”, al permitir el culto a la piedra negra de la Kaaba para complacer a los idólatras de Meca: “cuando los moros orasen, volviesen la cara hacia el templo de Meca, y besasen la dicha piedra... y la llaman la piedra bienaventurada”. De igual manera, san Juan Damasceno denuncia la incoherencia fundamental del islam, que acusa a los cristianos de idolatría por venerar la Cruz, mientras

ellos practican un culto material a la piedra negra de la Kaaba, como pudímos verlo anteriormente.

Taqqiya

San Juan de Rivera denuncia otro error moral importante, la “taqiyya”, es decir la mentira religiosa, según la cual “Dios perdonará al que, por miedo, en lo exterior fingiere contra lo que tiene en el corazón.” Según esta doctrina, “puede uno ser moro en lo interior, y fingir en lo exterior ser judío o cristiano”. El santo afirma que esto no solo lo hacen por miedo a la muerte, sino que “por interés de un maravedí, o de una mala palabra, o de que no les saquen una prenda, fingen lo que no son”. San Juan de Rivera denuncia esta práctica como una corrupción radical de la verdad y de la fe: “van contra la buena y recta razón, y contra la verdad los que hacen esto; porque mienten con mentira perniciosa en el hecho y obra exterior”. El santo habla en particular del caso de los falsos conversos al cristianismo, que en “lo exterior guardan la ley cristiana que han recibido, guardando el corazón para Mahoma y al demonio”. Y el santo recuerda que “con las obras también mentimos, y a veces más perniciosamente que por la boca”, y que “es mentira y engaño mostrar uno con las obras de fuera, y tener otro en el corazón”. Contra esta hipocresía, cita las palabras de los profetas: “Este pueblo con los labios me honra, pero su corazón está lejos de mí.” Por tanto, “como Dios es perfecto, así son perfectas sus obras; y como salva todo el hombre, quiere que todo el hombre le sirva con el corazón, la lengua y las manos”. Por último, contra esta falsa doctrina de la mentira san Juan de Rivera contrapone “la perfección de la ley cristiana, que manda que concuerde lo exterior con lo interior, y no sufre ninguna ficción”.

Conclusión

En definitiva, para los Santos Padres, el islam corrompe la moral del hombre, justificando la sensualidad, exaltando la violencia y santificando la mentira. Frente al Evangelio, que enseña la verdad, la castidad y la caridad, el Corán propone una religión de carne, sangre y engaño: una caricatura demoníaca de fe, fundada no en la gracia de Dios, sino en los apetitos y pasiones del hombre caído.

Errores teológicos

Un dios imperfecto

Las contradicciones del Corán, además de revelar la falsedad del mensaje, revelan profundos errores teológicos que muestran la verdadera naturaleza del falso dios islámico. Una de estas contradicciones, identificada por san Alfonso consiste en que en el Corán “se cuenta que Dios reza por Mahoma”. Entonces nos preguntamos ¿Pero a quién le podría rezar Dios por Mahoma? ¿Existe acaso otro ser más poderoso que Dios mismo? De ser todopoderoso Dios no tendría necesidad de rezarle a nadie por Mahoma, lo cual lleva a pensar que el dios del islam no es Dios. Otra incoherencia identificada por san Alfonso afirma que según el Corán: “Dios ordenó a los ángeles que adoraran a Adán, y que todos le obedecieron, excepto Beelzebú”. Pero en este caso es menester preguntarse: ¿Por qué Dios manda a los ángeles adorar a un ser creado, a otro ser que no es Dios? En otras palabras : ¿Por qué Dios ordena a los ángeles cometer idolatría? Por otra parte, san Juan

de Rivera muestra que el islam enseña que “de Dios que tiene cuerpo y miembros, y que tiene las manos frías como nieve”. El santo nos aclara que ese error es una herejía propia de los antropormorfistas “que ponen en Dios cuerpo; lo cual es contra la infinitud de su ser y su suma perfección”. En efecto, san Juan de Rivera nos enseña que “si [Dios] tuviese cuerpo, sería partible, sería limitado y comprensible, sería capaz de accidentes, alteración y novedad; todo lo cual repugna al ser de Dios”.

Un dios mutilado

Tanto San Alfonso como san Juan Damasceno apuntan a uno de los errores más importantes en el Corán que muestra la incongruencia y la imperfección de la versión islámica del monoteísmo. Este error, que podríamos llamar - retomando las palabras de san Juan Damasceno - el error de la mutilación de Dios, consiste en la incoherencia de afirmar que Cristo es el Verbo de Dios, sin admitir la divinidad de Cristo. San Alfonso postula este error afirmando que el Corán “llama a Jesucristo espíritu de Dios y su mensajero: y luego niega que sea Dios”. Mientras que san Juan Damasceno nos dice que el Corán “llama a Cristo Verbo de Dios y su Espíritu, pero lo declara criatura y siervo”. Y es san Juan Damasceno quien rebate la contradicción doctrinal con una lógica impecable, afirmando que “la Palabra y el Espíritu son inseparables de aquello en lo que tienen existencia. Si la Palabra de Dios está en Dios, entonces Él es Dios. Si está fuera de Dios, entonces Dios es sin palabra y sin espíritu.”

Concluye san Juan Damasceno, dirigiéndose a los musulmanes: “así pues, al evitar la introducción de un asociado a Dios, lo habéis mutilado. Sería mucho mejor para ti decir que Él tiene un asociado que mutilarlo, como si estuvieras tratando con una piedra o un trozo de madera”. Y por este error teológico en el Corán, los musulmanes se convierten en “mutiladores de Dios”, como lo demuestra san Juan Damasceno. Al rechazar la Trinidad, reducen a Dios a una unidad numérica y material, un ser sin relación interna, sin Palabra ni Espíritu: un monoteísmo mutilado, incapaz de comprender la plenitud del amor y la vida divina.

Un dios de pecado

Los santos muestran que el “dios” del Corán no es el verdadero Dios, porque contradice su propia naturaleza de Verdad y Santidad. Según Don Bosco, Mahoma “excusa de pecado a quien niega a Dios por temor de la muerte”, lo que en teología se conoce como taqiyya, el fingimiento religioso. San Alfonso María de Ligorio agrega que en el Corán se dice que “Dios fue obligado a decir una mentira para hacer la paz entre Sara y Abraham, blasfemia tomada del Talmud”. Peor aún, San Alfonso afirma que “los mahometanos confiesan estas contradicciones, pero dicen que Dios mismo fue quien se contradijo”. De igual manera, san Juan de Rivera muestra que el Corán “dice que Dios es autor de pecados” y recalca que sin embargo esto “es contra su bondad y suma justicia”. Como lo vimos con anterioridad, según el Corán es el propio falso “dios” del islam que le da licencia para mentir. Pero en este contexto, la lógica cristiana es clara: un dios que miente no puede ser Dios, pues Él mismo es la Verdad. En efecto, la mentira es contraria a la naturaleza de Dios que es la verdad; pues de no ser Verdad, no se podría confiar en la Palabra de Dios. San Juan de Rivera afirma igualmente que según el Corán “dice que Dios dispensó con él en el perjurio y adulterio; la cual es intolerable blasfemia, que Dios dé licencia para pecar, y dispense en la ley de naturaleza. Y también fue mentira muy perniciosa querer autorizar sus

pecados con título fingido de la licencia de Dios". En efecto si Dios permitiera a su más grande profeta pecar desenfrenadamente, entonces estaría avalando el Pecado lo cual es contrario al propio ser de Dios que es en todo opuesto al pecado. Por ende el dios del islam no puede ser Dios.

Errores soteriológicos

San Juan de Rivera en su refutación del mahometismo, identifica diversos errores soteriológicos, es decir referentes a la doctrina de la salvación, contenidos en el Corán y en la enseñanza de Mahoma. El santo muestra como el islam destruye los fundamentos mismos de la justicia divina, del libre albedrío humano y de la misericordia de Dios, sustituyéndolos por un fatalismo absurdo, una noción materialista del alma y una concepción meramente exterior de la fe.

Libre albedrío

En primer lugar, san Juan de Rivera denuncia la negación del libre albedrío por parte del islam, ya que afirma que Diso es la "causa de la reprobación como de la predestinación" al afirmar que "Dios hace andar a este por vía recta, y a este otro por tuerta, como Él quiere". Esta afirmación, comenta el santo, "es quitar la libertad del libre albedrío, y es poner hado y necesidad en las cosas contingentes, como hizo Maniqueo". En otra parte, el Corán dice que "si Dios quisiese, sería toda la gente una; pero Él hace errar a este y creer al otro", lo cual —señala Rivera— "es contra la justicia y bondad de Dios, que quiere que todos los hombres se salven." La doctrina mahometana, pues, convierte a Dios en autor del pecado y de la subsiguiente condenación del pecador, afirmando que "Dios mete en error a los incrédulos, y les endurece el corazón." Para San Juan, esto es una blasfemia contra la naturaleza divina, pues "es también contra la bondad de Dios" hacer responsable al Creador de la perdición de las almas. Es interesante notar que esta herética concepción de la justicia divina, de la predestinación, de la salvación y del castigo, se asemeja a herejías futuras como el calvinismo que hacen de Dios un juez injusto y cruel que crea a un hombre para hacerlo pecar y luego lo castiga y lo condena.

El alma y la salvación

En segundo lugar, el santo combate los errores del islam sobre la naturaleza del alma y la salvación. En efecto, Mahoma falsea la misericordia divina al enseñar que "Dios no recibe a los penitentes más de una vez", doctrina que —dice Rivera— "tomó de los Novacianos o Cátaros, y es claramente contra la inmensa misericordia de Dios, que en cualquier hora recibe a los que de corazón se convierten a Él." Aún más, sostiene que "Dios no perdona los pecados graves, sino los livianos," y que "no perdona a los que se arrepienten a la hora de su muerte." Con ello niega abiertamente "la inmensa misericordia de Dios" y la enseñanza de los profetas y del Evangelio, afirmando que "es contra la promesa que Él hizo por boca del profeta Ezequiel", quien proclamó que Dios "no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva."

Sola fide islámica

Por último, San Juan de Rivera critica lo que podríamos llamar una “sola fide islámica”, es decir, la idea de que la salvación se obtiene únicamente por la creencia exterior en Alá y en Mahoma. Y que “Pone infierno —dice Rivera— para solo los incrédulos, y paraíso para los que creyeran; lo cual es contra la Escritura, que dice que por cualquier pecado morirá el hombre; luego, no solo por la infidelidad”. El islam, en su error, reduce la salvación a una profesión formal de fe, ignorando la necesidad de la conversión interior, la caridad y la gracia. Es más, san Juan de Rivera afirma que según el mahometismo “Dios perdona a los que van a la guerra y mueren en ella; para animarlos a derramar sangre sin más justificación.” y que “Dios no abre las puertas del paraíso sino a los que fueren esforzados en la batalla”. Por ende, la única buena obra, digna de reconocimiento por Dios sería, según esta doctrina, el matar y morir por el mahometismo.

Conclusión

En conjunto, San Juan de Rivera nos muestra que la doctrina soteriológica del islam es una triple negación: negación del libre albedrío, de la misericordia de Dios y de la cooperación del hombre a la gracia. Es decir que según la doctrina islámica solo pueden salvarse aquellos a los cuales el dios del islam predestinó a creer en el mahometismo, sean cuales sean sus pecados y aún mejor si matan y mueren por dicha secta. Y que fuera de estos elegidos, Dios no tendrá piedad con nadie. Por ello se concluye que tal doctrina no puede proceder del Dios verdadero, sino de la ignorancia, del error y del mal.

Errores teleológicos

Los santos cristianos coinciden en señalar que la religión de Mahoma, lejos de elevar el alma hacia Dios como finalidad última, la arrastra a los bienes temporales, a la sensualidad y a la violencia. El Corán revela una religión “de la carne y del mundo”, carente de la espiritualidad que caracteriza toda verdadera revelación divina.

Religión de la carne

Frente a la vida espiritual y ascética del Evangelio, el islam ofrece una religión de placeres sensuales. Don Bosco la llama “un paraíso, pero lleno de solos placeres terrenos”, donde se “permite cosas tan obscenas, que el alma cristiana tiene horror de mencionar”. Santo Tomás de Aquino explica que “Mahoma sedujo al pueblo con promesas de placeres carnales, a los que nos instiga el mismo deseo carnal y la concupiscencia”, y que el islam es una religión que da “rienda suelta a las tendencias carnales”. Alfonso María de Ligorio coincide, afirmando que “este paraíso suyo no daba más que placeres sensuales y sucios”, “donde cada uno tendrá tantas esposas como haya tenido en esta tierra, y las demás serán concubinas”. San Juan Rivera detalla que en dicho “paraíso gozarán de mujeres que tengan los ojos claros y grandes como novillas” y que “tendrán allá vírgenes muy hermosas y blancas, con las pupilas negras y los pechos alzados”.

Esta descripción carnal de la vida postrera no solo se opone a la visión espiritual de la vida venidera del Cristianismo, sino que se opone a la lógica misma. San Juan Rivera desmonta la idea de un paraíso carnal preguntando: “¿para qué han menester comer, pues allá no han de crecer, ni sentir hambre ni pena? ¿Para qué son menester accesos a

mujeres, pues no tienen necesidad ni cuidado de conservar la especie humana, y todos serán inmortales?". Para luego concluir afirmando que "si en comer y beber y lo demás está nuestra bienaventuranza, no era menester para eso llevarnos al cielo, pues de eso hay abundancia en la tierra".

Como lo afirman san Alfonso y san Juan de Rivera, Incluso filósofos musulmanes como Avicena se avergüenzan de esto, y tratan de buscar justificaciones. En las palabras de san Alfonso, se nos dice que Avicena, "avergonzado de tal promesa de vida eterna, dice que Mahoma, al profetizar esto, había hablado alegóricamente; pero el Alcorán no admite en ninguna página esta explicación". Es interesante resaltar en este punto que san Juan Rivera menciona "que entre los cristianos ha habido algunos impíamente píos, que han querido darle glosas místicas, y casi juntar y concordar el Evangelio con el Alcorán, siendo doctrinas del todo contrarias". Esto pone en evidencia la existencia de un embrión de modernismo en el propio siglo XVI, que san Juan de Rivera refuta afirmando que "allende de haber mostrado su impiedad, han también claramente descubierto no haber leído bien la doctrina de este perdido Mahoma". Es decir que doctrinas, incluso implantadas desde la alta jerarquía de la iglesia, que tratan de igualar las llamadas "religiones abrahámicas", deberían ser refutadas y rechazadas por su ignorancia e impiedad. San Juan de Rivera desmiente dicha interpretación alegórica del paraíso islámico mediante la pregunta siguiente: "¿qué necesidad tenía de hacer tan particular mención de los tapetes y piedras preciosas, y de la calidad de los ojos y pechos de las mujeres?". Pregunta a la cual Mahoma mismo responde que "no sería bienaventuranza cumplida si faltase el deleite de la carne. ¡Mira qué palabras tan claras!", demostrando así san Juan de Rivera que no se trata de una interpretación alegórica. Pero san Juan de Rivera nos da un argumento más, afirmando que se debe ver dicha enseñanza a la luz de la vida de Mahoma, pues "es regla de los filósofos muy verdadera, que cual es el hombre, tales fines e intenciones tiene". Y por ende san Juan de Rivera concluye que "de vida tan disoluta y carnal como la de este falso profeta, no hay que esperar que pusiese otro fin ni paradero para el hombre que cuadre bien con la espiritualidad del alma, la cual ni come ni bebe, ni es en sí capaz de carnales deleites".

Y es que la idea de un paraíso carnal no es solo ilógica como lo demuestra san Juan de Rivera, sino que se opone a la razón y a Dios, ya que como lo afirma este santo: "la experiencia nos enseña, que cuanto uno se da más a seguir sus apetitos sensuales, tanto más ciega y se aleja de la lumbre de razón y de Dios, tan lejos están de ser camino para ir a Dios."

Religión de la sangre

El islam no se difundió por la verdad del espíritu, sino por la fuerza de las armas. Santo Tomás lo resume así: "afirmó que había sido enviado por las armas, que son signos que no faltan a ladrones y tiranos". Don Bosco describe a Mahoma "en jefe de una formidable tropa de milicianos", que "alzaba la espada sobre las cabezas de los vencidos gritando: o creer o morir." San Alfonso añade que Mahoma "perseguía a los infieles con las armas y propagaba así la fe. A partir de ese momento, y hasta su muerte, vivió siempre en guerra". La doctrina del Corán, que "permite la venganza" (san Juan Bosco) y ordena la guerra santa, muestra un fin político y carnal, no espiritual: la dominación de los hombres, no su conversión interior.

Ignorancia como principio de fe

Finalmente, el islam, sabiendo que no podía sostener su doctrina ante el examen de la razón o las Escrituras, prohibió toda investigación. Santo Tomás explica que Mahoma "prohibió a sus secuaces leer el Antiguo y Nuevo Testamentos, para que así no le arguyeran de falsedad mediante ellos. Por todo lo cual es evidente que quienes ponen su fe en los dichos de Mahoma, lo hacen por liviandad". San Alfonso confirma: "También prohíbe hablar del Alcorán y de las Escrituras Sagradas, pues toda la fuerza de su ley está en la ignorancia". Así, el islam se sostiene precisamente en lo que destruye toda religión verdadera: la negación de la razón y del libre examen de la verdad.

Conclusión

El Corán, en su teleología y moral, revela una religión que no conduce al hombre hacia Dios sino hacia sus apetitos y pasiones. Como lo afirma san Juan Rivera, el Corán enseñan una "ley licenciosa y carnal, así puso el fin de ella todo en deleites, y carne, y sangre". Su "paraíso carnal", su "dios mentiroso", su "fe de la espada" y su "censura de la razón" son, para los santos doctores, pruebas de que no procede del Creador espiritual y veraz, sino del espíritu de confusión. Como resume Don Bosco, es "una religión que, favoreciendo toda suerte de libertinaje, destruye cualquier principio de moralidad."

Conclusión General

A la luz de las refutaciones de San Juan Damasceno, Santo Tomás de Aquino, San Juan de Rivera, San Alfonso María de Ligorio y San Juan Bosco, la figura de Mahoma y la doctrina del islam aparecen, como una falsificación humana de la revelación divina, profundamente terrenal, contradictoria y moralmente nociva.

En primer lugar, todos coinciden en que Mahoma no posee ninguna característica propia de un profeta verdadero. Carece de vida santa, no realiza milagros, y su mensaje no fue anunciado por las Escrituras. Por el contrario, su vida fue "viciosa y brutal", dominada por la lujuria, la ambición y la violencia. Como resume San Juan de Rivera, "es vergüenza pensar que en cuerpo tan hediondo y carnal habitase espíritu de profecía". Su pretendida misión divina se sostuvo, no por señales sobrenaturales, sino por la espada, el engaño y la seducción carnal.

Los santos también desenmascaran las contradicciones y errores del Corán, que oscila entre afirmar y negar los mismos principios: predica la paz y manda la guerra; reconoce a Cristo como Verbo y Espíritu de Dios, y al mismo tiempo lo niega como Dios; acusa de idolatría a los cristianos, mientras ordena el culto a una piedra negra. Y al contradecirse y equivocarse, el mensaje del Corán no puede tener un origen divino.

En el plano teológico y soteriológico, el islam destruye los fundamentos mismos de la fe verdadera. Niega el libre albedrío y la libertad del hombre, atribuyendo la acción humana, sea buena o mala, a Dios. Limita la misericordia divina, diciendo que "Dios no perdona los pecados graves, sino los livianos", y que "no recibe a los penitentes más de una vez". Y reduciendo la salvación a la mera profesión externa de fe al poner el infierno para

solo los incrédulos, y [el] paraíso para los que creyeran" como lo afirma san Juan de Rivera. Estas ideas, ajenas al Evangelio, transforman la religión en fatalismo y el juicio divino en injusticia.

En el orden moral, la doctrina mahometana suprime la virtud y exalta el vicio. San Juan de Rivera denuncia que el Corán "suelta la rienda a todos los afectos de carne y sensualidad", permite la poligamia, la fornicación y la sodomía, y convierte el matrimonio en un contrato revocable al capricho del deseo. Del mismo modo, Mahoma "persuade a los hombres la guerra y violencia", prometiendo el paraíso a los que mueren en combate, y autoriza la venganza según la ley del Talión, fomentando la crueldad y el desorden. Además, enseña la mentira como medio legítimo, justificando fingir en lo exterior una fe distinta a la interior: una doctrina de hipocresía que destruye la unidad entre la verdad interior y las obras exteriores.

En el plano teleológico, el islam revela su desviación más profunda: sustituye el fin espiritual del hombre por un fin carnal. Como señalan los santos, el Corán promete un paraíso de placeres sensuales, con banquetes, bebidas, mujeres y deleites corporales, un "paraíso del que hasta las bestias se avergonzarían" como lo afirma San Alfonso. Frente a esto, San Juan de Rivera recuerda que "la bienaventuranza del hombre ha de dar sosiego y contento; pero los deleites no dan quietud ni sacian el apetito humano, antes le alborotan y le dan descontento y cansancio". Por tanto, "no está en ellos nuestra bienaventuranza", porque "los deleites destruyen los cuerpos humanos, y a las almas las hacen bestiales."

La verdadera bienaventuranza, enseña el santo, no puede residir en el cuerpo sino en el alma: "La bienaventuranza del hombre ha de perfeccionar todo, y principalmente aquella parte que es más noble en él, que es el alma [...] Luego, bienaventuranza de espíritu ha de ser, y no de cuerpo." En el islam, sin embargo, todo se reduce a lo terreno, a lo pasajero, a los apetitos.

Frente a la violencia, el error y la sensualidad del islam, se alza la santidad luminosa de Cristo y de su Evangelio. Como resume San Juan Bosco: "La diferencia es grandísima. Mahoma fundó su religión con la violencia y con las armas: Jesucristo fundó su Iglesia con palabras de paz, sirviéndose de los pobres, sus discípulos. Mahoma fomentaba las pasiones, Jesucristo mandaba negarse a sí mismo. Mahoma no hizo ningún milagro, Jesucristo hizo muchísimos milagros a plena luz del día y en presencia de innumerables multitudes. Las doctrinas de Mahoma son ridículas, inmorales y corruptoras: las de Jesucristo son augustas, sublimes y purísimas. En Mahoma no se cumplió ninguna profecía; en Jesucristo se cumplen todas."

El cristianismo, dice Don Bosco, "conduce al hombre feliz en este mundo para elevarlo después a los gozos del Cielo"; en cambio, el mahometismo "degrada y envilece la naturaleza humana, y cifrando la felicidad en los placeres carnales, reduce al hombre al grado de los animales inmundos".

San Juan de Rivera contrapone el cristianismo y el islam utilizando la siguiente imagen del evangelio: "Porque —como dice la misma Verdad— angosta es la vía que lleva a la vida, y pocos son los que caminan por ella; y, por el contrario, ancha es y placentera la que lleva a la perdición, y muchos son los que la siguen". Y añade "revelóse la luz a los hombres, y ellos amaron más las tinieblas que la luz". Así, el islam se revela como el camino ancho uqe

lleva a la perdición, es la religión de tinieblas que promete placeres que no sacian, poder que destruye, y una falsa felicidad. Y es por eso que San Juan de Rivera afirma que “no es maravilla que los demonios quieran bien al Alcorán, pues con él granjean tantas almas para el infierno”. El cristianismo, en cambio, ofrece una vía estrecha pero luminosa: la del amor, la verdad y la vida eterna, en la que el alma humana encuentra su verdadero fin y su perfecta bienaventuranza en Dios.

San Juan Damasceno

Herejía de los ismaelitas

En la segunda parte de su obra "la Fuente del Conocimiento", que se titula a su vez "Herejías en Epítome: Cómo empezaron y de dónde sacaron su origen"... El doctor de la iglesia San Juan Damasceno, nos trae la siguiente crítica del Islam, o como él la llama, «herejía de los ismaelitas»:

También está la superstición de los ismaelitas que hasta el día de hoy prevalece y mantiene a la gente en el error, siendo un precursor del Anticristo. Descienden de Ismael, que nació de Abraham de Agar, y por esta razón se les llama tanto agarenos como ismaelitas. También se les llama sarracenos, que deriva de Sarras kenoi, o destituido de Sara, por lo que Agar dijo al ángel: 'Sara me ha despedido, destituido'. Estos eran idólatras y adoraban al lucero del alba y a Afrodita, a la que en su propia lengua llamaban Khabár, que significa grande. Y así hasta la época de Heraclio fueron grandes idólatras. Desde entonces hasta ahora ha aparecido entre ellos un falso profeta llamado Mahoma. Este hombre, después de haber encontrado, por casualidad, el Antiguo y el Nuevo Testamento y también, al parecer, de haber conversado con un monje arriano, ideó su propia herejía. Luego, después de insinuarse a sí mismo, en las buenas gracias de la gente por un espectáculo de aparente piedad, dio a conocer que un cierto libro había sido enviado a él desde el cielo. En este libro había escrito algunas composiciones ridículas y se lo dio como objeto de veneración.

Dice que hay un solo Dios, creador de todas las cosas, que ni ha sido engendrado ni ha engendrado. Dice que el Cristo es el Verbo de Dios y su Espíritu, pero que es una criatura y un siervo, y que fue engendrado, sin descendencia, de María la hermana de Moisés y Aarón. Porque, dice, el Verbo y Dios y el Espíritu entraron en María y ella dio a luz a Jesús, que fue profeta y siervo de Dios. Y dice que los judíos querían crucificarlo violando la ley, y que se apoderaron de su sombra y crucificaron esto. Pero el propio Cristo no fue crucificado, dice, ni murió, pues Dios, por su amor a Él, lo llevó consigo al cielo.

Y dice esto, que cuando el Cristo había ascendido al cielo Dios le preguntó: 'Oh Jesús, ¿dijiste: «Yo soy el Hijo de Dios y Dios»?' Y Jesús, dice, respondió: 'Ten piedad de mí, Señor. Tú sabes que yo no he dicho esto y que no he despreciado ser tu siervo. Pero hombres pecadores han escrito que yo hice esta declaración, y han mentido sobre mí y han caído en el error.' Y Dios respondió y le dijo: 'Yo sé que tú no has dicho esta palabra'». Hay muchas otras cosas extraordinarias y bastante ridículas en este libro que él se jacta de que le fue enviado por Dios. Pero cuando preguntamos: '¿Y quién hay que testifique que Dios le dio el libro? ¿Y quién de los profetas predijo que tal profeta se levantaría? Y observamos que Moisés recibió la Ley en el Monte Sinaí, con Dios apareciéndose a la vista de todo el pueblo en la nube, el fuego, la oscuridad y la tormenta. Y decimos que todos los Profetas, desde Moisés en adelante, predijeron la venida de Cristo y cómo Cristo Dios (e Hijo de Dios encarnado) había de venir y ser crucificado y morir y resucitar, y cómo había de ser el juez de vivos y muertos. Entonces, cuando decimos: '¿Cómo es que este profeta suyo no vino de la misma manera, con otros dando testimonio de él? ¿Y cómo es que Dios no presentó a este hombre en tu presencia con el libro al que te refieres, así como le dio la Ley a Moisés,

con el pueblo mirando y la montaña humeando, para que tú también pudieras tener certeza? Decimos: «Eso lo sabemos, pero preguntamos cómo llegó el libro a vuestro profeta». Ellos responden que el libro le llegó mientras dormía. Entonces les decimos en broma que, si recibió el libro mientras dormía y no sintió realmente la operación, entonces se le aplica el adagio popular (que dice: Me estás haciendo soñar.)

Cuando volvemos a preguntar: "¿Cómo es que cuando nos ordenó en este libro vuestro no hacer nada ni recibir nada sin testigos, no le preguntasteis?: "Primero muéstranos con testigos que eres un profeta y que has venido de Dios, y muéstranos qué Escrituras hay que den testimonio de ti"' -se avergüenzan y callan. Entonces continuamos: "Aunque no puedas casarte con una mujer sin testigos, ni comprar, ni adquirir propiedades; aunque no recibas un asno ni poseas una bestia de carga sin testigos y aunque poseas tanto esposas como propiedades y asnos y demás mediante testigos, sin embargo es sólo tu fe y tus escrituras lo que tienes sin testigos. Pues el que os ha transmitido esto no tiene garantía de ninguna fuente, ni se conoce a nadie que haya dado testimonio de él antes de que viniera. Al contrario, lo recibió mientras dormía".

Además, nos llaman Hetaeriastas, o Asociadores, porque, dicen, introducimos un asociado con Dios al declarar a Cristo Hijo de Dios y Dios. Nosotros les respondemos: "Los profetas y las Escrituras nos han enseñado esto, y vosotros, como persistentemente sostenéis, aceptáis a los Profetas. Por lo tanto, si declaramos erróneamente que Cristo es el Hijo de Dios, fueron ellos quienes nos lo enseñaron y nos lo transmitieron". Pero algunos de ellos dicen que es por mala interpretación que hemos representado a los Profetas diciendo tales cosas, mientras que otros dicen que los hebreos nos odiaban y nos engañaron escribiendo en nombre de los profetas para que nos perdiéramos. Y de nuevo les decimos: "En tanto que decís que Cristo es la Palabra de Dios y el Espíritu, ¿por qué nos acusáis de ser hetaeriastas? Porque la Palabra y el Espíritu son inseparables de aquello en lo que naturalmente tienen existencia. Por lo tanto, si la Palabra de Dios está en Dios, entonces es obvio que Él es Dios. Si, por el contrario, está fuera de Dios, entonces, según tú, Dios es sin palabra y sin espíritu. En consecuencia, al evitar la introducción de un asociado a Dios, lo habéis mutilado. Sería mucho mejor para ti decir que Él tiene un asociado que mutilarlo, como si estuvieras tratando con una piedra o un trozo de madera o algún otro objeto inanimado. Así pues, habláis con falsedad cuando nos llamáis Hetaeristas; nosotros replicamos llamándoos Mutiladores de Dios".

Además, nos acusan de idólatras, porque veneramos la cruz, que ellos abominan. Y nosotros les contestamos: '¿Cómo es, entonces, que os frotáis contra una piedra en vuestra Ka'ba y la besáis y abrazáis?'. Luego algunos de ellos dicen que Abraham tuvo relaciones con Agar sobre ella, pero otros dicen que ató el camello a ella, cuando iba a sacrificar a Isaac. Y nosotros les respondemos: 'Puesto que la Escritura dice que la montaña era boscosa y tenía árboles de los que Abraham cortó leña para el holocausto y la puso sobre Isaac, y luego dejó los asnos con los dos jóvenes, ¿por qué decir tonterías? Porque en aquel lugar ni hay espesura de árboles ni paso para los asnos'. Y se avergüenzan, pero siguen afirmando que la piedra es de Abraham. Entonces les decimos: 'Que sea de Abraham, como tan neciamente decís'. Entonces, sólo porque Abraham tuvo relaciones con una mujer sobre ella o ató un camello a ella, no os avergonzáis de besarla, y sin embargo nos culpáis de venerar la cruz de Cristo por la que fue destruido el poder de los demonios y el engaño del Diablo.' Esta piedra de la que hablan es una cabeza de aquella Afrodita a la

que solían adorar y a la que llamaban Khabár. Incluso hoy en día, los observadores atentos pueden ver en ella las huellas de la talla.

Controversias con los sarracenos

San Juan Damasceno nos trae igualmente una segunda refutación des islam bajo la forma de varias controversias entre un cristiano y un musulman, como sigue a continuación.

Primera controversia: Sobre cristología

SARRACENO. ¿Qué dices que es Cristo?

CRISTIANO. Es la Palabra de Dios. Porque en la Escritura se le llama Palabra, y brazo de Dios, y potencia de Dios, y muchas cosas así. Y según tu Escritura, ¿quién es Cristo? (Entonces quizá quiera él preguntarte también algo, deseando así escapar de ti. Pero tú no le respondas hasta que haya respondido él a lo que le has preguntado. Así, se verá en la necesidad de responderte.)

SARRACENO. Mi Escritura lo llama Espíritu y Palabra de Dios.

CRISTIANO. Entonces, según tu Escritura, la Palabra ¿es creada, o increada? Si me dices que es increada, entonces me das la razón. Pues todo lo no creado, sino increado, es Dios. Pero si me dices que la Palabra y el Espíritu son creados, entonces ¿quién creó la Palabra y el Espíritu?

SARRACENO. Pues Dios mismo los creó.

CRISTIANO. Pero entonces, antes de crear la Palabra y el Espíritu, ¿estaba Dios privado de Palabra y de Espíritu? (Cuando oiga esto huirá de ti, sin saber qué responder.)

Segunda controversia: Sobre la Palabra de Dios

SARRACENO. Las palabras de Dios ¿son creadas o increadas? (Los sarracenos plantean estas cuestiones contra nosotros, más bien con la intención de demostrar que la Palabra de Dios es creada, y eso no es así. Pues si dices que son creadas, te dirá: "He aquí que tú también dices que la Palabra de Dios es creada". Pero si dices que son increadas, te objetará: "He aquí que todas las palabras procedentes de Dios son ciertamente creadas, y no son dioses. Tú confiesas que Cristo es Palabra de Dios, pero no es Dios". Por consiguiente, no le digas que es ni creada ni increada, sino respóndele lo siguiente:)

CRISTIANO. Yo confieso una sola Palabra de Dios, que es increada. Y a toda la Escritura no la llamo palabras (λόγια), sino dichos (ῥήματα) de Dios.

SARRACENO. Entonces, ¿cómo dice David: "Las palabras del señor son palabras limpias" (Salmos 12,7).

CRISTIANO. Es que el profeta hablaba en sentido metafórico, y no en sentido literal, es decir, no con el significado exacto y directo de los términos.

SARRACENO. ¿Y qué quiere decir sentido metafórico y sentido literal?

CRISTIANO. El sentido literal indica una referencia cierta y exacta a la cosa; el sentido metafórico, una referencia inexacta.

SARRACENO. No puede ser que un profeta aduzca una referencia inexacta.

CRISTIANO. Entre los profetas es habitual hablar en sentido metafórico. Por ejemplo: "El mar al verlos huyó" (Salmos 114,3). Y he aquí que el mar no tiene ojos, pues no es un ser vivo. Y de nuevo el mismo profeta le habla como a un ser vivo: "¿Que te pasa, mar, que huiste?" y así sucesivamente. Y otra demostración de la hipótesis, cuando Dios dice a Caín: "Por eso te maldice la tierra que ha abierto las fauces para recibir de tu mano la sangre de tu hermano" (Génesis 4,11). He aquí que ahí se dice "fauces" en sentido metafórico. Y también: "Mi espada devorará carne" (Deuteronomio 32,42). Sin embargo, la espada corta, no come. Así, a los "dichos" pronunciados se les llama "palabras". Pero no son palabras, esto es, formadas interiormente solo en la mente o por la razón, sino que, como he señalado, son dichos.

Tercera controversia: Sobre la encarnación de la Palabra

SARRACENO. ¿De qué modo descendió Dios al vientre de una mujer?

CRISTIANO. Vamos a utilizar tu Escritura y la mía. Tu Escritura dice que Dios purificó a María por encima de todas las mujeres y descendió a ella el Espíritu y la Palabra de Dios (Corán 3,42 y 45-47; 19,17-22). Y mi Evangelio dice: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lucas 1,35). He aquí que ambos relatos coinciden en una sola voz y un solo entendimiento. Pero debes saber también que nuestra Escritura habla de descenso y ascenso en sentido metafórico, no en sentido literal. Mientras que entre los filósofos se dice descender y el ascender en sentido propio. Pues bien, Dios lo contiene todo y no es contenido por nada. Como dice un profeta: "¿Quién ha medido el mar con el hueco de la mano, el cielo a palmos y la tierra a puñados?" (Isaías 40,12). Pues bien, todas las aguas caben simplemente en la mano de Dios; y todo el cielo en su palma, y toda la tierra en su puño. Por tanto, ¿de qué modo ocurre que el mismo que lo contiene todo en su mano descienda y ascienda?

Cuarta controversia: Sobre la unión hipostática

SARRACENO. Si Cristo era Dios, ¿cómo es que comía, bebía y dormía, y fue crucificado y muerto y cosas así?

CRISTIANO. Anterior al tiempo, la Palabra de Dios que creó el universo, según lo testimonian las Escrituras, la mía y la tuya, él mismo creó de la humanidad de la santa Virgen un hombre perfecto, vivo e inteligente. Él fue quien comía, bebía y dormía. Ahora bien, la Palabra, en cuanto Palabra de Dios, no comió, ni bebió, y durmió, ni fue crucificada, ni murió, sino que la humanidad asumida de la santa Virgen es la que fue crucificada. Pues has de saber que Cristo posee doble naturaleza, pero una única sustancia (hipóstasis). Después de asumir la humanidad, la Palabra de Dios no es exterior sino que está unida sustancialmente, esto es, en su persona, no en su naturaleza. Porque no se ha agregado a la Trinidad una cuarta persona, después de la inefable unión con la humanidad.

Quinta controversia: Sobre la muerte de Dios

SARRACENO. ¿Vosotros decís que Dios murió?

CRISTIANO. No murió, si confiamos en lo que muestra la Escritura. Pues la Escritura dice sobre esto: La muerte natural viene contra el recuerdo de los hombres, dominando, esto es, sometiéndolo todo como en nosotros. Sin embargo, el primer hombre, que era perfecto, durmió y le fue extraída una costilla. No murió.

Sexta controversia: Sobre la terminación de la creación

SARRACENO. Supón que estoy herido en alguna parte de mi cuerpo, y la herida empieza a cicatrizar, y en la cicatriz se forma un gusano. ¿Quién lo ha modelado?

CRISTIANO. Como ya dijimos, después de la primera semana de la creación del mundo, ya nunca encontramos que Dios modele nada en absoluto, sino que con el ordenamiento que Dios estableció en la primera semana terminó la creación. Después de la caída, la tierra fue condenada a producir espinas y abrojos. Por eso mismo, nuestra carne fue condenada y hasta hoy produce piojos y gusanos.

Séptima controversia: Sobre la causa del mal y sobre la libertad humana

SARRACENO. ¿Cuál decís que es la causa de lo bueno y lo malo?

CRISTIANO. Afirmamos que Dios es la causa de todos los bienes, no de lo malo.

SARRACENO. ¿Y cuál dices que es la causa de lo malo?

CRISTIANO. La causa es nuestra indolencia y la astucia del diablo.

SARRACENO. ¿En virtud de qué?

CRISTIANO. En virtud del libre albedrío.

SARRACENO. ¿Cómo? ¿Tienes libre albedrío y puedes hacer lo que quieras?

CRISTIANO. He sido creado por Dios con libre albedrío.

SARRACENO. ¿Para qué?

CRISTIANO. Para hacer lo bueno y lo malo. Por esto, cuando hago lo malo, me castiga la ley de Dios; cuando obro lo bueno, no temo a la ley, sino que recibo de Dios honor y misericordia. De modo semejante, por el libre albedrío el diablo engañó al primer hombre, y este pecó. Y Dios dio la orden de expulsarlo. ¿Todavía arguyes contra mi preguntando qué es lo bueno y lo malo?

SARRACENO. He aquí que el Sol y la Luna y las estrellas son cosas buenas. Haz una de estas.

CRISTIANO. No lo digo en ese sentido. Porque lo bueno y lo malo lo obro en cuanto ser humano. Bueno se considera ciertamente la glorificación de Dios, la oración, la limosna y cosas semejantes. Malo es el adulterio y el robo. Si tú sostienes que tanto lo bueno como lo malo proceden de una decisión de Dios, resultará que Dios es injusto contigo. Y eso no es así. Puesto que si, como dices, Dios hubiere impuesto al adúltero cometer adulterio, y al ladrón robar, y al asesino matar, serían dignos de premio, pues habrían cumplido la voluntad de Dios. De ahí resultaría que tus legisladores y tus libros son falsos, por cuanto mandan castigar al adúltero y al ladrón, y ejecutar al asesino, que han cumplido la voluntad de Dios.

SARRACENO. Dime: ¿quién modela el feto en el vientre de las madres? (Nos plantean este problema con la intención de mostrar que Dios es la causa de lo malo. Pues si respondes que Dios modela el feto en el vientre de las madres, el sarraceno te dirá: "Luego Dios coopera con el fornicador y el adúltero".)

CRISTIANO. Encontramos que la Escritura nunca dice que Dios haya modelado o creado algo, después de la primera semana de la creación del mundo. Si dudas de esto, muestra tú cualquier modelación o creatura producida por Dios después de la primera semana. Pero no podrás mostrar tal cosa. Todas las creaturas visibles fueron creadas en la primera semana. Dios modeló al hombre en la primera semana y le mandó engendrar y ser engendrado, diciendo: "Creced, multiplicaos, llenad la tierra" (Génesis 1,28). Y el hombre como ser vivo posee un semen vital, y el semen se gesta en su mujer. Por consiguiente, el hombre engendra al hombre, como dice la divina Escritura: "Adán engendró a Set, Set engendró a Enós, Enós engendró a Quenán, Quenán engendró a Mahlalel" (Génesis 5,4ss) y así sucesivamente. Y no dice que Dios modeló a Set, o a Enós, o a cualquier otro. Por ende, comprendemos que son engendrados y que engendran hasta el presente. Así, por la gracia de Dios, quedó constituido el mundo. Desde entonces, toda planta germina y es germinada. Pues dijo Dios: "Que la tierra germine hierba verde" (Génesis 1,11). Y según el ordenamiento de Dios germina cada árbol, lo mismo que la hierba y la planta obtiene de sí misma la semilla y la capacidad de reproducirse. Pues la semilla de toda planta o hierba está animada y, al caer en tierra por sí misma o sembrada por otro, vuelve a germinar, no modelada por nadie, sino obedeciendo al primer ordenamiento de Dios. He aquí que, según lo que he expuesto, como yo estoy dotado de libre albedrío, allí donde siembro, ya sea en mi propia esposa o en otra, usando mi libertad, allí se gesta y nace obedeciendo al ordenamiento primigenio de Dios. No porque Dios lo modele y lo obre también ahora, cada día. Porque Dios, en la primera semana, creó el cielo y la tierra y todo el cosmos en seis días, y el séptimo día de descansó de todas las obras que se propuso crear, según testimonia mi Escritura.

SARRACENO. ¿Y cómo dice Dios a Jeremías: "Antes de formarte en el vientre te escogí, antes de salir del seno materno te consagré" (Jeremías 1,5)? Se deduce que lo modeló completamente en el seno materno.

CRISTIANO. Adán tenía en el vientre la capacidad de dar vida y reproducirse, y por eso engendró a Set. De tal manera que Set y Enós y cada hombre precontenía en el vientre a su hijo, y el hijo igualmente engendró, hasta el presente. Aquello de "antes de salir del seno materno te consagré" se refiere a aquella que verdaderamente engendró hijos de Dios, según el testimonio del santo Evangelio.

SARRACENO. A quienes cumplen la voluntad de Dios ¿los llamas buenos o malos?

CRISTIANO. ¿Quieres decir que Cristo padeció sin quererlo? ... Si te digo que buenos, me dirás: Pues entonces acepta a los judíos, que cumplieron la voluntad de tu Dios.

SARRACENO. Sí, eso quería decirte.

CRISTIANO. A lo qué tú llamas voluntad, yo lo llamo tolerancia y longanimidad.

SARRACENO. ¿Cómo puedes demostrar eso?

CRISTIANO. Por la cosa misma. Porque, cuando tú o yo estamos sentados, o de pie, uno puede estarse quieto o moverse según su libre albedrío. Cuando Dios dice: "No robarás, no

cometerás adulterio, no matarás" (Éxodo 20,13-15), ¿acaso quiere que robemos, que cometamos adulterio o que matemos?

SARRACENO. No. Si lo quisiera, no diría eso.

CRISTIANO. ¡Gloria a Dios, que lo reconoces! He aquí que coincides conmigo en que cualquiera de nosotros puede levantarse o moverse, y en que Dios no quiere que robemos, ni cometamos adulterio, ni matemos. Y si ahora yo me voy a robar o cometer adulterio o matar, ¿cómo le llamas a esto: voluntad de Dios, o más bien concesión, o tolerancia, o longanimidad?

Octava controversia: Sobre Juan Bautista y Cristo

SARRACENO. ¿Quién es mayor, según tú, el que santifica o el que es santificado?

CRISTIANO. Ya sé lo que quieres decir.

SARRACENO. Si lo sabes, respóndeme.

CRISTIANO. Si te digo que el que santifica, me dirás: Entonces ve y adora a Juan Bautista, que bautizó y santificó a tu Cristo.

SARRACENO. Sí, eso te quería decir.

CRISTIANO. Si te ocurre que estás con un siervo tuyo en el baño y te lava y te limpia, ¿Quién dices que es mayor? ¿Aquel pobre siervo, pagado con dinero, o tú, que has sido lavado por él y has actuando así como señor suyo?

SARRACENO. Digo que yo, como dueño, soy mayor que aquel que es sirviente mío.

CRISTIANO. ¡Doy gracias a Dios! Por lo tanto, entenderás que Juan, como siervo prestó su servicio a Cristo en el santo bautismo en el Jordán, en el que fue bautizado mi Salvador, el mismo que aplastó la cabeza de los que se esconden en las cavernas, de los dragones y demonios perniciosos.

(El sarraceno, al fin, impresionado y agotado, desistió y no puso más objeciones.)

Controversia sobre el judaísmo, el cristianismo y el mahometismo

De las controversias con los sarracenos, del mismo Teodoro, llamado de Abucara, obispo de Caria (en Siria), oídas de la boca de Juan Damasceno.

SARRACENO. Dime, obispo, ¿estaba el mundo bajo los ídolos, antes de que Moisés anunciara el judaísmo?

TEODORO. Completamente.

SARRACENO. Cuando Moisés enseñó el judaísmo, ¿cuál de las dos partes del mundo siguió la verdadera religión, la que abrazó el judaísmo o la que permaneció en la idolatría, rechazando a Moisés?

TEODORO. La que abrazó el judaísmo.

SARRACENO. Después, cuando vino Cristo y anunció el cristianismo, ¿cuál de las dos partes te parece que siguió la verdadera religión, la que abrazó el cristianismo o la que permaneció aferrada al judaísmo?

TEODORO. La que abrazó el cristianismo.

SARRACENO. Y cuando, pasado el tiempo, llegó Mahoma y anunció el islamismo, ¿cuál de las dos partes te parece que siguió la verdadera religión, la que abrazó el islamismo, o la que permaneció en el cristianismo, sin doblegarse a Mahoma?

TEODORO. La que permaneció en el cristianismo.

SARRACENO. Esta última conclusión que infieres no es consecuente con las premisas.

TEODORO. ¿Acaso es necesario que saque una conclusión de premisas falsas? Pues Moisés y Cristo fueron dignos de fe, no -como alguien puede pensar- porque predicaban y enseñaban, de tal manera que creamos a Mahoma porque predicó y enseñó, sino que fueron dignos de fe por las cosas que hemos escuchado de cada uno. Cuando Moisés fue enviado por Dios, le respondió a Dios: He aquí que voy y me dicen: "No has visto a Dios, ni Dios te ha enviado". ¿Qué haré? Dios le dijo: "¿Qué es lo que tienes en la mano?" Le contestó: "Un bastón". Entonces le dijo: "Tíralo al suelo". Y se convirtió en una serpiente (Éxodo 4,2-3). Y al agarrarlo, se convirtió de nuevo en bastón. Luego, le dice Dios: "Mete la mano en tu pecho. Lo hizo y la sacó cubierta de lepra" (Éxodo 4,6). La metió otra vez y la sacó sana. Y le dice Dios: "Si no los convence el primer signo, ni el segundo, convertiré el agua en sangre" (Éxodo 4,8-9). Por consiguiente, Moisés fue enviado, hizo esas cosas y creyeron en sus palabras en virtud de sus obras. ¿Sí, o no?

SARRACENO. Está claro que sí.

TEODORO. Cristo vino y confirmó que era enviado por Dios, no solo por el testimonio de la profecía de Moisés, sino que se hizo digno de fe mediante signos, prodigios y diversas manifestaciones de poder.

SARRACENO. ¿Como cuáles?

TEODORO. Fue concebido sin semilla, de una madre no unida a varón, y nació de una virgen. Convirtió el agua en vino. Luego, no ocultamente sino a plena luz, hizo cosas como estas: devolvió la vista a los ciegos, limpio a los leprosos, hizo andar a los paralíticos, curó toda clase de enfermedades, manifestó su divinidad en el monte, expulsó a los demonios, dio de comer a una multitud de miles de personas con unos pocos panes y peces, resucitó a los muertos como de un sueño y, en una palabra, restauró la naturaleza de los que habían caído. ¿Qué dices de esto, sarraceno? ¿Acaso se hizo Cristo digno de fe con menores signos que Moisés?

SARRACENO. En absoluto.

TEODORO. Así, pues, el que Moisés anunció y que con tantos y tan grandes signos demostró que había sido enviado por Dios, dijo a sus discípulos: "La ley y los profetas llegan hasta Juan Bautista" (Lucas 16,16). Quien tenga oídos para oír, que oiga. Pues entonces, ¿dónde está vuestro profeta? Está bien claro.

Santo Tomás de Aquino

En el capítulo 6 del libro primero de la "Suma contra los gentiles", Santo Tomás de Aquino escribió la siguiente refutación del islam:

“Mahoma sedujo al pueblo con promesas de placeres carnales, a los que nos instiga el mismo deseo carnal y la concupiscencia. Igualmente les dio una religión de acuerdo con dichas promesas, dando rienda suelta a las tendencias carnales, lo cual fácilmente obedecen los hombres carnales. En cuanto a doctrina, no les enseñó más verdad que la que cualquier sabio mediocre puede conocer con la luz natural; y además mezcló con las pocas verdades que enseñó, muchas mentiras y doctrinas erróneas. No les dio signos sobrenaturales, única manifestación que puede testificar una inspiración divina, ya que al dar muestras sensibles de obras que sólo pueden ser divinas, prueba el maestro de la verdad que está divinamente inspirado. Sino más bien afirmó que había sido enviado, por las armas, que son signos que no faltan a ladrones y tiranos. Y así, no le creyeron desde el principio hombres sabios expertos en las verdades divinas y humanas; sino sólo hombres bestiales, moradores de los desiertos, ignorantes por completo de toda doctrina sobre Dios, que le ayudaron con su multitud armada a forzar a otros con la violencia a sujetarse a su ley. Ningún oráculo de profetas anteriores lo apoya con su testimonio; más bien desfigura al Antiguo y Nuevo Testamentos presentándolos como narraciones fabulosas, según puede observar quien estudie su religión. Por ello astutamente prohibió a sus secuaces leer el Antiguo y Nuevo Testamentos, para que así no le arguyeran de falsedad mediante ellos. Por todo lo cual es evidente que quienes ponen su fe en los dichos de Mahoma, lo hacen por liviandad"

San Juan de Ribera

Los diálogos XIII al XIX de la obra "Catecismo para instrucción de los nuevamente convertidos de moros" escrita en su primera versión por el obispo de Valencia Martín Pérez de Ayala y posteriormente corregida, mejorada y re-editada por el arzobispo de Valencia, patriarca latino de Antioquía y gran reformador tridentino, San Juan de Rivera en el siglo XVI, nos traen una de las refutaciones más sistemáticas escritas en lengua española, en la cual desmonta, punto por punto, los errores doctrinales.

DIÁLOGO XIII

En el cual se comienza a probar que la secta de Mahoma no puede ser camino para Dios, y se cuenta la viciosa vida de su legislador.

Discípulo morisco: Bien satisfecho estoy por vuestras razones, de que el camino que los filósofos llevaron en la lumbre natural no era bastante para llevarlos a Dios, ni el que llevan ahora los que tienen la ley de Moisés, como habéis dicho. Ya deseo ver la otra parte, es a saber, las razones con que el Prelado destruyó la secta de mis pasados.

Maestro Católico: Este punto, por ser el más principal para la instrucción de estos nuevamente convertidos, ha sido por nuestro Prelado más largamente tratado y probado con más razones. Por eso tendrás paciencia si en él me detuviere, porque en esto está gran parte de tu conversión. Y como no puede el artífice inducir una figura hermosa en un leño sin que primero quite la forma fea y tosca que antes tenía; y como no puede tampoco el campo dar buen fruto sin que primero se limpie de las malas hierbas; así mal se te asentaría la instrucción de la religión cristiana si primero no limpias el entendimiento de las falsas persuasiones y errores de tus pasados.

También has menester paciencia, para que si oyeres en el discurso de la doctrina algo en perjuicio de la perdida secta de tus pasados y del autor de ella, no pienses que lo hacemos por injuriaros y lastimaros (que la sangre del corazón nos sacaríamos si fuese menester para convertiros a la verdadera luz), sino porque no se podrá excusar relatando o redarguyendo algo de lo mucho que esta secta tiene de falso y abominable.

Discípulo morisco: Estad asegurado de eso, que bien conozco que nos ha de ser más amiga la verdad que cuanto hay. Lo que deseo es que, tomados los cabos principales de ella, discurráis por lo que tenéis entendido de ella, conforme a la buena razón no corrompida y conforme al parecer de los hombres doctos y santos.

Maestro Católico: Yo trabajaré en ello con la brevedad que sufriere una materia donde tanto hay que refutar. Tú está atento, y desnúdate de toda afición o pasión, para que no huya de ti la luz verdadera, y encomiéndate a nuestro Señor, que lo has bien menester en esta coyuntura.

Muchas cosas son menester para fundar, o destruir, y en fin para examinar una ley que se introduzca con título de religión. Primeramente, se ha de mirar la persona que introduce la ley. Lo segundo, ponderar el fin y paradero que pone. Lo tercero, las cosas que manda o veda, y lo que contiene en sí. Y lo cuarto, los motivos y modos con que se prueba y se

divulga la tal ley. Examinados estos cuatro cabos, quedará averiguada la bondad o malicia de la ley de Mahoma, que es lo que pretendemos.

Dios sea con nosotros y no permita que tus pecados y los míos impidan el fruto que de aquí se espera.

Cuanto a lo primero, para que entiendas cuán poco crédito merece el legislador de la ley de tus pasados, y veas claramente cuán vicioso hombre y brutal fue, quiero te contar en suma su vida, aunque ya habrás oído allá contar algunas cosas de ella, de lo cual me huelgo mucho, porque verás que no le levanto nada, sino que te cuento lo que los mismos moros tienen escrito de su vida en el *Alcorán* y en la *Suna*, y también en el libro que llaman *Acear*, donde escribe la sucesión de los reyes, a los cuales llama *Califas*; y también añadiré algunas cosas sacadas de historiadores y doctores cristianos que vivieron en aquellos tiempos o poco después.

Mahoma —o como vosotros le llamáis, Muhamed— fue natural de Meca, ciudad en el Arabia Feliz, ciudad bárbara y sin religión, porque en ella entonces los más eran idólatras, que adoraban a un ídolo en figura de carnero, al que llamaban Hallete Haluza; y también besaban una piedra que estaba delante del ídolo, la cual hoy día adoran en Meca y la llaman *Beytilleh*. Otros seguían la circuncisión de Ismael, guardando algunas ceremonias de la ley judaica.

Del año en que nació Mahoma hay diversas opiniones, aunque algunos de los suyos dicen que fue el año de quinientos sesenta y nueve después del nacimiento de Cristo. Su padre se llamó Abdalla, el cual era del linaje de Ismael, y fue idólatra, y murió antes que naciese Mahoma. Su madre se llamó Hemina, y fue ismaelita en religión. Criolo una ama dicha Halima, hasta que se le murió su madre, que fue a los cuatro años de su edad.

Después se crió en casa de su abuelo Abdalla Motalib, hasta que murió su abuelo, siendo él de edad de doce años. Después, estando desamparado, asentó en servicio de un mercader rico, dicho Abdemonaphis, cuya recua de camellos llevaba Mahoma, tratando en Persia, Siria y Egipto; y en este trato estuvo hasta la muerte del mercader su amo, que fue siendo ya Mahoma de edad de veinticinco años.

En todo este tiempo, andando Mahoma camino y tratando con diversos hombres y de diversas religiones, oyó él las muchas novelas y fábulas que después amontonó en su *Alcorán*. Cosas espantosas son de contar, si lees las historias antiguas, las grandes señales que Dios mostró de su ira acerca de estos años en que nació a criar Mahoma: que parece que amenazaba Dios al mundo con el castigo de esta secta bestial.

En la ciudad de Antioquía un ángel visiblemente mató mucha gente de la ciudad; llovió tanto generalmente, y salieron todos los ríos de sus márgenes tan espantosamente, que pensaron venía el segundo diluvio. Fueron vistos animales espantosos en el Nilo y en el Tíber, y entre otros, en el Tíber un dragón con ojos de fuego; por la muerte y hediondez de los cuales animales sucedió una gran pestilencia, en la cual murió el Papa Pelagio, a quien sucedió Gregorio, que cuenta esto.

Y volviendo a la historia: muerto el mercader su amo, casose Mahoma con la viuda su ama, dicha Hadiga; lo cual fue principio de toda su temporal prosperidad. Viéndose rico, encomendó la recua a un esclavo suyo, dicho Zeydin, y él levantó más los pensamientos a

enseñorear aquella tierra; para lo cual escogió por medio fingir que era enviado de Dios para dar nueva ley.

Y como él era idiota e ignorante, tuvo primero mucha conversación con dos cristianos espaderos, que se llamaban el uno Hazer y el otro Gebir, los cuales le contaron muchas historias de la Sagrada Escritura, aunque muy corrompidas, como ellos las sabían, y como él las escribió. Y le enseñaron los fundamentos que la religión cristiana tiene contra la idolatría, que fue lo primero que él comenzó a predicar a los de Meca, para autorizar su secta.

Entonces, para dar mayor autoridad a su doctrina, se retiró a una cueva cerca de Meca, donde estuvo muchos días, y vio algunas visiones de demonios, y vino como espiritado a su casa; tanto, que como él mismo confiesa de sí, se quería despeñar, aunque él dio a entender que allá hablaba al ángel Gabriel, y que éste, de parte de Dios, le había mandado que fuese mensajero de esta nueva ley.

Y así comenzó a persuadir esta su opinión a su mujer, y a su criado Zeydin, y a unos pocos deudos suyos, y comenzó a hacer parcialidades y alborotar la ciudad de Meca. Y porque los discípulos le pedían la doctrina escrita, y él no sabía leer ni escribir, que era ignorantísimo, tomó por secretario suyo a un judío dicho Abdalla, hijo de Ceralle, pariente del mismo Mahoma.

Éste falsificó muchas cosas de las que escribía, porque como era judío, favorecía a su misma ley; y como Mahoma no sabía leer, no podía conocer lo que le falsificaba. Y ésta es una de las causas de la contradicción del *Alcorán*.

Y aun los mismos moros confiesan en la *Suna* que, diciendo Mahoma una cosa, escribía el secretario otra. Este judío secretario, viendo que era burla la profecía que fingía Mahoma, se despidió de él y desengañó a los de Meca, diciéndoles que los capítulos que les daba Mahoma escritos no los había recibido del ángel Gabriel, como él mentía, sino que él, su secretario, se los escribía, y que había añadido y quitado muchas cosas sin conocerlo Mahoma.

Después recibió por secretario de sus errores a un monje hereje, dicho Sergio, natural de Alejandría, el cual era arriano, marcionista, maniqueo, eutiquiano y nestoriano, y en fin, inficionado de mil herejías. Y por la condenación del Concilio Efesino y Calcedonense, huyendo de las tierras sujetas al Imperio Romano, llegó a Meca. Este le escribió mil errores de herejías diferentes en los capítulos que escribía, para dar a los discípulos de Mahoma; al cual Sergio después mató Mahoma, porque no le descubriese sus embustes.

Los de Meca porfiaron mucho con él para que les hiciese algún milagro, para probar ser mensajero de Dios; y como no lo hiciese, y le hallasen en mil mentiras y contradicciones, alborotáronse contra él y sus secuaces. Por lo cual le fue forzado con los suyos salir huyendo de Meca, que fue la huida tan nombrada entre los moros, a la cual ellos llaman *Hegira*; y fue a los cuarenta y seis años de la edad de Mahoma. Desde entonces comenzó a juntar compañía de salteadores, y a hacer guerra y violencia a muchos pueblos.

Y ante todas cosas, saliendo de Meca llegó a una ciudad de judíos dicha Almedina, en la cual, en pago del buen hospedaje que le hicieron, mató por traición gran parte de los judíos

y se alzó con la ciudad. Desde allí fue y conquistó su misma patria, Meca, matando en ella a sus mismos tíos y parientes, y mandó allí, so pena de la vida, que todos recibiesen su ley. Y así, poco a poco, fue juntando ejército y conquistó muchos pueblos de Arabia; y tenía ya tanto poder que vino con su gente a favorecer al Emperador Heraclio en la guerra que hizo contra Cosroe, rey de los persas.

Y porque el Emperador no les quiso pagar sueldo de la ayuda que le había hecho —por ver que habían ganado muchos despojos—, antes los afrentó y los llamó perros; por este respecto se airaron contra el Imperio Romano y le hicieron de allí en adelante gran daño, con muchas y continuas guerras. Y fue esta ocasión la que dio principio a que Mahoma se apoderase de Persia y de toda Judea, por el descuido del Emperador Heraclio.

En fin, por concluir ya, cansado Mahoma con muchas guerras, murió a los sesenta y tres años de su edad, con una enfermedad espantosa, haciendo gestos de espiritado y mintiendo hasta el cabo. Porque habiendo él prometido a sus discípulos que había de resucitar al tercero día, sus parientes, cansados de esperar y de sufrir el hedor que salía de su cuerpo, le enterraron con gran vergüenza de todos sus discípulos.

Ésta es la suma de la vida de este falso profeta, la cual, si la comparas con la de otros profetas, entenderás claramente ser cosa de burla pensar que haya podido ser profeta ni mensajero enviado por Dios un hombre tan vicioso como él fue.

Y si quisieres discurrir por sus cualidades, él fue un hombre más salteador que profeta: porque fue tirano, que por violencia se alzó con su tierra; sanguinario, que mató por traición a los judíos que le habían hospedado en Almedina; mató a sus tíos y aun a sus mismos hermanos, por enseñorearse de Meca.

Fue también mentiroso, que a cada paso le cogían sus discípulos en contradicciones; y aun hoy en día los capítulos de su *Alcorán* no pueden concordar unos con otros, como los dio en diversos tiempos, y no entendía ni se acordaba de lo que decía. Fue ignorantísimo, que ni supo historia, ni ciencia humana, ni aun supo leer ni escribir, como él mismo confiesa; y bien se le parece en las muchas fábulas que escribe en su *Alcorán*.

Fue carnal, y más bestia que hombre, en todo género de deshonestidad, sin freno ni medida. Porque, según se escribe en el libro dicho *Acear*, tuvo once mujeres y cuatro concubinas, y sin éstas infinitas esclavas de las más hermosas que tomaba en las batallas.

Y, en fin, si lees toda su vida, verás un ejemplo puro de hombre brutal y todo hecho bestia: que es vergüenza pensar que en cuerpo tan hediondo y carnal habitase espíritu de profecía.

Fue también adúltero; porque no contentándose con tan gran número de mujeres y amigas que tenía, tomó por fuerza a un criado suyo, dicho Zeid, la mujer hermosa que tenía, llamada Zeyneb; y fingió que Dios le daba licencia para ello. Y en el tercer libro del *Alcorán*, en la azora diez y seis, introduce al ángel que le habla diciendo: “A ti solo, profeta, es lícito usar carnalmente de todas las mujeres y de todas las esclavas compradas y sujetas tuyas, y de tus tías, y de todas las mujeres buenas que se quisieren poner debajo de ti, y puedas tomar para ti unas y otras como te pareciere; pero ninguno debe ofender al profeta, ni tomarle su mujer después de él.”

Consintió también Mahoma adulterio a su mujer Haicha, la cual, enojada por ver que su marido trataba amores con una esclava llamada Marina, cometió ella adulterio con otro hombre para vengarse; y sabiéndolo Mahoma, lo disimuló.

Fue también muchas veces perjuro; y cuando le cogían en mentira, decía que Dios había dispensado con él en los juramentos, para que los pudiese quebrantar. Especialmente, habiéndole una vez sus mujeres hallado con una amiga, juróles de no volver a ella más; y después volvió, y dijo que Dios le daba autoridad para ir contra el juramento, como se cuenta en el *Alcorán* en el capítulo *Elmetearen*.

Fue espiritado endemoniado, que le tomaba visiblemente el demonio y se incorporaba en él; y también algunas veces le tomaba gota coral, la cual enfermedad padecía muchas veces, y quería dar a entender que en esas horas le hablaba el ángel Gabriel.

Atribuyóse el don de profecía sin tener toda su doctrina rastro ninguno de espíritu de Dios, y sin haber jamás probado su legacía con ningún milagro ni profecía de cosa por venir. Antes, una vez que quiso profetizar que vencerían los suyos una batalla que dio —que los moros llaman *Humani*—, salió mentiroso, porque fueron vencidos los suyos, y él salió herido en el rostro.

Atribuyóse también el nombre de Mesías, por industria de un judío amigo suyo que se llamaba Cabalcauar, no teniendo él condición ninguna de las que estaban profetizadas del Mesías. Porque él no fue del linaje de David, ni de la descendencia de Isaac, sino de Ismael; ni nació en Judea, sino en Meca, ciudad de Arabia; ni vino manso y humilde, sino violento, robador y guerrero; ni hizo vida espiritual de profeta, sino de rufián deshonesto y de soldado.

Dice de sí que fue libre de pecado original, porque finge que, siendo él niño, le tomaron tres ángeles en figura de hombres y le llevaron a un monte, y que el uno le lavó las entrañas, y el otro le partió el corazón y le sacó de él un grano negro —que es la porción del diablo que nos tienta—, y el otro le tornó a sanar, dando con esto a entender que Dios le había quitado el pecado original con que había nacido. Pero bien se conoce ser fábula, pues vemos que después hizo tantas muertes, injurias y adulterios.

Tiempo me faltaría si particularmente quisiese discurrir por toda la vida de Mahoma, contando sus vicios, los cuales fueron tantos y tan desvergonzados, que si desapasionadamente lo considerasen los que siguen su secta, bastaría el mal ejemplo de su vida para quitar el crédito a su doctrina.

Porque si miras en ello, todos los mensajeros que Dios envió a dar nueva ley fueron hombres buenos y amigos de Dios, como Abraham, Moisés y Jesucristo, cuya vida el mismo Mahoma confiesa haber sido muy santa.

Y si miras en los profetas que envió Dios, todos los verás haber sido mansos y anunciado la legacía de Dios sin violencia de armas, con sola la predicación, y haber sido castos y vírgenes, como Isaías, Jeremías, Daniel, Elías, Eliseo, san Juan Bautista y también Jesucristo.

Porque Dios no suele fiar su mensajería a hombres perdidos y perversos; o ya que Dios encomiende su ley a un hombre pecador, en el mismo punto que le da un favor tan grande como ese, al instante le hace justo, manso y casto.

Pero vemos que Mahoma, después que dijo que Dios le había encomendado su ley, y después fingió haber subido al cielo, fue más vicioso, y más sanguinario y carnal que antes; que aun en esto no tuvo prudencia en encubrir sus faltas, como han hecho otros falsos profetas que, para engañar, mostraban en lo exterior santidad.

Pero Mahoma fue de suyo tan inclinado a deshonestidades y a ambición de mandar y enseñorear, que no pudo encubrir sus faltas, sino que fueron sus vicios públicos; lo cual no pocas veces escandalizó a sus mismos discípulos, a los cuales él satisfizo con una respuesta harto donosa, diciendo que Dios le había dado a él licencia para hacer las cosas que a los otros hombres eran vedadas.

La cual respuesta, si sus discípulos tuvieran entendimiento, bien conocieran ser blasfemia, porque Dios no da licencia para pecar, siendo tal enemigo del pecado.

Cierto que se conoce haber sido ira y castigo de Dios que les cegase los entendimientos a aquellos bárbaros de Meca, para que no conociesen la poca apariencia que tenía de profeta este perdido Mahoma.

Pero pasemos ya al segundo cabo que propuse, que es el fin que pone esta ley.

DIÁLOGO XIV

En el cual el falso fin y bienaventuranza que pone la ley de Mahoma, se prueba de ella ser falsa.

Sentencia es muy común entre los sabios, y muy conforme a razón, que los medios han de participar de la naturaleza del fin a quien se enderezan, y han de ser proporcionados a él. Y siendo, como habemos visto, Dios el fin y paradero del hombre, claro está —pues Él es espíritu sencillísimo y muy difuso— que por camino espiritual se ha de ir a Él, y con espíritu y limpieza quiere ser servido y adorado.

Pero el falso profeta Mahoma, así como dio ley licenciosa y carnal, así puso el fin de ella todo en deleites, y carne, y sangre; en lo cual se parece cuán lejos va de ser religión ni de encaminar para Dios una ley.

Aun considerándolo en razón natural, es tan bajo fin el deleite, y tan indigno de la majestad y excelencia del hombre, que siempre fueron tenidos entre los filósofos gentiles por infames y bestiales aquellos que pusieron el fin y bienaventuranza del hombre en deleites y pasatiempos corporales, como fue Epicuro y los de su secta; a los cuales siguió en esto el perdido de Mahoma, que para atraer a su crédito el pueblo inclinado a seguir sus apetitos, les prometió una bienaventuranza toda de comer y beber, y mil deshonestidades indignas

de decir; para que no se escandalizasen con la mala vida que él vivía y que les enseñaba a ellos, pues era conforme con la que habían de tener en su bienaventuranza.

Y porque no pienses que le levanto nada de mi cabeza, quiero alegarte sus mismas palabras de los lugares del Alcorán, donde pinta su bienaventuranza. En el libro tercero del Alcorán, en la azora o capítulo 19, dice que en el paraíso gozarán de mujeres que tengan los ojos claros y grandes como novillas.

Y en la azora 37 y 60 añade que tendrán allá vírgenes muy hermosas y blancas, con las pupilas negras y los pechos alzados. Y lo mismo repite en el libro segundo, azora 1.

Y respondiendo a las preguntas de los dos judíos Abdías y Bensalom, en el primer libro, azora trece, dice que en el paraíso habrá jardines y huertas muy fructíferas, y fuentes de leche y miel, y vino, y que beberán dellas, y comerán muchas frutas; y comerán también de un hígado de un pez dicho Albehud.

Y en el segundo libro, azora 28, dice que tendrán estrados y camas de oro, y ropas de brocado, y anillos y joyas; y aun dice que tendrán allá consigo algunos animales brutos.

Todas estas palabras son carnales y brutales, que más pintan un paraíso de bestias que de hombres; porque el fin del hombre no puede ser deleite ni cosa corporal, sino Dios solo, como arriba te he tocado.

Y para que a las claras veas la falsedad de esta opinión, quiero traerte algunas razones infinitas que se pueden traer contra un error tan manifiesto.

El fin del hombre ha de ser propio suyo y no común a brutos y otros animales inferiores a él; porque sería hacerle injuria decir que una criatura tan perfecta como el hombre fuese criada para tener un mismo fin con las bestias. Pues si vemos que de los deleites sensuales también participan las bestias como los hombres, señal es que no está en ellos la bienaventuranza del hombre.

Que la bienaventuranza del hombre ha de dar sosiego y contento; pero los deleites vemos que no dan quietud ni sacian el apetito humano, antes le alborotan y le dan descontento y cansancio: luego no está en ellos nuestra bienaventuranza.

De más desto, la bienaventuranza del hombre ha de ser para darle mejoría y hacerle más perfecto; pero vemos, por el contrario, que los deleites destruyen y acaban los cuerpos humanos, y a las almas, de racionales y espirituales, las hacen bestiales.

Porque la experiencia nos enseña, que cuanto uno se da más a seguir sus apetitos sensuales, tanto más ciega y se aleja de la lumbre de razón y de Dios, tan lejos están de ser camino para ir a Dios.

La bienaventuranza, pues, es suma perfección del hombre; ha de perfeccionar todo, y principalmente aquella parte que es mejor y más noble en él, que es el alma y sus potencias, que son entendimiento y voluntad: luego, bienaventuranza de espíritu ha de ser, y no de cuerpo, ni estará en comer y beber u otros placeres deshonestos, de los cuales no puede participar el alma.

Es, luego, menester poner la bienaventuranza en una cosa que sacie y quiete la más principal parte del hombre, que es el alma.

Allende desto, si en el cielo hay de comer y beber, y ayuntamientos de hombres y mujeres, como el bestial Mahoma quiere, luego habrá generaciones, habrá digestiones y egestiones, y sueño y vigilia; habrá humores y superfluidades de ellos, y, por consiguiente, enfermedades.

Y si lo negáis, diciendo que por milagro y virtud de Dios, y por razón del estado de felicidad, se impedirán y suspenderán todos estos efectos, a eso os responderé, que muy más fácil y mejor es quitar la necesidad del comer y beber en los cuerpos gloriosos; porque quitada esta, se quitan todos esos inconvenientes: y no son menester tantos milagros, pues con uno solo se salva todo.

¿para qué han menester comer, pues allá no han de crecer, ni sentir hambre ni pena? ¿Para qué son menester accesos a mujeres, pues no tienen necesidad ni cuidado de conservar la especie humana, y todos serán inmortales?

Y, en fin, si en comer y beber y lo demás está nuestra bienaventuranza, no era menester para eso llevarnos al cielo, pues de eso hay abundancia en la tierra.

Por cierto que es vergüenza traer razones contra una opinión tan brutal e indigna de que se haga caso della.

Discípulo morisco: Pues si en el cielo ha de estar también el cuerpo con el alma, menester será darle al cuerpo su bienaventuranza corporal, y sus gustos de comer y beber; y no sólo para mayor contento habrán menester comer, pero aun me parece les será necesario, porque aunque el alma no come, el cuerpo humano, si no se repara y esfuerza con alimento corporal, como es compuesto de elementos contrarios y tiene perpetuamente el calor natural que todo lo consume, es necesario que él mismo se consuma y acabe.

Maestro Católico: No has de imaginar el estado que allá tendrán los cuerpos gloriosos como el que tienen acá siendo mortales; porque allá, el estado felicísimo de la gloria no se compadecerá con todas esas necesidades y miserias; antes, no sería gloria si las tuviese.

Sino que serán (según enseña la suma verdad, *Mateo* 22) como ángeles de Dios, que ni comerán ni beberán, ni tendrán ayuntamientos; porque cesando la necesidad para que nos fueron dadas esas cosas por remedios, no habrá para qué usar ya más de los remedios.

Y a lo que decías, que al cuerpo es menester darle sus contentos, respóndote que es verdad; porque por ese respecto nos hará Dios merced que todo el hombre resucite, para que no sólo el alma, sino también el cuerpo sea beatificado.

Pero no tendrá por bienaventuranza esos gustos que aun acá dan hastío y pesadumbre, sino otros más celestiales y divinos.

Y ya que él no es capaz de la gloria del alma —es a saber, de la visión de la esencia divina, en la cual consiste lo sustancial de la gloria—, pero tendrá su bienaventuranza proporcionada a su naturaleza, de la redundancia de la gloria del alma.

Y así verá y conocerá cara a cara muchas cosas de la humanidad de Cristo, y tendrá admirables regalos, que no se pueden explicar: será como espíritu, ligero, sutil, impasible y resplandeciente como el sol; estará todo sujeto al espíritu, y el espíritu sujeto a Dios; y, en

fin, tendrá otros mil contentos espirituales, que Dios le tiene guardados, y nosotros no podemos alcanzar con nuestro entendimiento corto.

Discípulo morisco: ¿No puede ser que Mahoma entienda esos gustos espirituales debajo del nombre de comer y beber?

Maestro Católico: Locura es querer dar glosa a una doctrina que tan claramente enseñó Mahoma; porque él lo dice con palabras tan carnales, que no sufre sentidos místicos, ni aun vosotros se los dais en este lugar, sino que lo entendéis como suena al pie de la letra.
Y es cosa muy llana, que si Mahoma hubiera querido dar a entender los gustos espirituales de la bienaventuranza místicamente, debajo del nombre de comer y beber, en algún lugar del Alcorán lo dijera; mas no lo dice.

Bien sé que entre los cristianos ha habido algunos impíamente píos, que han querido darle glosas místicas, y casi juntar y concordar el Evangelio con el Alcorán, siendo doctrinas del todo contrarias. En lo cual, allende de haber mostrado su impiedad, han también claramente descubierto no haber leído bien la doctrina de este perdido Mahoma.

Porque si él hablara místicamente, ¿qué necesidad tenía de hacer tan particular mención de los tapetes y piedras preciosas, y de la calidad de los ojos y pechos de las mujeres?
Y allende desto, en el primer libro del Alcorán, en el capítulo 13, preguntándole aquellos dos judíos de quien hemos hecho mención si habrá en el paraíso mujeres, respondió que no sería bienaventuranza cumplida si faltase el deleite de la carne. ¡Mira qué palabras tan claras!

Y, en fin, juntando esta doctrina con su vida, se conoce cómo la entendió; porque tan disoluta y carnal fue su vida como su doctrina.
Y es regla de los filósofos muy verdadera, que cual es el hombre, tales fines e intenciones tiene.
Luego, de vida tan disoluta y carnal como la de este falso profeta, no hay que esperar que pusiese otro fin ni paradero para el hombre que cuadre bien con la espiritualidad del alma, la cual ni come ni bebe, ni es en sí capaz de carnales deleites.

Sino que cierto este falso profeta consideró la corrupción y carnalidad y libertad de vicios que había en la tierra donde vivía; y como hace Satanás y todos los demás falsos profetas, pescólos y atrájolos a sí por la parte que los vio más contaminados y enfermos, y más mal inclinados; y por cumplir con la sensualidad de aquellos, puso bienaventuranza para el cuerpo, y dejó en el hombre lo más excelente y principal que en él hay, y por donde nos asemejamos a Dios —que es el entendimiento y la voluntad, potencias espirituales y capaces de Dios—, y por las cuales somos hombres, y nos diferenciamos de los brutos.

De manera que no hizo mención de la bienaventuranza propia del hombre en cuanto hombre, sino solamente puso por bienaventuranza lo que es tan propio de las bestias como del hombre.
Y también le movió a fingir esa bienaventuranza de deleites, el querer encubrir con ese velo la bestialidad de su vida y sus desenfrenadas inclinaciones, que veía que escandalizaban a muchos.

De lo dicho se sigue, o que este fue otro Epicuro o Políxeno en la corrupción de su vida, no teniendo cuenta sino con la parte brutal; o que fue de entendimiento torpe e ignorantísimo, pues no entendió que hay en el hombre otra parte mejor, espiritual y más divina, la cual también ha de ser beatificada.
Y así, por esta parte, se conoce también ser su ley defectuosa, falsa e indigna de que gentes de razón la sigan, pues yerra en los primeros pasos que da, y tropieza luego en la puerta y entrada; es a saber, en enseñar tan mal el fin del hombre.

Porque mal puede encaminar a uno para el verdadero fin, el que le envía al fin contrario.
Como si para ir a Sevilla dijeses tú a uno que desde aquí fuese por Barcelona, que es camino del todo contrario: así es querer enviar a los hombres a Dios por el camino de los deleites, que es por donde más se apartan de Él.

De aquí también entenderás claramente la causa por que tanta gente sigue esta pestilencial secta: que no es otra sino la gran libertad y licencia de carne que ella da, y el haber puesto la felicidad en lo que los hombres bestiales cada día tratan y apetecen, que es sensualidad y deleites.
Porque (como dice la misma Verdad) angosta es la vía que lleva a la vida, y pocos son los que caminan por ella; y, por el contrario, ancha es y placentera la que lleva a la perdición, y muchos son los que la siguen.
Y en otro lugar dice: Revelóse la luz a los hombres, y ellos amaron más las tinieblas que la luz.

Y aun los filósofos gentiles dijeron también que era fácil el camino del infierno, y ancho, y que muchos caminaban por él; y por el contrario, el camino de la virtud y del cielo era trabajoso y áspero, y poco trasegado. De suerte que por esta parte no se puede favorecer esta secta perdida, por ser muchos los que la siguen; antes es argumento claro de su estrago y perdición.
Y por el contrario, se muestra la perfección de la religión cristiana, porque pocos entran ni andan en ella como deben.

Pero en fin, en una cosa conocerás claramente ser error manifiesto esta doctrina del perverso Mahoma, acerca del fin del hombre; y es que no solo ha sido esa opinión reprobada de todas las religiones y de todos los hombres de razón —como fueron los filósofos en lumbre natural—, sino que aun los mismos moros que ha habido entre vosotros doctos, han conocido y confesado públicamente ser ella falsa.

Como es Avicena, a quien vosotros llamáis Abencenna, o Bencenni, el cual en el libro IX de la Metaphysica, en el capítulo 7, dice estas palabras:
«Nuestra ley, que dio Mahomad, muestra y pone la disposición de la felicidad del hombre en las cosas corporales y del sentido; pero hay —dice— otra promisión, que la bienaventuranza se aprehende y percibe por el entendimiento, y los sabios teólogos mayor codicia tienen de alcanzar esta felicidad según el entendimiento, que no según los deleites del cuerpo».

Mira qué juicio hace este de la opinión de su mismo Mahoma, y cómo confiesa que hay otra promisión y ley mejor, que pone la felicidad en la parte racional, y que de esta sentencia son los sabios teólogos.
Luego, según este vuestro autor grave, Mahoma no dijo verdad en esto, ni fue sabio, sino insipientísimo.

También Abenruyz, gran filósofo entre vosotros, en el libro XIII de la Metaphysica, claramente reprende a su ley de los moros, porque pone a los hombres en el cielo que juntamente sean eternos, y sean generables y corruptibles; y en otras muchas partes reprende muchas doctrinas de su misma ley.
Y lo mismo hace Algazel y otros muchos: que es clara señal que, pues sus mismos discípulos se atreven a publicar sus errores, ellos deben ser manifiestamente intolerables.

Y, en fin, pocos ha habido en vuestra secta que, siendo hombres doctos o de entendimiento, no la hayan dejado; o ya que, por vergüenza u otros respectos humanos, no la dejasen, no hayan confesado y publicado los errores de ella, forzados de la misma verdad.

Discípulo morisco: No habéis menester gastar más palabras en esta materia, que yo también tengo ya entendido su error. Bien podéis pasar adelante.

DIÁLOGO XV

En el cual se exponen los errores, y mentiras, y fábulas que Mahoma puso en el Alcorán.

Pues habemos examinado al legislador Mahoma y al fin que pone, resta que examinemos la ley y las cosas que contiene ella en sí. Toda la ley —o por mejor decir, la secta de tus pasados— se contiene principalmente en dos libros.

El uno es el *Alcorán*, que vosotros llamáis *Alforcán*, que quiere decir *mensajería*, en el cual están los capítulos de diferentes materias, que en diversos lugares y por espacio de muchos años dio Mahoma a sus moros, escritos en el metro vulgar de aquel tiempo. Los cuales capítulos, habiéndolos él dejado a la hora de su muerte en poder de Haisha, su mujer, revueltos y desconcertados, los recogió después Hozmen, yerno de Mahoma y tercer sucesor del reino de Arabia y de los sarracenos después de Mahoma, y ordenólos en forma de libro, y dividiolos en cuatro libros o partes principales.

El otro libro en que se contiene la doctrina de esta secta se llama *Suna*, que quiere decir *congregación de capítulos*; el cual libro compusieron más de trescientos alfaquíes, por mandado de Elehege, sucesor treinta y uno después de Mahoma; el cual, viendo las disensiones que había entre los moros acerca de la doctrina de su secta, por la diversidad de los traslados que cada cual tenía de los capítulos dados por Mahoma, mandó juntar todos los traslados que había entre ellos, y escogidos los que le pareció, juntolos en el libro dicho *Suna*, y los demás mandó quemar.

Así se escribe en el libro que vosotros decís *Alimene*, que quiere decir *de las flores*, donde se cuenta la sucesión de los califas o reyes después de Mahoma. En los cuales libros bien

ves, así en general, las muchas falsedades que puede haber, y cuán incierto y falso principio tuvo esta secta.

Porque en los capítulos del Alcorán no solo el mismo Mahoma ponía falsas y repugnantes doctrinas, según las oía de los diferentes y errados maestros que tuvo, sino también sus secretarios, que los escribían, podían escribir cualquier fábula que se les antojase. Porque Mahoma no sabía escribir ni leer, como el mismo Alcorán confiesa; antes los mismos moros confiesan en la *Suna*, que el judío Abdalla, hijo de Cerralle, puso en él muchas cosas contra la voluntad de Mahoma.

Y después de muerto Mahoma, pudo también escribir en los capítulos del Alcorán lo que se le antojase a Haisha, su mujer, en cuyo poder quedaron los papeles, y estuvieron muchos años en tiempo de dos sucesores de Mahoma, es a saber, de Ubequar y Homar; o pudo dar licencia a otros que los escribiesen.

Y después, el tercero sucesor, Hozmen, al tiempo que los recogió y ordenó, ¿quién duda sino que dio por leyes las que a él se le antojaría? Pues la *Suna*, ya has visto qué confusión de originales se recopiló. De suerte que bien ves cuánta apariencia de verdad puede tener una doctrina tan mendigada de muchos cabos, y mudada y añadida por tantos autores.

Y para que más en particular veas las mentiras, errores y fábulas que hay en estos libros —señaladamente en el Alcorán— quiero traerte a la memoria algunos de los más principales; porque contarlos todos fuera nunca acabar, pues casi no hay renglón en el que no pueda ser convencido de mentira.

Dice de Dios que tiene cuerpo y miembros, y que tiene las manos frías como nieve; esto escribe cuando finge su rapto o subida al cielo, y es error que tomó de los herejes dichos *Antropomorfitas*, que ponen en Dios cuerpo; lo cual es contra la infinitud de su ser y su suma perfección. Porque si tuviese cuerpo, sería partible, sería limitado y comprensible, sería capaz de accidentes, alteración y novedad; todo lo cual repugna al ser de Dios.

Dice que Dios es autor de pecados, lo cual es contra su bondad y suma justicia.
Dice que el hombre tiene parte del alma de Dios, lo cual es imposible; porque Dios es infinito e indivisible, y el hombre limitado y finito: y así no puede tener en sí sustancia que sea parte de Dios.
Pero Dios es sumamente sencillo, sin composición; luego no se puede dividir en partes, porque si las tuviese, por el mismo caso tendría composición, y dependería de sus partes; lo cual es contra la infinita suficiencia de Dios.

Dice que Dios no recibe a los penitentes más de una vez; el cual error tomó de los *Novacianos* o *Cátaros*, y es claramente contra la inmensa misericordia de Dios, que en cualquier hora recibe a los que de corazón se convierten a Él.

Dice que Dios no perdona los pecados graves, sino los livianos, lo cual es también contra la misericordia de Dios.
Dice que Dios no perdona a los que se arrepienten a la hora de su muerte, lo cual es contra la promesa que Él hizo por boca del profeta Ezequiel.

Dice que Dios es también causa de la reprobación como de la predestinación; porque dice estas palabras:
“Dios hace andar a este por vía recta, y a este otro por tuerta, como Él quiere.”
Lo cual es quitar la libertad del libre albedrío, y es poner hado y necesidad en las cosas contingentes, como hizo Maniqueo.

Dice que si Dios quisiese, sería toda la gente una; pero Él hace errar a este y creer al otro: lo cual es contra la libertad del albedrío, y contra la justicia y bondad de Dios, que quiere que todos los hombres se salven.

Dice que Dios mete en error a los incrédulos, y les endurece el corazón, según la entiende Mahoma: lo cual es también contra la bondad de Dios.

Dice que es imposible abstenerse los hombres del uso de las mujeres; la cual es proposición de hombres carnales, y es contra la doctrina de los dos Testamentos, y contra la experiencia y ejemplo de muchos profetas y hombres santos que han sido vírgenes y continentes.

Dice que Dios dispensó con él en el perjurio y adulterio; la cual es intolerable blasfemia, que Dios dé licencia para pecar, y dispense en la ley de naturaleza. Y también fue mentira muy perniciosa querer autorizar sus pecados con título fingido de la licencia de Dios.

Pone necesidad en las cosas, como los Estoicos y Maniqueos, de donde nace la *Kismia* que ellos ponen, que no es otra cosa sino el hado, contra la libertad del albedrío y contra la ley de Dios.

Pone infierno para solo los incrédulos, y paraíso para los que creyeran: lo cual es contra la Escritura, que dice que por cualquier pecado morirá el hombre; luego, no solo por la infidelidad.

Dice que, habiendo Dios formado al primer hombre, mandó a los ángeles que le adorasen, y que Belzebub con sus secuaces no le quiso adorar, porque dijeron que ellos eran de fuego y el hombre de tierra, y así eran más nobles; y que por esa rebeldía fueron condenados. Todo lo cual es manifiesta fábula, porque la Escritura santa otra causa cuenta de la caída de Lucifer.

Dice que una gran compañía de demonios, oyendo el Alcorán, creyeron lo que se contenía en él, y por ello les perdonó Dios los pecados; lo cual es cosa de burla, que los demonios, que están obstinados en el mal y condenados a penas eternas, se puedan salvar. Pero en fin, no es maravilla que los demonios quieran bien al Alcorán, pues con él granjean tantas almas para el infierno.

Dice que los animales brutos también resucitarán el día del juicio; y señaladamente dice la *Suna* que resucitarán los carneros que matan los moros en sus pascuas, y que rogarán a Dios por los moros que los mataron acá; todo lo cual no solo es contra la Escritura, sino aun contra toda filosofía y buena razón.

Porque por las operaciones de los brutos se conoce su alma ser mortal, y que perece juntamente con el cuerpo; y aun es contra la dignidad del hombre, que en la bienaventuranza donde ellos estuvieren, estén también brutos.

Pinta el lugar de la bienaventuranza lleno de cosas sensibles y carnales, es a saber, de huertas, árboles, tapicerías, mesas, manjares y compañía de mujeres; todo lo cual, allende que no conviene a la bienaventuranza de una cosa tan noble como es el hombre, repugna también a la nobleza del lugar del cielo, el cual no puede contener en sí cosas tan brutales y sucias, como más largamente arriba te probé.

Dice que el infierno no durará más de mil años, y que al cabo de ellos saldrán de allí los condenados; lo cual es contra la Escritura sagrada, que dice que el fuego del infierno será eterno; y es contra la justicia de Dios, que perdone a los que murieron obstinados en su odio y desobediencia.

Mezcló también en su secta idolatría; porque viendo que en su tiempo los idólatras de Meca adoraban en el templo de Meca a un ídolo en figura de carnero, dicho *Hallete Aluza*, en memoria (según ellos decían) del carnero que sacrificó Abraham, y que besaban una piedra negra que estaba delante del dicho ídolo, por complacer Mahoma a los de Meca concedió en su secta que, cuando los moros orasen, volviesen la cara hacia el templo de Meca, donde estaba el dicho ídolo, y besasen la dicha piedra en el cantón derecho, como lo hacen hoy los moros, y la llaman *la piedra bienaventurada*.

Y no solo contiene su Alcorán errores e impiedades contra la credulidad que debemos tener acerca de Dios y de las cosas de la otra vida, pero también contiene doctrinas muy nocivas a las buenas costumbres y uso de la virtud, como verás por lo siguiente.

Suelta la rienda a todos los afectos de carne y sensualidad; porque da licencia para que se puedan casar con cuatro mujeres, y tenerlas todas juntas: lo cual, allende que es contra la primera institución de Dios (que, después de criado el hombre, no le dio más de una compañera, aunque había harta necesidad de multiplicar entonces), es también contra la orden conveniente de naturaleza y buena razón; como lo conocieron y practicaron todas las naciones de los gentiles.

Porque la multitud de mujeres, de suyo, es causa de celos y perpetua discordia, y ocasión de disipar por muchos cabos la hacienda del marido, y de que se críen mal los hijos.

Discípulo morisco: Acerca de esto he oído ejemplos antiguos de hombres tenidos por buenos, que tuvieron dos y más mujeres juntamente, y que en ello no ofendieron a Dios; y es posible que, a imitación de ellos, otros lo hayan tenido por lícito después.

Maestro Católico: En la Escritura Sagrada hallarás algunos de la ley de naturaleza, y también del tiempo de la ley escrita. Es a saber: Abraham tuvo dos, Jacob cuatro, y David también tuvo algunas mujeres, y fueron grandes amigos de Dios; y por estos ejemplos mal entendidos, algunos, llevados de su ciega sensualidad, dieron desenfrenada licencia para que los maridos no se contentasen con una.

Mas debían entender que, pues fueron pocos los amigos de Dios que tuvieron dos y más mujeres, habiendo sido tantos más los casados de aquel tiempo y después, que también

fueron santos, y no tuvieron, ni se atrevieron a tener más de una, que la licencia que tuvieron aquellos pocos fue dispensación y particular privilegio, y no ley general del estado del matrimonio, que ha de servir para muchos.

Y dice un Sumo Pontífice de la Iglesia, que si aquellos santos patriarcas tuvieron dos y más mujeres, fue por revelación de Dios hecha a ellos, la cual no se hace a otros.

Y para que veas que no imitan a estos santos los que después libremente han tenido muchas mujeres, sabe que Abraham casó con una llamada Sara, la cual, viéndose estéril, exhortó a su marido —no sin inspiración del cielo— a que tuviese hijos en Agar, su esclava, para que no faltase de su linaje quien conociese y sirviese a Dios a ejemplo suyo; porque apenas hallarías entonces otro bueno fuera de algún su pariente.

Y no saliendo acertado el hijo de la esclava, lo suplió Dios milagrosamente a la estéril Sara, para que concibiese a Isaac; y no habrás visto por esto que Abraham no se contentase con una mujer, ni que metiese otra en casa contra voluntad de la primera, ni que por amor de la sensualidad y deleite se ayuntarse con la segunda.

Y sabes tú muy bien que pasa al revés entre los moros, cuyas mujeres no querrían ver a otras en su casa; y que, si las toman los moros, es por pura licencia de carne, sensualidad y deleite.

Lo que te he dicho de Abraham debes entender también del santo Patriarcha Jacob, del cual no sabemos que haya buscado más de una mujer en Mesopotamia, según la Sagrada Escritura; y, como dice un santo Doctor, las otras le fueron dadas y supuestas, y no usara de ellas sino por criar hijos siervos de Dios, de que había más que notable falta en la tierra; y si no se lo rogaran las mismas mujeres. Y todo fue dispensación y orden del cielo, y no deseo de deleite, ni motivo de lujuria.

Quedarás cumplidamente satisfecho de esta verdad con el exemplo de Lamech, el descendiente de Caín, que fue mucho más antiguo que Abraham y Jacob, y uno de los más cercanos a la creación y principio del mundo; el cual tuvo dos mujeres contra la voluntad de Dios, y una contra voluntad de la otra, por ser, como él era, deshonesto y lujurioso. Por donde no fue amigo de Dios, sino pecador triste y miserable. Y este ejemplo bastaría para enseñarnos que casarse con dos o más mujeres es contra institución y voluntad divina, si Dios, por particular dispensación y privilegio, no lo abona y califica.

Y así vemos que Lamech ha sido reprehendido y vituperado, y por el contrario Abraham y Jacob han sido bendecidos y alabados. Por lo que te tengo dicho, debes sentir del rey David con sus mujeres lo mismo que de Abraham y Jacob, dejando a un cabo un adulterio que cometió con una mujer de un su soldado, del cual hizo una admirable penitencia, y ejemplar a todo el mundo.

Mas el rey Salomón su hijo, o llevado de la fuerza del amor deshonesto, no contentándose con algunas mujeres, multiplicó tanto el número dellas, que quebrantó el precepto del *Deuteronomio*, así en esto como en tomar las extranjeras, derramó y estragó su corazón, de manera que no se sabe que le recogiese, ni que tornase a la amistad de Dios por penitencia.

Mas ahora, en tiempo del nuevo y eterno Testamento, nunca ha tenido Dios por bien casarse con más de una. Entonces permitiolo en algunos casos, porque así creciese el linaje de los fieles, que eran poquísimos, y por otras causas que te las contaré en su ocasión, y cuando seas capaz de ellas.

Y yo te digo, que si algunos de aquellos santos Padres que tuvieron dos y más mujeres alcanzaran este tiempo de gracia, en que el Hijo de Dios tan encarecidamente ha encomendado la virtud de la virginidad, que no se casarían ni aun con una, y no dudarían de abstenerse de todas, con más facilidad que otros se contentan con sola una.

Al fin, así como se han mudado los tiempos y los estados de las cosas, así también las oportunidades y conveniencias de ellas. Casáronse antiguamente algunos por lo que te he significado, y de necesidad; y ahora haría mejor el que no se casase ni conociese carnalmente alguna, por amor de la virtud de la castidad.

Discípulo morisco: Quitado me habeis la duda que tenía en esta parte; pasad adelante lo que decías de la doctrina de Mahoma.

Maestro Católico: Permite el divorcio en los matrimonios, es a saber, que el marido pueda desechar su mujer y casarse con otra, y así mismo la mujer al marido: locuras contra la institución de Dios, que quiso que fuesen dos en una carne, y contra la naturaleza y virtud del matrimonio. Porque si se da licencia para mudar mujeres, será soltar la rienda a la sensualidad para que discurra por infinitas mujeres, y no haya fidelidad en el matrimonio, ni ellas le tengan amor sino de passo; antes es darles ocasión para que sean malas, con fin de ser repudiadas, para después casarse con quien ellas quisieren.

Por ningún tiempo fue lícito al marido repudiar a su mujer, como la misma verdad lo enseña; dado que Moisés lo permitió entonces, y no porque con esto lo abonase, como si fuese pecado, sino porque lo dejó sin castigo y sin pena. Y sufríolos por evitar otro mayor mal; es a saber, matar los Judíos a sus mujeres, a que eran ellos muy inclinados por la dureza de su corazón, no estando contentos ni agradados de ellas, con fin de quedar libres del vínculo del matrimonio. Así también se permiten algunos males en las repúblicas, no porque sean dados por buenos, ni porque sean lícitos, sino porque los jueces no los castigan en esta vida, y se reserva a Dios la justicia de ellos.

Mas dice Mahoma que la mujer repudiada no la pueda cobrar el marido, sino que la conozca primero otro Moro. Concede también las fornicaciones, al menos con las criadas, diciendo estas palabras: «Guarden castidad con todas las mujeres, fuera de sus mujeres propias, y esclavas, y sujetas; porqué de estas no se ha de tener cuenta.» Mira qué dondosa castidad; parece que hace burla este carnal de la virtud de la continencia. Abre la puerta al pecado brutal y contra natura de la sodomía, por que escribe estas palabras: «Oh Moros, vuestras mujeres son vuestra tierra; bien las podéis arar por donde quisiereis.» La cual regla la entienden así, y la platican hoy los Moros y Turcos, como cosa entre ellos tenida por lícita.

Da licencia para vengar las injurias con propia autoridad; porque dice que las vengan con la regla del Talión, es a saber, que la venganza no exceda la medida de la injuria; lo cual es reprobado en todas las leyes, porque es contra la caridad y contra la paz de la república.

Persuada a los hombres la guerra y violencia: y así dice que Dios no abre las puertas del paraíso sino a los que fueren esforzados en la batalla; lo cual dijo para que con mayor ánimo le ayudasen los suyos a tiranizar y robar muchas tierras, y hacerse señor, que era lo que él pretendía. Y así en otro lugar manda que maten a todos los que hallaren ser de otra ley; el cual mandamiento bien se ve ser cruel y contra la humanidad y benevolencia que se deben los hombres unos a otros en cuanto hombres. Y en fin alabar la guerra así en general sin más justificación, es cosa bestial, porque más natural es al mundo la paz y concordia; porque la guerra y discordia son efectos del pecado, y traen consigo muchos males y violencias en las repúblicas.

DIÁLOGO XVI

En el cual se muestran muchos lugares del Alcorán donde Mahoma se contradice.

Allende de lo dicho, fue también Mahoma inconstante en su doctrina, que es argumento claro (como los filósofos dicen) de haber falsedad en ella; y no sólo fue inconstante, pero formalmente y torpemente se contradice en muchas partes.

Lo primero, dice de su Alcorán: *Sólo Dios lo entiende*; y en otra parte, que el día del juicio se entenderán sus dudas; y en la azora 12 dice: *Este es el libro del Alcorán claro y evidente, en el cual vendrá un tiempo en que los incrédulos deseen haber creído en él.*

En la azora 5 dice, que sentirán gravísimos tormentos los que no recibieron el Alcorán. Y en la azora 2 dice, que cada uno se puede salvar en su ley, por estas palabras: *Todas las personas que vivieren rectamente, ahora sean judíos, ahora christianos, cualquiera que quisiereis, aunque dejen su ley y vayan a otra, si hacen buenas obras serán salvos indubitablemente.*

Y también en la azora 14 dice, que los que se abrazan con Moisés serán salvos; y en la azora 3 dice, que los judíos son gente dejada de Dios, como reprobados. Y en la misma azora dice, que *el que contradijera al Alcorán, le saldrá fuego por el vientre.*

En la azora 2 dice, que comas de todo manjar dando gracias a Dios; y en otra azora veda el puerco y el vino; y en la azora 4 veda que no coman cosa que sea ahogada, ni muerta de lobo, ni mortecino ahogado.

En la azora 3 dice, que no casen con mujeres de otra ley, ni les den sus hijos e hijas; y en la azora 4 dice, que puedan tomar judías por mujeres, si creyeren en Dios y no tuvieren amigos.

En la azora 5 dice, que no están abiertas las puertas del paraíso sino a los que pelean en la guerra y fueren fuertes en las batallas; y en la azora 2 dice, que *el que adora un Dios y hace buenas obras irá al cielo*, donde dice de esta manera: *Dicen algunos que no se salvan sino el judío y el christiano; si es verdad, pruebenlo con razón.* Luego dice: *Todos aquellos que volviéren la cara a Dios y hicieren bien, merecerán a Dios.*

En la azora 54 dice, que muchos creyentes e incrédulos caminan por recta vía, y que los incrédulos en general serán metidos en el fuego. Pues luego, ¿cómo van por recta vía? Herejía es y contradicción.

En la azora 13 dice, que cualquier fornicador o pecador, si hiciere penitencia, será perdonado de Dios; luego, desde a poco, dice, que *Dios no perdona los pecados criminales sino los menores, y a quien Él le place.*

En la azora 8 dice, que nadie ruegue a Dios por los incrédulos y dañados; y en la azora 42 dice, que Abraham rogó por su padre idólatra, y Dios le perdonó.

En la azora 61 dice, que los ángeles malos sacan las almas de los malos del cuerpo por fuerza, y en los buenos de gracia; y en la azora 32 dice generalmente, que *Dios saca el alma del cuerpo de la muerte.*

Dice en la azora 3, que por su Alcorán se quitan las riñas y contiendas y enemistades; y en mil partes dice, que hagan guerra a los que contradicen el Alcorán, y no tengan amistad con ellos; señaladamente en la azora 3 dice: *Combatid con los hombres de otra ley, hasta tenerlos sujetos y tributarios.*

En la azora 4 dice, que no hagan fuerza a ninguno para traerlo a su ley, porque el camino del bien y del mal es cosa abierta; y en otras veinte mil partes (como hemos visto) dice, que hagan guerra a los que no creen el Alcorán.

También en la azora 24 dice, que le dijo Dios: *Nos no te habemos mandado que hagas fuerza a ninguno para creer, porque no has de hacer otro sino anunciar la ley.*

Prolijo proceso haríamos, si todas las contradicciones y repugnancias que hay en la falsa doctrina del perverso Mahoma quisiésemos contar una a una; pero una no quiero callar, que es muy perniciosa.

En la azora 4 dice, que *nadie puede tener perfección si no tiene el Testamento Viejo, y el Evangelio, y el Alcorán.*

¡Mira qué disparate! —juntar cosas tan diversas, que difieren más que cielo y tierra, y contienen en sí cosas contrarias y repugnantes.

Porque el Alcorán es falso, y blasfemo, y carnal; y la ley de Christo toda espiritual.
Y esto baste para entender cuán clara trae consigo su falsedad esta doctrina perversa, para ser de todos desechada, si no estuviesen ciegos.

Pero proveyó este Mahoma maldito con dos cautelas endiabladas, para cegar más a esta gente; aunque, si bien lo mirasen, antes habían de servir para tener por más sospechosa su doctrina.

La una, que dice, que *Dios sólo entiende esta su ley, y que el día del juicio la examinará y mostrará su verdad.*
La otra, que manda a sus secuaces, que no traten de disputas, ni las admitan: todo esto para que no curen de escudriñar mucho su Alcorán; porque bien vio, que si lo escudriñasen con mediana diligencia y disputa, hallarían infinitas cosas falsas.

Bien vio él también, que había en su libro contradicciones, según él era ignorantísimo en escribirle y ordenarle; y así se apercibió contra esto en las azoras, diciendo, que aunque parece que hay en su Alcorán algunas cosas contrarias, pero los mismos versos las explican; y *la declaración del Alcorán solamente es entendida de Dios, y de sapientísimos creyentes*, los cuales, creyendo todo el libro, hacen fe que todo es dado de Dios.

Mira qué grande necedad:
¿Quién duda sino que el que creyere primero todo el libro, creerá también las partes de él, y dirá que son verdad?
Pero, para creerlo, ha de examinarlo, si no quiere irse como bestia, sin motivo ninguno, a una doctrina tan corrupta; y ver quién es el que da esa ley, y qué cosas contiene en sí; pues no tiene otra probanza natural, ni sobrenatural que haga fe dello.

Y lo de remitir el examen de su ley a Dios, y al día del juicio, es manifiesta evasión y tacañería pura: porque cada mentiroso habría de ser creído, con decir que el día del juicio lo verían ser así.

Pues lo de los versos que él dice, es pura burla; porque los versos están allí, y no explican más las contradicciones que si no estuviesen.

De lo dicho hasta aquí resulta, que si Mahoma fue blasfemo y falsario, y se contradice en muchas partes, que también la ley del Alcorán tendrá falsedades, y blasfemias, y contradicciones:
porque allí lo escribió él todo, y por esta parte debe ser desechado y abominado.

DIÁLOGO XVII

De cuán mala es la doctrina de Mahoma, por lo que en ella se contiene.

Ya te he mostrado dos cabos principales de esta materia; es a saber, el mal fin que pone esta secta de Mahoma, y cuán ignorante y falsario fue este su promulgador, y los errores y contradicciones que tiene. Resta tratar de las cosas malas que contiene en sí, esta su doctrina del *Alcorán*. Lo cual, aunque en parte está tocado en lo que hasta aquí he tratado de la ignorancia y errores de Mahoma, volveré a la memoria algunas cosas de estas, y añadiré otras.

Lo primero, esta secta suelta la rienda a la carne hasta pasar los límites de la naturaleza, y da toda la licencia posible a los afectos brutales de la sensualidad; así de concupiscencia, como de venganza y derramamiento de sangre. Principalmente abre la puerta al pecado de la sodomía brutal y contra natura; y así lo platican hoy los Moros y Turcos, como cosa entre ellos tenida por lícita, más que los de otra ley. Pues este falso profeta dice en la *azora* 3, es a saber: que usen de sus mujeres, y las labren por donde quisieren, porque son tierra suya.

Concede también las fornicaciones, a lo menos con las criadas, diciendo de esta manera en otro lugar: “Guarden —dice— castidad fuera de las mujeres y sus siervas, porque de éstas no se ha de tener cuenta.” Mira qué donosa castidad: parece que hace burla este endemoniado de la virtud de la continencia.

En la *azora* 18, y en otros muchos lugares, dice que defiendan su ley con las armas, y que hagan guerra contra los incrédulos que no son de su secta. Y en otro lugar dice que no tengan amistad con ellos, sino que los maten donde los hallaren: lo cual es contra la humanidad y benevolencia que los hombres se deben unos a otros en cuanto hombres.

En la *azora* 3 dice que es lícito repudiar a la mujer si no agrada, y tomar otra; lo cual, bien claro ves, cuanta ocasión es para soltar la rienda a la carne, y para que no haya fidelidad ni amor en el matrimonio. En el mismo lugar dice que la repudiada se puede casar con otro; locuales dar ocasión a las mujeres para que sean malas, con fin de ser repudiadas, por casarse con quien ellas quisieren: lo cual es contra la virtud y naturaleza del matrimonio; es contra el derecho de la naturaleza y la institución de Dios, cuando los crió, que fuesen uno con una, en una carne, sin división.

En el mismo lugar dice que puedan tener tres o cuatro mujeres juntas, y tantas cuantas puedan mantener; lo cual es pura disolución de carne, y materia de perpetua discordia y disensión, y de muchos adulterios, y de que los hijos no se críen bien. Canoniza la ley del Talión en las venganzas particulares que se hacen con autoridad propia, locuales contra la paz de la república.

En la *azora* 2 dice que Dios perdona a los que van a la guerra y mueren en ella; para animarlos a derramar sangre sin más justificación, lo cual es incitar a los hombres a derramar sangre.

En fin, en toda su ley no sólo no procura perfeccionar los dos apetitos sensitivos —irascible y concupiscible—, mas antes les da licencia a manos llenas, para que por obra ejerciten el desorden de sus inclinaciones.

Discípulo morisco: Pues parece que Mahoma predicó constancia, y predicó abstinencia, y ayunos, y limosnas, y otras cosas buenas.

Maestro Católico: Pues claro está que no había de ser todo malo: con algo había de engañar el demonio a la gente; que él tiene esa condición, que entra santiguando cuando se transfigura en ángel de luz. Pero su vida impía muestra claramente qué sentía él; y aun esas cosas que tienen alguna apariencia de bien, las predicó con tanta bruteza, que las deshizo todas; y así no predicó dellas sino el nombre.

Predicó ayunos, pero ayunos a durar sólo todo el día artificialmente, para darles licencia que comiesen todo lo que quisiesen, y se hartasen desde que sale el lucero de la noche hasta el día. ¿Qué cosa más bestial se puede pintar que ésta? De manera que todo su ayuno y abstinencia paró en superstición y voracidad y gula.

Constancia, yo te diré cuánta enseñó: dice que Dios perdonará al que, por miedo, en lo exterior fingiere contra lo que tiene en el corazón. Quiere decir, que puede uno ser Moro en lo interior, y por algún temor fingir en lo exterior ser Judío o Cristiano, y al revés; que es enseñar manifiesta falsedad y contradicción.

Pues paciencia y caridad, ya ves cuánta enseñó; pues en muchos lugares da licencia para vengar las injurias, y manda que aborrezca a todos los que no son de su secta.

Y no sólo no enseñó en esta su doctrina a obrar virtud,
pero ni aun contiene cosas que lleven especie de verdad en la historia o naturaleza de las cosas, sino todas son fábulas y ficciones suyas; y no está llena de otras cosas la *Suna* y el libro llamado *Acear*.

Finge que fue arrebatado al cielo; y primeramente dice que fue llevado en cuerpo y alma, como estaba, a ver a Dios, a quien dice que vio claramente; lo cual es manifiesta falsedad y blasfemia. Porque a Dios en esencia nadie le vio, como él mismo lo dice; ni es capaz la naturaleza mortal, por esta vida, de verle, por la gran desproporción que hay de nuestra manera de entender material, y ser Dios como es todo espiritual.

"A Dios no le vio nadie", dice el mismo Dios por la boca de San Juan, sino es por particular privilegio, el cual no pudo tener Mahoma, siendo tan malo como está dicho.

Dice más, que fue caballero en un animal que ni es mula, ni caballo, ni asno; él le llama *Alboray*, que es nombre fingido, como quimera; y que subió a los cielos —hombre pesado, agravado de humores y pecados, y de mil bestialidades—. Esto es ficción suya; o, estando él con su gota coral, el diablo le representaba aquello a la fantasía.

Pone siete cielos, siendo más de diez con el empíreo. El primero pone de plata; el segundo de oro —cosa harto conforme a la filosofía, y muy a propósito para que pase la luz por cuerpos opacos y macizos—, para que esté lo sumo grave sobre lo leve, contra orden de naturaleza. Y dice que los cielos están compuestos de metal y de piedras preciosas, siendo los cielos lo más alto del mundo, y las piedras de lo más pesado del universo.

Y dice que vio allí no sé qué ángeles muy fabulosos, con cuerpos vastísimos: el uno que llegaba con la cabeza al tercer cielo, que era de piedras preciosas —que son, a su cálculo, quinientos años de andadura—.

De allí subió al tercer cielo, donde vio muchos ángeles, en especial uno que era el ángel de la muerte, y tenía de ojo a ojo setenta mil jornadas, y allí estaba Abraham, y que se encomendó en él.

El cuarto era de esmeralda, y halló allí a Josué Patriarca, y se encomendó en él, donde estaba un ángel que siempre lloraba. En el quinto, que era de diamante, vio a Moisés con muchos ángeles. En el sexto, que era de carbunclo, vio a San Juan Bautista, y se le encomendó.

En el séptimo vio a Jesucristo y muchos ángeles, y entre ellos vio a uno que tenía setenta mil cabezas, y en una cabeza setenta mil lenguas, y en cada lengua setenta mil voces con que alababa a Dios; y vio otro que tenía los ojos abiertos, y que jamás los cerraba.

¿Qué diremos del gallo del cielo, que hace cantar a los de acá? ¡Que es vergüenza la cantidad que le pone!

Dice que Gabriel lo dejó aquí, y él subió al octavo cielo, y púsose apartado de Dios cuanto dos tiros de arco; y Dios le mandó llegar, y le puso la mano sobre la cabeza —la cual dice que tenía frigidísima—, y allí le concedió cuatro cosas:

La primera, que fuese el más nombrado de los profetas.
La segunda, que fuese redentor general.
La tercera, que fuese sin pecado.
La cuarta, que pudiese robar y despojar en la guerra como se le ofreciese.

Cosas, por cierto, dignas para que Dios las concediese, y aun a un tan corrupto como Mahoma era.

Tiempo faltaría si quisiese contar todas sus fábulas y blasfemias; yo tengo vergüenza de tratarlas, y son cosas que sólo con recitarlas basta para abominarlas.

Pues también (si a Dios place) vio el infierno, y dice de él otras tantas fábulas.

Y lo bueno es que también los *Alfaquís* malos e ignorantes han fingido ciertos milagros fabulosos de su Mahoma, los cuales el mismo Mahoma negó en muchos lugares que los hubiese hecho.

Y ya que quisieren porfiar que los hizo, está claro que de hombre tan impío y vicioso como él era, no se podían esperar sino algunos embustes y prestigios de encantador, hechos con alguna apariencia por arte del diablo.

Discípulo morisco: Mucho me he holgado de ver cuán fielmente habéis contado los principales cabos de la doctrina de Mahoma, y con cuán buenas razones habéis probado, aunque de paso, ser errores y fábulas.

DIÁLOGO XVIII

De cuán flaca y falsa es la secta de Mahoma, pues concede a los Moros que, por miedo de los peligros, confiesen en lo exterior otra ley de la que tienen interiormente.

Discípulo morisco: Deseo mejor entender lo que dijistes de la constancia de los moros: que decís que ni Mahoma la enseñó, ni los moros la tienen, porque fingen en lo exterior otra ley de la que creen interiormente, y aprueban por esta ley corrupta no ser mala esta ficción. Yo antes he visto que todos ellos presumen mucho de constantes, y por hacer esto no se tienen en menos; porque parece que el miedo es justa excusa para fingir otra cosa de lo que son, y yo siempre he oído decir que Dios se paga de sólo el corazón.

Maestro Católico: Ello es certísimo que Mahoma lo enseñó así, y sus secuaces lo siguen y hacen a la letra como él lo enseñó; y si allá, en aquellas partes de allende, no se vee esto, es porque no se ofrecen ocasiones de temor para examinarse en ello. Pero acá, donde parece que aventuran algo en confesar que son moros, y les conviene fingir en lo exterior ser christianos (no digo en cosas donde tendrían peligro de muerte si no lo hiciesen, que aun en estas, si su religión fuese verdadera, obligación tenían a posponerlo todo por mostrar abiertamente lo que son, en lo substancial que profesan), por interés de un maravedí, o de una mala palabra, o de que no les saquen una prenda, fingen lo que no son, y niegan la ley que tienen en el corazón; y en sólo lo exterior guardan la ley christiana que han recibido, guardando el corazón para Mahoma y al demonio.

Lo cual es cosa muy reprobada en negocios que tocan a Dios; porque Él quiere todo el hombre, y el servicio entero y perfecto con todas las potencias interiores y exteriores.

Y para que entiendas de raíz de dónde tuvo origen este error, sábete que, en tiempo deste falso profeta, aún reinaba una herejía que había comenzado en tiempo de los mártires, que enseñaba que era lícito, en los tormentos, negar a Dios; que era como decir, que se cumplía con tener en el corazón a Dios y a su ley, y aunque por miedo exteriormente se negase, no era pecado.

Por este engaño tiró Mahoma con su doctrina y sus secuaces; que, como piensan que ser moros es religión y ley de Dios, dicen que, interviniendo miedo, pueden, siendo moros en el corazón, fingir en lo exterior ser christianos y hacer las cosas de cristiano.

Y por esto los que tienen experiencia de la conversación de estos, ven que, aunque sepan una cosa de los cristianos, y cómo la han de hacer, nunca la hacen hasta que se les haga un poco de miedo con imperio; y entonces la hacen, pareciéndoles que de aquella manera no pecan, aunque hagan lo que ellos tienen por malo.

Lo cual es cosa reprobada, así por la buena razón, como por la divina Escritura.

Cuanto a lo primero, van contra la buena y recta razón, y contra la verdad los que hacen esto: porque mienten con mentira perniciosa en el hecho y obra exterior; porque con las obras también mentimos, y a veces más perniciosamente que por la boca; pues las obras, así como las palabras, en sí declaran lo que tenemos en el ánimo, y son señales de ello; y así han de conformar con el ánimo.

De lo cual se entiende ser mentira y engaño mostrar uno con las obras de fuera, y tener otro en el corazón: porque es otro de lo que me muestra, y pretende que el otro se engañe viendo la obra exterior que él hace.

Es menester (como dice la suma verdad) o que haga malos frutos el árbol malo, o que, si es bueno, los haga buenos; y como toda mentira engañosa y perniciosa sea grave pecado, por fuerza será también este género de negar la verdadera ley gravísimo, por ser en materia tan importante como es la fe y religión.

Hacese muy grande injuria a Dios, en tratar con Él de la manera que no trataríamos con un hombre bajo, que tuviésemos por amigo o por señor, y de quien hubiésemos recibido algunos beneficios. Porque claro está que no lo haría uno bien, si teniéndole amistad en el corazón, cuando se ofreciese tratar de su honra y obediencia, y pudiendo volver por él, lo dejase de hacer. Y no valdría nada su excusa, aunque dijese que le amaba en el corazón; pues por otra parte viese que a cada paso le negaba por cualquier temor o respetos humanos.

Que hombre de razón se satisfaría de la amistad de este tal? ¿Pues quieres tú que se satisfaga Dios, y quieres hacer con Él lo que no harías con tu igual? Dirás por ventura, que no se hace esto por cualquier ocasión, sino por temor de perder la vida o la hacienda. Eso es burla, porque por harto menores ocasiones que esas se hace a cada paso.

Pero hágote saber, que aunque corra riesgo la vida, antes ha de morir el hombre que negar la verdadera religión y la fidelidad a Dios. Porque más es sin comparación lo que a Dios se debe, que lo que nosotros podemos dar por Él y por su honra; pues todo es suyo cuanto tenemos. Él nos es Padre, es Señor, es Dios, que dio y da todo lo bueno que tenemos. Él nos dio el alma, la vida y la hazienda; y así no es mucho darla por Él, cuando la ocasión lo pide, mayormente que ganamos en darlo; porque damos cosas temporales, y Él ha de pagarnos con premios eternos, si así lo hacemos.

De esto se quejaba mucho Dios en la divina Escritura por los Prophetas, cuando decía: *Si soy Padre, ¿adónde está la reverencia y respecto que se me debe? Si soy Señor, ¿adónde está el temor de mí? Si soy Dios, ¿adónde está el amor que se me debe?*

Y en otro Profeta, reprehendiendo esta doblez de ánimo, dice: *Este pueblo con los labios me honra, pero su corazón está lejos de mí.* Y aquel grande Profeta Elías no reprehende otra cosa más en el pueblo de Israel que esta malicia; es a saber, este andar cumpliendo con Dios en una manera, y con el demonio en otra.

¿Hasta cuándo —dice— *habéis de cojear y no andar parejos, queriendo cumplir con una religión y con otra a medias?* Como si dijera: Sabed que no sólo no hacéis nada, pero pecáis gravísimamente.

Porque, como Dios es perfecto, así son perfectas sus obras; y como salva y ha de beatificar todo el hombre, quiere —y es mucha razón— que todo el hombre le sirva con el corazón, la lengua y las manos, quando fuere menester, y la razón y su honra lo demandare.

¿Y adónde está el creer en Dios, el amar a Dios sobre todas las cosas, como somos obligados, si por temor de perder la vida, o la hacienda, o la honra lo habemos de negar? Porque claro mostramos, que amamos más aquello que no queremos perder, que no a Dios, pues por salvar aquellas cosas lo echamos a Él atrás, y le volvemos las espaldas; en locualle hacemos gran deslealtad e injuria.

De lo dicho se sigue, que pues la pérdida secta de Mahoma da licencia para negar por la boca la religión, y para fingir otra cosa de lo que el corazón siente, es ley injusta, fingida y llena de engaño, y contra toda la doctrina divina, y contra la práctica de todos los siervos y amigos de Dios, que no se contentaron con sentir bien de Dios, sino que con grandes peligros suyos confesaron su fe por la boca y las obras.

Y así pusieron sus cervices a las espadas, y sus cuerpos a los tormentos, cuantos les pudieron dar los tiranos, sólo por perseverar en la confesión de la fe de Dios; como lo han hecho innumerables cristianos en la ley evangélica, y también en el testamento viejo muchos que se dejaron matar por la confesión de la verdad, y por no hacer con las obras otra cosa de lo que sentían; como leemos de los Macabeos, madre e hijos.

Y en la religión christiana no hay cosa más encomendada ni más usada desde los tiempos de los Apóstoles y Mártires, que esto de la consonancia de las obras exteriores y del corazón; conforme a aquello que Jesús el Cristo enseña:

El que me confesare delante de los hombres, confesarlo he yo delante de mi Padre; y el que se avergonzare y afrenta de confesar mi nombre delante los hombres, yo le avergonzaré delante de mi Padre y de sus ángeles en el cielo.

Y el Apóstol San Pablo dice: *Con el corazón se cree para alcanzar la justificación, y la confesión de la boca se hace para la salud del alma,* como cosa necesaria.

De donde se arguye bien la perfección de la ley cristiana, que manda que concuerde lo exterior con lo interior, y no sufre ninguna ficción.

Y esto basta para que entiendas el estado santo que has de tomar, y la santa vocación en que has de vivir: y no seas como muchos mezquinos de estos nuevamente convertidos, que andan cojeando de ambos pies; a los quales harto más les valdría no venir al conocimiento de la verdad, que después de venidos ser traidores y mentirosos, que van contra lo que prometieron, y ni son moros, ni cristianos, sino como árabes sin religión.

DIÁLOGO XIX

En el cual, del modo como se predicó la secta de Mahoma, se arguye la falsedad de ella.

Cualquier doctrina o ley que se da a los hombres para que sea creída, es menester que se pruebe en alguna manera: si es ley o doctrina humana, por razón natural y humana; y si es divina y sobrenatural, por motivos divinos.
La doctrina y ley del Alcorán no se prueba con una manera ni con otra: luego justamente se puede y debe menospreciar de los hombres que usan de libre albedrío, y se gobiernan por razón, y como hombres; aunque otra cosa no tuviera más que esta.

Cuanto a lo primero: ni ella es revelada de Dios, ni hay testimonio auténtico de Dios de esta tal revelación, que sea alguna obra maravillosa de Dios, con que Dios testifique y dé a entender a las gentes que aquella es su santa voluntad y que es cosa enviada por Él.

Discípulo morisco: ¿No basta que lo diga Dios?

Maestro Católico: Sí bastaría si lo dijese; pero es menester que nos conste que lo dice Dios; y no basta una simple relación, señaladamente de un hombre semejante a Mahoma, para creer que Dios lo dice.

Bien sé que hartas veces dice Mahoma que lo envió Dios, y que Dios dijo que aquel libro era su doctrina, y amenaza de parte de Dios a los que no se abrazan con él; pero no hay más que decir el mismo Mahoma que Dios se lo dijo. ¿No ha de haber algún testimonio o razón por donde un hombre de razón se persuada que aquel tal hombre es enviado de Dios?

Y aunque Mahoma fuera un hombre al parecer santo y virtuoso, no bastará sola su autoridad para dar ley nueva y modo de vivir nuevo en el nombre de Dios, especialmente en

derogación de la ley dada por el mismo Dios; ni aun viniendo en apariencia de obras maravillosas. Cuánto más, siendo Mahoma tan malo y corrupto como hemos mostrado, y viniendo sin maravilla de obras, no sé por qué ha de ser creído.

Manda Dios por Moisés en el *Deuteronomio* que, si algún profeta, o aún algún hombre aunque sea padre, o hijo, o hermano, o mujer, nos quisiere persuadir cosa que se aparte de la verdadera religión, no sea creído; aunque anuncie como profeta alguna cosa por venir y suceda como él la anunció.
Si esta regla hubieran guardado los primeros que oyeron a Mahoma, no hubiera el infierno ensanchado tanto su boca para recibir tanta gente como se ha perdido por causa de este engaño.

Y un Apóstol amigo de Dios encarece mucho más esto; es a saber, que aunque un ángel del cielo venga a predicarnos contra lo que Dios ha revelado y testificado, sea *anatema*, y como cosa descomulgada para nosotros. Porque de otra manera, ninguna religión verdadera podría estar fija; antes estaría en mano de cualquier falso profeta pervertirnos y apartarnos ligeramente de la verdad; lo cual es cosa contra toda razón, especialmente cuando aquella novedad que se introduce hace perjuicio y deroga alguna ley muy puesta en razón, dada por el mismo Dios y confirmada con muchos milagros.

Que claro está que no ha de ser creído el que la quisiere derogar, si no da alguna señal propia de Dios, que sea como sello muy conocido de su omnipotente voluntad; es a saber, milagros y obras a solo Él posibles.
Ni aun quiere Dios, ni quiso, que crean a sus ministros de otra manera; y aunque hagan cosas al parecer de los hombres rudos milagrosas, no quiere que sean creídos sin testimonio cierto suyo, especialmente contra lo que Él tiene y ha revelado y dado a los hombres por ley.

Leemos en el *Éxodo*, cuando Dios envió por ministro de su ley a Moisés para que la propusiese a su pueblo, que estaba en la miserable cautividad de Egipto, cómo le proveyó de esta autoridad, y concurrió con él y con su mensajería con muy especial favor de estupendos milagros y obras a solo Dios posibles. Las cuales los magos de Faraón conocieron cuando, en competencia de Moisés, hacían no sé qué embustes que tenían apariencia de milagros; y así dijeron en la cuarta señal que Moisés hizo: “El dedo de Dios anda aquí”; y por naturaleza no se puede hacer lo que este hace.

De manera que en Moisés vemos que no se contentó con decir “Dios me envía a esto”, sino que hizo grandes milagros en aprobación de esta verdad, porque él claramente conoció que eran necesarios.
Y así, cuando Dios le enviaba por mensajero para que dijese a Faraón de su parte que diese libertad a su pueblo, replicó Moisés a Dios diciendo: “¿Cómo iré con tan ardua embajada, que ni me oirán ni querrán creer que tú me has aparecido y me has hablado? ¿Qué señal llevaré?”

Respóndele Dios: “Yo estaré contigo; y para que veas que te acompañaré con milagros, dime: ¿qué tienes en la mano?”
Respondió Moisés: “Vara”.
“Échala, pues, en tierra”, le dice Dios, y volvióse luego en culebra, de tal manera que huyó

Moisés de ella.
Luego le dice: “Extiende tu mano y tómala”; y tomándola, volvióse vara como antes lo era.

También le dijo que metiese la mano en el seno, y metiéndola, la sacó leprosa; y después mandósela volver a meter, y la sacó limpia, como si mal no hubiera tenido.
Luego dice: “Porque crean que te apareció el Señor y te habló el Dios de tus padres, Abraham, Isaac y Jacob. Si no te creyeren en la primera señal y milagro, crean por la segunda señal; y si no te creyeren a la segunda, harás la tercera: y es, que tomarás agua del río, y toda el agua se convertirá en sangre.”

Nota bien la causa: que para que fuese creído que era Moisés mensajero de Dios, le dio virtud de milagros; y la razón está clara y manifiesta.

Porque si bastase el decir solamente cada uno: Dios me envía, Dios me hizo su mensajero —cualquier arrepticio, espiritado o perverso hombre podría decir esto de sí— y podría mudar la religión y ley que Dios tiene dada, si no fuese menester más testimonio ni más probanza; lo cual es falso y contra la costumbre de Dios, como hemos mostrado.

Así vemos también que Jesucristo, verdadero legislador y saber del Padre, cuando vino a anunciar la ley evangélica —ley celestial y de perfección— y a anunciar el jubileo y remisión de pecados y nuestra reconciliación con el Padre, como estaba prometido en Moisés y los profetas (como el mismo Mahoma lo confiesa), y en fin a hacer cesar la ley de Moisés, vino con poderío de nuevos y espantosos milagros, para que entendiesen que aquella era voluntad de Dios, pues Dios concurría con tantos milagros en aprobación de lo que Él decía.

Y así en el Evangelio, en el principio o fin de los milagros que Cristo hacía, se dice, como por fin del milagro, que creyeron en Él los que le vieron. Y en aquel insigne milagro que hizo cuando resucitó a Lázaro, muerto ya de cuatro días, el mismo Cristo ora al Padre en cuanto hombre, por darnos ejemplo, y le dice: “Resucítale, para que crean que Tú me enviaste”.

Y la conclusión del santo Evangelio de San Juan, después de haber acabado de contar la vida y obras admirables de Cristo nuestro Señor —como testigo de vista que fue de ello el evangelista San Juan— dice: “Otros muchos milagros hizo Cristo en la tierra, que ni están escritos en este libro de los Evangelios ni podrían caber en todos los libros del mundo; y estos, dice, han sido escritos para que creáis que Jesús es Hijo natural de Dios, que hizo obras tan maravillosas, a solo Él posibles.”

De Cristo da muy buen testimonio Mahoma: en el capítulo Meyde introduce a Dios diciendo: “Definimos el camino de los hombres por Jesucristo, hijo de María, ser veracísimo y ser profeta, al cual dimos el Evangelio, que es la guía, la luz y la verdad manifiesta.”

Los Apóstoles —a quienes Mahoma llama los emblanquecidos— asimismo, cuando fueron a predicar a las gentes, este poderío de milagros llevaron, según Cristo primero se los había prometido en el Evangelio. La cual promesa muy bastantemente se la cumplió con raras y estupendas obras, con las cuales convirtieron mucha gente en todo el universo, según consta por la misma Escritura y por historias indubitadamente auténticas; y, en fin, todas las provincias del mundo dan de ello testimonio.

Pues si Mahoma venía de parte de Dios a dar ley nueva al mundo (dado caso, o según él fingiera), ley dada ya a los patriarcas, al menos no estaba publicada ni recibida hasta su tiempo; y siendo contraria a la de los judíos y a la de Cristo, que era perfectísima, claro está que tenía grandísima necesidad de milagros para que fuese creído, o al menos había de traer razones naturales muy fuertes que convenciesen el entendimiento; de lo cual nada vemos en él.

Porque ni hizo milagro ninguno, ni trajo doctrina conforme a razón, sino indigna de hombre de juicio. Bien entendió Mahoma que tropezarían en esto, de no verle hacer milagros, muchos hombres de juicio; y apercibióse contra esta pregunta, diciendo que era verdad que él no hacía milagros, porque Dios no le enviaba sino a promulgar su ley, y que no le quiso dar Dios el poder de hacer milagros.

Así, en la azora 5 introduce que Dios le habla diciendo: "Tú no vendrás a ellos con milagros de Dios, porque ellos los refutan como cosas odiosas y les parecen encantamientos." Y luego dice más: "Cuando te pidieren que hagas milagros, di que Dios solo los hace; yo —dice— no mando a mis mensajeros que los hagan, sino que anuncien la alegría a los hombres y les vedan lo que no es lícito."

Con las cuales palabras, en fin, él confesó una verdad: es a saber, que él no hizo ningún milagro ni los podía hacer; aunque da para ello la excusa falsa diciendo que Dios no suele mandar a sus ministros que los hagan ni persuadan por ellos; porque lo contrario consta por las Escrituras, como parece en la ley de Moisés, y en la de Cristo, de quien él concede en muchos lugares que fue enviado por Dios y que tuvo poder para hacer milagros, y los hizo; y así se contradice torpemente el falso.

En la ley de Cristo, por ser de muy mayor autoridad, no solo Cristo, sino los apóstoles enviados por Cristo hicieron estupendos milagros, o por mejor decir, Dios los hacía por mano de los apóstoles en aprobación de su doctrina y predicación.

Y lo que dice, que los milagros no son necesarios, es verdad para los creyentes, porque estos no tienen necesidad de ellos; pero son útiles y necesarios para los que no creen, y con ellos se suelen convertir cuando llanamente abren el corazón a la inspiración de Dios, sin malicia ni pertinacia.

Y a lo que dice, que no es del mensajero sino anunciar alegría, eso le cuadra por cierto poco a Mahoma, porque no vino sino a anunciar blasfemias, mentiras, discordias y derramamientos de sangre; y si alguna alegría anunció, fue alegría bestial y carnal, que para en tristeza y llanto.

Y en la azora 6 introduce a Dios que le dice: "Algunos te dirán: ¿por qué no haces milagros? Yo no te envié para esto, sino para anunciar mis preceptos."

Y en la *azora* 12 dice Mahoma, excusándose porque no los hace, que al mensajero no le conviene más que declarar los preceptos y la legacia que trae. Estas evasiones y falacias imaginó este falso profeta para excusarse de cómo no hacía milagros; de lo cual se sigue claro por su misma confesión que nunca los hizo: y así se conoce claro, fuera de algunos

fabulosos milagros que los alfaquíes y califas han inventado para autorizar a Mahoma; porque, además de la confesión del mismo Mahoma, las fábulas y patrañas que ellos mezclan en sus milagros dan claramente a entender ser ellos fingidos.

Y también la vida viciosa de Mahoma es claro indicio que no hizo milagro ninguno; porque Dios es suma verdad y bondad, y no testificaría con milagros en favor de un hombre adúltero y robador, y en favor de una ley blasfema y carnal. Pues razón natural ni motivo con que los hombres con apariencias le pudiesen creer no solamente no la trajo, sino aun mandó que con razones ni disputa no tratasen de su ley, sino con la espada en la mano; como parece en muchos lugares de su Alcorán, lo cual claramente arguye la falsedad de esta secta y (como el mismo autor de ella conoció) su flaqueza; pues no quiso que viniese a juicio y examen de hombres de razón.

Así en la *azora* 18 manda que con la espada defiendan su ley. Y en la *azora* 4 dice: si alguno te quisiere meter en disputa, dirás que lo dejen para el día del juicio, donde Dios lo declarará bien. Por cierto que es docta respuesta: para hombres de razón, quien quiera podría defender sus disparates con esa respuesta. En fin, pues esta doctrina huye el examen y conferencia de la razón, cierta señal es de ser mala; porque lo malo tiene esa condición, que quiere andar encubierto y no venir en público a la luz, por no ser conocido y redargüido.

Y tanta más necesidad tenía Mahoma de probar su doctrina con milagros o razones, cuanto más nueva era y difícil de entender y creer. Porque no afirma de sí ni de su ley sino cosas difíciles de creer; a saber, que él era mensajero de Dios, que era Mesías reparador y medianero, y que su ley es la que se dio a Abraham; y que Dios quiere que esta su ley se tenga, porque la de Cristo era rigurosa, y otras cosas de este tipo. Las cuales cosas, así por ser falsas y blasfemas como por ser contra la honra de Dios y de su Hijo sagrado, y por no probarse con milagros ni razones con la misma facilidad con que él las dice, las debe abominar y menospreciar cualquier hombre de razón.

Discípulo morisco: Pues ¿qué medios tuvo para persuadir tanta gente?

Maestro Católico: Dos: violencia y licencia. Porque como hemos visto, ni tuvo Mahoma motivos sobrenaturales de milagros para persuadir esta su secta, ni motivos naturales de razones; y como todo le faltaba, acogióse a un remedio bestial y bárbaro, que es la fuerza de armas; y así lo introdujo y promulgó con robos, muertes y derramamientos de sangre, destruyendo a los que no la querían recibir; y con este mismo medio la conservan agora sus ministros, hasta que Dios aplaque su ira y destruya esta pestilencia del mundo.

De lo cual se conoce bien que tal debía ser la ley, pues se promulgó con un medio tan cruel y tan contrario a la costumbre de Dios y a la buena razón, que la ley y religión que se ha de asentar en la voluntad y corazón no la promulgue y persuada con sangre y fuerza de armas y temores. La experiencia muestra que por miedo nadie cree una cosa.

El otro medio fue halago y licencia de carne, de lo que ya se ha hablado.

Discípulo morisco: Pues ¿Moisés no peleó contra los que eran de otra ley, y los cristianos

no pelearon por su ley?

Maestro Católico: Sí pelean los cristianos, pero solamente contra los que les perturban; porque tienen derecho para defenderse de las molestias que les hacen, y librarse de las vejaciones, y recobrar lo que les tiene usurpado; y también hacen fuerza a los que han tomado una vez la religión cristiana y después la dejan; porque es muy justo que les hagan guardar la promesa que a Dios hicieron. Moisés peleó contra los que le impedían la libertad de su pueblo.

Pero la Iglesia, cuando de nuevo persuadé la religión cristiana a alguna gente, nunca usa de fuerza corporal, sino de persuasión que habla al corazón; y Dios ha concurrido en su predicación con milagros, cuando ha visto que eran menester; como lo hemos también experimentado en nuestros días en la conversión de los idólatras de las Indias y tierras nuevas que se han ganado.

Pero Mahoma y sus perversos ministros que hasta hoy duran, nunca han acostumbrado divulgar su secta con otro medio sino con los dos medios: uno de armas y violencia, y otro de licencia de carne. En señal de lo cual, como bien te acuerdas, cuando allá los de esta secta quieren hacer a alguno moro y le quieren hacer renegar otra ley y profesar el Alcorán, lo suelen hacer con esta ceremonia: el maestro diputado que le enseña tiene una espada desnuda en la mano.

En fin, no saben otra defensa de razones sino la fuerza y violencia. En conclusión, yo no hallo otro motivo para que tanta gente siga esta maldita secta sino porque abre la puerta a todos los vicios y señaladamente da libre licencia para cualquier disolución.

También suelen tener los más de ellos otro motivo donoso para perseverar en esta secta; y es que dicen que, pues sus padres fueron moros, ellos también lo han de ser. La cual es una respuesta de las más bestiales que ser pueda, y contra toda razón divina y humana, determinarse en cosas tan arduas como son la salvación o perdición eterna del alma, por solo el ejemplo de sus antepasados.

Yo te digo de verdad, que siendo la religión cristiana la verdadera, como después te mostraré; sin embargo, si un cristiano creyese solamente porque sus padres y sus pasados creyeron, por ese mismo caso no sería cristiano. Porque quien de esta manera cree, no cree en Dios, sino en sus padres, a quienes está atado.

Y pues a los hombres que usan de razón esto no satisface, ¿cómo se piensan estos excusar el día del juicio, cuando Dios les haga cargo de no haber creído en el Evangelio? ¿Será por ventura buena disculpa decir: “Mis padres y abuelos creyeron lo que yo creo”? Fácilmente se les podrá responder: ¿Tú no tenías libre albedrío y usabas de razón? ¿No podías examinar lo que se te predicaba y se te ofrecía, pues había de ser para provecho o daño tuyo propio? Tu padre no pagará por ti, sino cada uno de vosotros por sí mismo.

Si tu padre se echara por una ventana, ¿habíasle de seguir en eso? Si hiciera desatinos y por ello perdiera la vida, la honra o la hacienda, ¿habíasle tú de imitar? Veamos: si para ir a un lugar hallases diversidad de caminos, aunque supieses que tu padre fue por uno de ellos, ¿no errarías por cierto si fueses por él diciéndote todos que aquel camino es errado, y

no sabiendo tú si llegó allá tu padre o no? Hacer lo contrario sería querer dar de cabeza y pura pasión; pero la verdad no se halla por pasión, sino con razones o con divina revelación.

Además de esto, si ese motivo —de así creyeron mis padres— fuese bueno para hacer elección de religión y ley, por el mismo caso los que oyeron la ley de Mahoma no hicieron bien en recibirla, porque recibieron ley nueva y se apartaron de la ley de sus padres y antepasados. Y así, el mismo Mahoma no hay cosa que más reprenda en su Alcorán que esta regla de escoger religión por el parecer de sus pasados.

Y pluguiere a Dios que los obstinados que siguen esta perversa secta de Mahoma, ya que no quieren creer en la verdad de la religión cristiana, al menos se pusiesen indiferentes para examinar bien los motivos de su burlada secta, sin pasión ninguna de querer seguir a sus pasados y sin odio a la gente cristiana; que yo fiador soy que les inspiraría Dios en sus corazones lo que cumple a su salvación. Pero están endurecidos y cierran las puertas a la luz que los quiere alumbrar, y así también la luz huye de ellos.

Más lo que yo más creo es que no tienen cuenta con su salvación, sino que viven como bestias, porque ni quieren preguntar ni informarse de lo que contiene su alma; más aún, están obstinados y aborrecen a los que los enseñan, y se oponen al Espíritu Santo. Y quien en cosas tan arduas, de las cuales tanto le va, se trata de esta manera, ¿qué puede esperar de Dios sino durísimo juicio, pues a sabiendas menosprecia la luz y se abraza con las tinieblas?

No quiero callar una cosa que osa decir aquel falso profeta, entre otras mentiras que dice él. Y es cosa donosa lo que dice Mahoma y sus secuaces: que él vino por reformador y templador de la ley de Cristo, porque era rigurosa. Y no ve el maldito que esto es blasfemar de la perfección y costumbre de Dios, que siempre comienza en lo más imperfecto y acaba en lo más perfecto; como parece en la ley de Moisés, que siguió a la de la naturaleza, y en la ley de Cristo, que vino tras la de Moisés.

Y si de la ley de Cristo, que era perfectísima y espiritual, hubiera el mundo de dar en otra más ancha y licenciosa, fuera decir que Dios volvía atrás y se arrepentía de la perfección primera. Cuánto más que el yugo de Cristo es suave y ligero, y la ley fácil de cumplir con la gracia de Dios, la cual Cristo abundantemente da a los que se la piden de corazón.

Porque Cristo, en cuanto hombre, nos la mereció, como por experiencia se ha visto en la muchedumbre de los siervos de Dios que ha habido en la Iglesia; y por el contrario, en su bestial secta, con toda la licencia y anchura que les da, por maravilla se halla un buen moro. Y está claro que, pues Dios mandó la ley evangélica, Él dará fuerzas para cumplirla, porque Dios no suele mandar cosas imposibles.

Asimismo, si Dios hubiera de enviar este reformador de leyes, ya lo hubiera avisado por algún profeta suyo, como vemos que hizo de Jesucristo nuestro Señor; al cual, como determinase enviarlo el Padre eterno para dar cumplimiento a la ley de Moisés, lo prometió primero por boca de muchos profetas, los cuales, casi más históricamente que proféticamente, contaron todos los pasos de su vida antes que Él viniese al mundo: lo cual no vemos de este maldito Mahoma, que no hay memoria de él en la Sagrada Escritura.

Pero, en fin, él quiso en este engaño y falso título que se atribuyó imitar a muchos herejes, como Simón, Valentino, Marciano, Marco y Montano, que se atribuyeron estos renombres, siendo hombres carnales, fanáticos y espiritados.

Discípulo morisco: Pues los moros dicen que en la Sagrada Escritura se hace particular mención de Mahoma.

Maestro Católico: Ya sé cuán ciegamente pretenden que por él se dijo aquello del *Deuteronomio*: *"Un profeta les daré de en medio de sus hermanos"*, donde Dios habla con Moisés del profeta que había de dar a los de su pueblo. Mas cualquier hombre que sepa algo de la Sagrada Escritura verá cuán falsamente se atribuye esto a Mahoma, porque ni fue semejante a Moisés en virtud alguna, ni fue del pueblo de los judíos, sino de Meca, ciudad de Arabia, entre la idolatría.

Y si algún lugar de la Escritura le cuadra, es aquel del *Apocalipsis* de San Juan, que es la profecía del estado del Testamento Nuevo, donde se pintan al vivo las persecuciones y perseguidores que ha de tener la Iglesia de Cristo y su religión. En el capítulo 6 se dice que, como fuese abierto el segundo sello del libro de las cosas por venir, salió un caballo bermejo, y sobre él una persona a quien le fue dado y permitido que quitase la paz de la tierra de entre los hombres.

Por quien se puede entender este falso profeta, que no vino a enseñar otra cosa, ni él ni los suyos practicaron otra cosa sino guerras y efusión de sangre; lo cual la experiencia lo ha bien mostrado, que después que su falsa y sangrienta secta comenzó en el mundo, todo se revolvió, y no quedó reino con reino, ni hombre con hombre.

También puede ser figurado por aquel dragón que en el mismo *Apocalipsis* se dice que con su cola derribó y trajo tras sí la tercera parte de las estrellas (Apocalipsis 12), es a saber, la tercera parte del mundo; aunque esto más propiamente se entiende del Anticristo, de quien él fue precursor, o del propio Satanás, padre de los hijos de soberbia.

Pero ya baste lo dicho para conclusión de este artículo, que tanto importa a tu salvación; es a saber, para la destrucción de esta secta perversa de Mahoma. Porque si hemos probado que el fin que ella pone es todo bestial e indigno de la autoridad del hombre; y si el autor de ella fue un hombre adúltero, perjuro, ladrón, homicida, blasfemo e ignorantísimo en letras humanas y divinas; y si las cosas que en sí contiene esta su ley son todas fábulas en filosofía y errores en teología, aun para los que no tienen más que lumbre de razón; y en lo que enseña de costumbres es una escuela de vicios bestiales; y si no probó esta su nueva secta con ningún motivo, ni sobrenatural de milagros, ni natural de razones, sino que solo la introdujo con fuerza de armas, violencia, ficciones, mentiras y licencia de la carne, ¿qué resta de aquí sino que es secta impía, blasfema, viciosa, invención del diablo y camino derecho para el infierno, y así que no merece nombre de religión?

Discípulo morisco: Holgado me he mucho de ver cuán bien has contado las particularidades de esta secta que yo hasta aquí he seguido, y cómo has disputado bien contra ella. Cierto, yo te confieso que las razones que has traído me hacen fuerza; lo demás que del Alcorán has alegado, no lo he visto.

Maestro Católico: Si no paras más de en eso, para mí ya te tengo por cristiano; que eso yo te lo mostraré claro en el mismo original del Alcorán, y no hallarás ninguna diferencia de lo que te he dicho, sino por ventura en algunas palabras, pero no en la sustancia del sentido.

Y ten entendido que no es el Alcorán escritura tan honda ni tan dificultosa que tenga necesidad de glosas ni diversidad de sentidos, porque bien se ve lo que trata y enseña; y como él no lleva ni proceso filosófico, ni profético, ni poético de aquella poesía antigua, por consiguiente no puede tener dificultad ni hondura. Solamente la tiene en que está escrito en verso, pero es verso ordinario de la tierra donde vivió, como prosa que no tiene particular dificultad.

No es sino una escritura confusa y desatada, sin orden ninguno, y con mil contradicciones. Y no tiene tampoco vocablos poéticos, porque Mahoma fue del todo idiota e ignorante, y no supo arte liberal ni ciencia alguna, ni tuvo sombra de espíritu profético, ni aun lo supo fingir, aunque quiso, ni Dios se lo permitió.

Y si el Alcorán anduviese traducido en lengua vulgar, para que todos viesen las bufonadas que en él hay, tendrían lástima de los que de tan soez y bestial doctrina se dejan gobernar, y ellos mismos se avergonzarían de ello. Y esta es la causa por la cual los moros no solo no quieren tratar con los cristianos las cosas de su Alcorán, sino que aún les pesa extrañamente que los cristianos lean en él, y lo sepan, y que su Alcorán se traduzca en otras lenguas.

Quiero ya concluir esta materia, advirtiéndote en suma cómo el mismo Mahoma conoció claramente la falsedad y flaqueza de su secta, para que en una palabra veas la maña y versucia de este falso profeta que tú y tus pasados habéis seguido; de lo cual claro se arguye, si con abiertos ojos se mira, ser toda su doctrina engaño y embuste.

Bien sé que ha habido algunos maestros de esta perdida secta de Mahoma que se han atrevido a decir que Jesucristo prometió que había de enviar después de sí a Mahoma; porque dicen que en aquel lugar de San Juan donde Cristo dice: *"Yo os enviaré otro espíritu de consolación"*, estaba en aquel texto: *"Yo os enviaré a Mahoma"*.

Es cosa de risa parar en esto; pero porque no queden con este escrúpulo, quiero responderles. Lo primero: es gran blasfemia querernos argüir de falsos en nuestros originales evangélicos, sabiendo el gran cuidado que siempre ha tenido la Iglesia de guardarlos incorruptos; lo cual se parece en la gran concordia que ha habido entre todos los doctores cristianos que los alegan, siendo los doctores tantos en número, y viviendo en tan diferentes siglos desde mil y quinientos años acá, y en provincias tan apartadas.

Y pregúntoles yo a estos alfaquíes que han dicho esto: ¿o falsaron este lugar del Evangelio los cristianos que vivieron antes de Mahoma, o los que después? No los primeros, porque ellos no tenían para qué, pues no conocían aún a Mahoma. Ni los que vivieron después, porque vemos que de la misma manera que tenemos nosotros este lugar del Evangelio, le alegan todos los santos que vivieron antes de Mahoma, así griegos como latinos.

Con razones se puede probar que Mahoma no pudo ser el Espíritu Santo que Cristo prometió que había de enviar. Porque San Lucas dice que cuando subió Cristo al cielo, dijo

a sus apóstoles: “Recibiréis el Espíritu Santo, no después de muchos días”, y mandóles que lo esperasen en Jerusalén, y así lo entendieron ellos, y lo hicieron. Pues ¿cómo había de ser este Mahoma, que vino cerca de seiscientos años después?

Además: el Espíritu Santo había de enseñarles a los apóstoles en nombre de Cristo, y confirmarles en la doctrina que Él les dio; pero Mahoma antes introdujo doctrina del todo contraria a la de Cristo, como parece en la falsa bienaventuranza que pone en las fornicaciones que permite, en los repudios y muchedumbre de mujeres, en las violencias que manda, y en fin en todo.

Además de esto, del Espíritu Santo dice Cristo que el mundo no le podía recibir; pero a Mahoma vemos que los mundanos y carnales le han abrazado, por la gran licencia que da para pecar. Pues si miráis el nombre de Consolador, no le conviene a Mahoma, sino es como llamar a lo negro blanco; porque no introdujo en el mundo sino desconsuelos, muertes, robos, guerras, discordia, carne y sangre, que hasta hoy duran.

En el primer libro de su Alcorán, en el capítulo 5 —y en otro lugar que he leído en él, que ahora no me ocurre— se provee Mahoma de tres cosas, para que los engañados por él y sus ministros nunca perpetuamente se desengañen de la falsedad de su doctrina.

La primera cosa que manda es la que muchas veces te he alegado: que no permitiesen que su doctrina se disputase; porque bien veía él que todas ellas eran tinieblas, y que si fuesen sacadas a la luz, sería entendida su falsedad, y sus mentiras y contradicciones.

La segunda es que la defendiesen con la espada en la mano: cosa bien substancial para convencer los entendimientos de los hombres que usan de libertad y de razón; pues es claro que lo que ha de aceptar la razón y la voluntad, no quiere fuerza ni violencia.

Es cosa de risa parar en esto. La tercera es que no crean a judíos ni a cristianos, porque sabía que de éstos había de ser descubierta la suciedad de su ley, y habían de destruirla. Porque, como él tomó su doctrina de estas dos leyes, y de algunas doctrinas de herejes, no había quien pudiese ser buen juez de ella sino los que entendían o la ley de Moisés o el Evangelio; y por eso los excluye y dice que no los crean.

Como si él no hubiese creído a Sergio o a Mauro, falsos cristianos, y a los dos espaderos de los cuales tomó —mal tomado— lo que injirió en su Alcorán del Evangelio, todo corrupto y mal traído; y como si no hubiera creído a su negro secretario Abdalla Cerralle, judío, y al otro judío que le quiso hacer Mesías, para meter en su Alcorán cuantas fábulas judaicas hay en el Talmud de los judíos, como hemos dicho.

¿Quién no entenderá la malicia, falsedad y astucia de este falso profeta y de su doctrina, viendo que se previene con estos tres mandatos tan desvergonzados, para que su error se perpetúe y no venga a examen, ni nadie de los suyos se pueda desengañar? Ira manifiesta de Dios es; y cierto, quedo atónito cuando pienso en esto: que tanta gente, y donde ha habido y hay tan buenos entendimientos, no quieran caer en ello, sino que cierren los ojos a la luz, contra toda razón divina y humana.

Discípulo morisco: Contentado me ha lo que me has dicho para destrucción de esta secta de Mahoma; pero aún queda, a mi parecer, por persuadir lo de la fe y religión de Jesucristo, a quien los gentiles, moros y judíos contradicen.

Maestro Católico: Verdad es; yo espero en nuestro Señor mostrártelo con tanta eficacia, que conozcas cierto ser la religión de Cristo la verdadera, y el único camino para ir a Dios. Y no tenemos hecho poco hasta aquí, porque ya me parece que en cierta manera tengo concluida esta verdad que dices que resta por probar.

Discípulo morisco: ¿Cómo así?

Maestro Católico: Porque, si te acuerdas de lo que hemos tratado desde el principio, lo primero probamos que sólo Dios es el fin y paradero del hombre; y de ahí inferimos que había de haber, por fuerza, algún camino para ir a Él, y que éste solo había de ser religión, y que éste había de ser uno, y no podían ser muchos juntos. Y luego contéte cuatro caminos que se parecen y platican solamente entre todas las naciones del mundo: el uno, de la doctrina de los filósofos; el otro, de la ley de Moisés; el otro, de la secta de Mahoma; y el cuarto, del Evangelio de Jesucristo.

Pues si hemos ya probado —como lo hemos probado— que los tres primeros no son caminos ni verdaderas religiones, paréceme que resta averiguado que la ley de Cristo es el único y necesario camino para Dios, so pena de que no habría camino para ir a Él si esta sagrada religión no lo fuese.

Pero, por otra vía y proceso que llaman demostrativo, te quiero probar la verdad de este artículo, contándote también las particularidades de esta religión, para que con la comparación entiendas cuán celestial es esta mudanza que, con la ayuda de nuestro Señor, has de hacer.

Discípulo morisco: Por cierto, mucho holgaré de oírte.

San Alfonso María de Ligorio

En el capítulo cuarto de la tercera parte de su libro "Historia de las herejías", San Alfonso María de Ligorio nos trae la siguiente refutación del islam:

Mahoma, fundador de esta secta mortífera, la mahometana, que infectó a la mayor parte del mundo cristiano, nació en Arabia en el año 568, según Fleury, en el seno de una familia bien conocida.

A la muerte de su padre, fue iniciado en el arte del comercio por un tío suyo. A los 28 años, fue tomado primero como factor y luego como esposo por una viuda noble y rica llamada Khadīja. Fue educado en la idolatría, pero más tarde en su vida maduró la idea de cambiar de religión y cambiar así a todos los árabes, que eran idólatras, propagando, como afirmaba irreflexivamente, la antigua religión de Adán, Abraham, Noé y los profetas, entre los que Mahoma contaba también a Jesucristo.

Durante mucho tiempo pretendió tener conversaciones familiares con el Arcángel San Gabriel en la cueva de Hira, situada no lejos de La Meca, donde se retiraba a menudo. En el año 608, habiendo cumplido Mahoma los 40 años, comenzó a proclamarse profeta inspirado por Dios, y como tal se dio a conocer inicialmente a sus parientes y sirvientes; luego comenzó a predicar en público en La Meca, reprobando la idolatría.

La gente no escuchó sus palabras, exigiendo algún milagro que confirmara su misión de mandato divino. Mahoma respondió que no había sido enviado por Dios para hacer milagros, sino sólo para predicar la verdad. Con todo esto, el impostor, en su Alcorán, se jactó de haber realizado un milagro, pero uno muy ridículo; diciendo que, «habiendo caído un trozo de luna (...), había podido juntarlo: y por eso entonces el imperio de los mahometanos tiene la hazaña de la media luna».

Mahoma había afirmado que Dios le había ordenado no obligar a los hombres a adherirse a su religión, pero, al verse posteriormente perseguido por los mecanos, declaró que Dios le había ordenado perseguir a los infieles con las armas y propagar así la fe. A partir de ese momento, y hasta su muerte, vivió siempre en guerra.

Logró, pues, convertirse en señor de La Meca, y allí plantó la sede de su secta, y se propuso, antes de la muerte de su jefe, ver a todas las tribus de Arabia convertidas en sus secuaces.

Mahoma compuso entonces el Alcorán (Alcorán, que significa lectura o, como decimos nosotros, escritura) con la ayuda, según se dice, de cierto monje llamado Sergio. El Alcorán es una mezcla de preceptos de la ley judía y cristiana, y otros inventados por ella, confundidos luego con muchas fábulas y falsas revelaciones.

Él, por ejemplo, admitió la misión de Moisés y de Jesucristo. Aún admitió muchas partes de nuestra Sagrada Escritura, pero dijo que su ley perfeccionaba y reformaba la judía y la cristiana. En verdad, difería de unos y otros.

Mahoma creía en la existencia de Dios, pero luego dijo en su Alcorán muchas cosas indignas de Dios, mezcladas con mil contradicciones, como ya se ha explicado en otras obras. Dijo que todo judío o cristiano se salva guardando su ley, aunque dejó una ley por otra. Dijo que los infieles se quedarán en el infierno para siempre, pero que los que creen en

un solo Dios se quedarán allí sólo por algún tiempo y no más de mil años, y que luego todos irán a la casa de la paz, es decir, al paraíso. Pero el paraíso que Mahoma prometió era tal, tal como él lo imaginaba, que incluso las bestias se avergonzarían de permanecer allí; porque este paraíso suyo no daba más que placeres sensuales y sucios.
Los mahometanos se afeitan la cabeza, como es sabido, y se dejan allí un mechón de pelo, y esperan que con ello Mahoma pueda sacarlos del infierno, incluso después de que algunos de ellos hayan caído en él.

La ley de Mahoma permite más esposas hasta el número de cuatro, y ordena que se tome al menos una, y también concede el repudio dos veces. También prohíbe hablar del Alcorán y de las escrituras sagradas. Este fue un artilugio muy eficaz del diablo para hacer y seguir haciendo una masacre perpetua de tantas pobres almas, para que la pobre gente viviera siempre cegada y perdida.
Finalmente el 8 de junio de 632 Muhammad murió a la edad de unos 62/63 años, habiendo reinado nueve años en total, habiendo conquistado casi toda Arabia, y extendido su dominio por 400 leguas fuera de Medina tanto al este como al centro.

Dejó entonces a Aboubecro, uno de sus primeros discípulos, que realizó nuevas adquisiciones. Le sucedieron otros líderes de la secta, llamados califas, que arruinaron el imperio de los persas y conquistaron Siria y Egipto. Veamos primero las cualidades de Mahoma, que inventó esta religión, o más bien esta «infame secta que ha enviado tantas almas al infierno». Tenía algunos dones naturales; era apuesto, penetrantemente inteligente, cortés en el trato, liberal e inclinado a la benevolencia. Pero, por el contrario, estaba dominado por el vicio de la lujuria, por lo que tuvo 15 esposas y más de 24 concubinas, pretendiendo haber tenido permiso de Dios para ello, ya que Él no concedía a otros más de cuatro esposas; luego, en su Alcorán, colocó la mayor parte de la felicidad eterna en la inmundicia de la carne.
Seguía dominado por el orgullo, que a veces le hacía cruel. Baste decir que una vez, a algunos que se habían apoderado de sus camellos, les hizo cortar las manos y los pies, y les sacó los ojos con un hierro candente, y luego los dejó moribundos, así, hasta que expiraron.
Veamos ahora qué es el Alcorán de Mahoma y qué dogmas y preceptos se enseñan en él. «Alcorán también significa lección, es decir, libro de lecciones. Los títulos del libro varían según las distintas ediciones. Está dividido en Suras, o Azoare, y las Suras se dividen en Ayat, es decir, signos de diferente longitud, que contienen atributos de Dios y preceptos o juicios de cosas admirables, y estos signos terminan con el ritmo correspondiente al verso anterior».
El Alcorán está escrito en árabe puro y con elegancia de palabras, «a la manera profética». Hay sentencias, relatos y exhortaciones. A las sentencias pertenecen leyes tanto para las cosas sagradas, las oraciones, las peregrinaciones y los ayunos, como para las cosas políticas, los tribunales, los matrimonios y las herencias. A las historias pertenecen muchas narraciones, algunas tomadas de los Libros Sagrados, pero corruptamente, y otras ficticias, o tomadas de libros apócrifos y especialmente del Talmud de los judíos. A las exhortaciones se refieren, pues, las invitaciones a la nueva religión, a la guerra en defensa de la fe mahometana, a la oración y a la limosna, amenazando con los castigos del infierno a los transgresores y prometiendo las delicias del paraíso a los observantes.
A veces Mahoma se hace pasar por Dios, o por el Ángel que habla: a veces el propio Mahoma habla entonces a los mecanos o a los judíos, o a los cristianos. Otras veces hablan

los bienaventurados del paraíso, o los condenados del infierno, de modo que el Alcorán es una especie de drama, en el que hablan varios.
Los Mahometanos dicen que el Alcorán no fue compuesto por Mahoma ni por otros, sino sólo por Dios, y que Dios se lo dio a Mahoma. En cuanto al modo y al tiempo, dicen mil nimiedades. Otros dicen que el Alcorán era eterno, siempre presente en el trono de Dios, en una mesa determinada, donde estaban escritas todas las cosas pasadas, presentes y futuras. Otros dicen que en cierta noche del mes ramaḍān, en que suponen que Dios dispone todas las cosas, descendió este libro del trono divino. Otros dicen que el Arcángel San Gabriel reveló a Mahoma todo lo que está escrito en el Alcorán. Otros dicen que Mahoma recibía algunos versos de vez en cuando, y que los tenía guardados en un cofre: otros dicen más tonterías. Además, hoy en día, en las copias que tenemos del Alcorán hay muchas lecciones diferentes que cambian el veredicto. Nuestros escritores dicen que el Alcorán fue compuesto por Mahoma, bien enteramente por él mismo o con la ayuda de cierto monje (apóstata) Sergio, u otros. Aquellos que deseen entender más sobre el Alcorán en cuanto a su escritura, lean a Marraccio en «Prodromo all'Alcorano».

Hablando pues de la teología del Alcorán, debe saberse que este libro está lleno de un fárrago confuso de fábulas, preceptos y dogmas todos ineptos excepto los que han sido copiados de la ley judía y cristiana. Mahoma reconoció como divina la misión tanto de Moisés como de Jesucristo, así como también reconoció como legítima la autoridad de nuestras Sagradas Escrituras, al menos en varias partes, diciendo que las otras habían sido corrompidas; por lo tanto él, con su pretendida religión, quiso reformar y perfeccionar tanto la religión judía como la cristiana. Pero en verdad no hizo más que formar una secta que discrepa de la una y de la otra.
Mahoma creía que había un solo Dios, y de una sura se deriva que también creía en la Trinidad de personas en la naturaleza divina: 'Neque dicant tres (Deos), Deus enim unus est' (es decir No digan tres Dioses, porque Dios es uno.). Creía en la existencia de los ángeles, pero decía que eran de distinto sexo. Decía además que a cada hombre se le asignan dos ángeles de la guarda, que cambian cada día. Dijo, además, que hay Ángeles y demonios de diferentes clases, llamados geij, que comen y beben, y también se propagan y mueren, y que también son capaces de salvación futura o condenación.

Hay, pues, en el Alcorán muchas cosas indignas de Dios. Allí se dice (como todavía blasfeman los judíos talmúdicos) que Dios fue obligado a decir una mentira para hacer la paz entre Sara y Abraham. «Allí se dice que Dios jura por los vientos, por los ángeles e incluso por los demonios; cuando sólo Dios puede jurar por sí mismo, no por las criaturas. Además, se cuenta que Dios reza por Mahoma: «Cum Deus et angeli propter prophetam exorent» (es decir “Cuando Dios y los ángeles salieron por causa del profeta”). Mahoma dice que Dios le permitió violar un juramento y que le permitió mezclarse con cualquier mujer, incluso casada y de sangre. Luego cuenta otras numerosas mentiras y fantasías blasfemas.
Escribe que Dios ordenó a los ángeles que adoraran a Adán, y que todos le obedecieron, excepto Beelzebú. Dice que María, madre de Jesús, es adorada por nosotros como si fuera Dios. Dice que él, Mahoma, fue raptado por Dios al cielo para que le enseñara los misterios secretos. Dice que Dios creó al diablo de un fuego pestífero. Hay entonces en Alcorán mil contradicciones. Llama a Jesucristo espíritu de Dios y su mensajero: «Iesus Mariae filius nuntius suusque spiritus» (es decir Jesús, hijo de María, mensajero y espíritu); y luego niega que sea Dios, y dice que no fue crucificado, sino que en su lugar fue crucificado uno como

él. Dice que todo el mundo, sea judío o cristiano, y aunque deje una ley por otra, si adora a Dios y obra bien, será amado por Dios, y se salvará; y luego dice que los mahometanos se condenan si dejan su ley. Dice que nadie debe forzarse a la fe; y luego dice que hay que matar a los infieles. Dice que todos pueden salvarse en su religión, ya sean judíos, cristianos o sabaítas: «Qui crediderint et iudaei et christiani et sabaitae in Deum, et fecerint bonum, ipsis erit merces apud Dominum» (es decir los que creen en Dios, tanto judíos como cristianos y sabadistas, y hacen el bien, tendrán su recompensa junto al Señor); y luego dice lo contrario: «Et qui secutus fuerit aliam religionem praeter istam, ipse in futuro seculo erit pereundus» (es decir Y el que haya seguido otra religión además de ésta (es decir, la mahometana), él mismo será castigado en la era futura.).

Los mahometanos confiesan estas contradicciones, pero dicen que Dios mismo fue quien se contradijo. Los mahometanos dicen además que «después de la muerte en el sepulcro por dos personas Munkar y Nakir tienen que ser pesadas las obras de cada uno en dos tazas de balanzas, que igualan la superficie del cielo y de la tierra». Dicen entonces que existe el puente Sorat, por el que los pecadores caerán al infierno, donde los incrédulos permanecerán para siempre; pero los que han creído en un Dios permanecerán allí algún tiempo, pero no más de mil años, y luego pasarán a la casa de la paz; pero antes de entrar en esta casa beberán el agua del estanque de Mahoma, por lo que los mahometanos se afeitan la cabeza y dejan allí un mechón de pelo, con la esperanza de que así Mahoma pueda sacarlos del infierno. Esperan que, al menos el día del juicio, Mahoma salve a todos sus adeptos con sus oraciones.
El paraíso que promete el Alcorán es un paraíso del que hasta las bestias se avergonzarían: es un paraíso donde no hay más placeres que los sensuales. Dice que allí hay dos jardines adornados con árboles, fuentes y manzanas y mujeres, y que cada uno tendrá en el cielo tantas esposas como haya tenido en esta tierra, y las demás serán concubinas. He aquí lo que leemos: «Ubi dulcissimas aquas, pomaque multimoda, fructus varios et decentissimas mulieres, omneque bonum in aeternum possidebunt» (es decir: donde poseerán las aguas más dulces, y muchas clases de manzanas, y diversas frutas, y las mujeres más bellas, y todos los bienes para siempre.). Avicena, avergonzado de tal promesa de vida eterna, dice que Mahoma, al profetizar esto, había hablado alegóricamente; pero el Alcorán no admite en ninguna página esta explicación soñada por Avicena.
En cuanto a los preceptos naturales, el Alcorán enseña principalmente la ley de la naturaleza; sin embargo, no excusa a quienes la ofenden por miedo. Admite (como ya hemos dicho) tener varias esposas, hasta cuatro, siempre que se pueda mantener la paz con todas ellas, de lo contrario ordena que se tome al menos una, y concede el repudio dos veces.
Luego prohíbe disputar sobre el Alcorán y las sagradas escrituras; esto lo afirma diciendo que es un precepto divino. Además, con gran astucia, este precepto fue inventado por este impostor, ya que toda la fuerza de su ley está en la ignorancia. Hay además leyes positivas de purificaciones, oraciones y limosnas, el ayuno en el mes de ramaḍān y la peregrinación a la Meca Se narra, por un buen autor, que Mahoma solía poner grano dentro de su oreja y que había entrenado una paloma para que fuera a cogerlo, hacía esto con el propósito de hacer creer a los demás que él, por este medio, estaba inspirado por Dios sobre las cosas que enseñaba. En confirmación de esto, dos maronitas cerca de Bayle dicen que hay algunas palomas en La Meca, que son respetadas como sagradas por los turcos, porque creen que descienden de la que habló a Mahoma.

Como la religión de los gentiles no puede ser verdadera, ni la de los judíos, ni la de los mahometanos: por tanto, la cristiana es la única verdadera.

San Juan Bosco

En su libro “El Católico instruido en su religión: Conversaciones de un padre de familia con sus hijos, según las necesidades del tiempo”, escrito en 1853, San Juan Bosco expone los errores de las sectas, herejías y falsas religiones. En la Plática XIII de dicho libro, San Juan Don Bosco nos ofrece las siguiente refutación del Islam:

Hijos: Sí, sí, comienza por decirnos ¿qué cosa se entiende por Mahometismo?

Padre: Por Mahometismo se entiende una colección de máximas tomadas de varias religiones, las cuales al ser practicadas llegan a destruir cualquier principio de moralidad.

Hijos: ¿En qué países se profesa este mahometismo?

Padre: El mahometismo se profesa en una gran parte de Asia, y también en una parte de África.

Hijos: ¿De quién debe su principio el mahometismo?
Padre: El mahometismo tiene su principio en Mahoma.

Hijos: ¡Oh! sobre este Mahoma tenemos tanta curiosidad de oir hablar: dinos lo que sabes de él.

Padre: Lo que la historia cuenta de este famoso impostor es demasiado largo de de referir: lo que voy a daros a conocer solamente es cómo fundó su religión. Mahoma nació en una familia pobre, de padre gentil y de madre hebrea, en el año 570, en la Meca, ciudad de la Arabia. poco distante del Mar Rojo. Hambriento de gloria y deseoso de mejorar su condición anduvo vagando por muchos países, y llegó a ser agente viajero de una mercader viuda de Damasco, que enseguida lo desposó. Era tan astuto que supo aprovecharse de su enfermedad y de su ignorancia para fundar una religión. Padeciendo de epilepsia, el mal caduco, afirmaba que aquellos sus colapsos frecuentes eran otros tantos arrebatamientos para tener coloquios con el Ángel Gabriel.

Hijos: ¡Qué impostor, engañar a la gente de esta manera! ¿Habrá también intentado hacer milagros para confirmar su predicación?

Padre: Mahoma no podía hacer milagro alguno en confirmación de su religión, porque no era enviado de Dios. Dios solo es autor de los milagros. Dado que se vanagloriaba de ser superior a Jesucristo, se creería que pudo hacer milagros a la par de Él. De otro modo, respondería que los milagros eran hechos por Jesucristo, y que él fue levantado por Dios para restablecer la religión con la fuerza. Con todo, se vanagloriaba de haber hecho uno, y decía que, habiendo caído un pedazo de la luna en sus manos, él había sabido reponerlo; en memoria de este ridículo milagro los mahometanos portan como divisa la media luna.

Reís, ¡oh hijos míos!, y con mucha razón, porque un hombre de facha similar hubiera podido considerarse cual charlatán, que no predicador de una nueva religión. Cuando por esta causa se corrió la fama de que era un impostor y perturbador de la tranquilidad pública, sus conciudadanos quisieron apresarlo y darle muerte. Pero él se dio a la fuga, y se retiró a la ciudad de Medina con algunos libertinos que le ayudaron a convertirse en señor de la misma.

Hijos: ¿En qué cosa propiamente consiste la religión de Mahoma?

Padre: La religión de Mahoma consiste en una monstruosa mezcolanza de judaísmo, de paganismo y de cristianismo. El libro de la ley mahometana es llamado Alcorán, o sea, libro por excelencia. Esta religión también es llamada Turca porque está muy difundida en la Turquía (es decir en el imperio Otomano); Musulmana por Musul, nombre que los mahometanos dan al director de la oración; Islamismo, del nombre de algunos de sus reformadores; pero es siempre la misma religión fundada por Mahoma.

Hijos: ¿Por qué Mahoma hizo esa mezcolanza de varias religiones?

Padre: Porque como los pueblos de la Arabia eran en parte judíos, en parte cristianos, y otros paganos, él, para llevarlos a todos a seguirle, tomó una parte de las religiones que profesaban, y escogió especialmente aquellos puntos que pudieran mayormente favorecer los placeres sensuales.

Hijos: ¿Puede decirse propiamente que Mahoma fuese un hombre letrado?

Padre: De ninguna manera, ni mucho menos sabía escribir; y para componer su Alcorán fue ayudado de un hebreo y de un monje apóstata. Hablando de la Historia Sagrada confunde un hecho con el otro; por ejemplo, atribuye a María, hermana de Moisés, más hechos que los que conciernen a María, madre de Jesucristo, con muchísimos otros despropósitos.

Hijos: Esto me parece impresionante: si Mahoma era ignorante, ni hizo ningún milagro, ¿cómo pudo propagar su religión?

Padre: Mahoma propagó su religión, no con milagros o con la persuasión de las palabras, sino con la fuerza de las armas. Religión que, favoreciendo toda suerte de libertinaje, en poco tiempo hizo convertir a Mahoma en jefe de una formidable tropa de milicianos. Con ellos recorría los países del Oriente ganándose a las gentes, no con insinuarles la verdad, ni con milagros o profecías; sino que por único argumento alzaba la espada sobre las cabezas de los vencidos gritando: o creer o morir.

Hijos: Qué canalla, ¿son estos los argumentos que se deben usar para convertir a la gente? Sin duda, siendo Mahoma tan ignorante, ¿hubiera diseminado en el Corán muchos errores?

Padre: El Alcorán contiene una serie de errores a cual más inmenso contra la moral y contra el culto del verdadero Dios. Por ejemplo, excusa de pecado a quien niega a Dios por temor de la muerte; permite la venganza; asegura a sus secuaces un paraíso, pero lleno de

solos placeres terrenos. En resumen, la doctrina de este falso profeta permite cosas tan obscenas, que el alma cristiana tiene horror de mencionar.

Hijos: ¿Qué diferencia hay entre la Iglesia Cristiana y la Mahometana?

Padre: La diferencia es grandísima. Mahoma fundó su religión con la violencia y con las armas: Jesucristo fundó su Iglesia con palabras de paz, sirvéndose de los pobres, sus discípulos. Mahoma fomentaba las pasiones, Jesucristo mandaba negarse a sí mismo. Mahoma no hizo ningún milagro, Jesucristo hizo muchísimos milagros a plena luz del día y en presencia de innumerables multitudes. Las doctrinas de Mahoma son ridículas, inmorales y corruptoras: las de Jesucristo son augustas, sublimes y purísimas. En Mahoma no se cumplió ninguna profecía; en Jesucristo se cumplen todas. En síntesis, la Religión Cristiana, en cierta manera, conduce al hombre feliz en este mundo para elevarlo después a los gozos del Cielo; Mahoma degrada y envilece la naturaleza humana, y cifrando la felicidad en los placeres carnales, reduce al hombre al grado de los animales inmundos.